

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
Del 3 de abril de 1981



«**TENSIONES EN EL BARRIO.** Una etnografía sobre las dinámicas de la violencia estructural y estigmatización territorial en San Agustín, Ecatepec»

TESIS

para obtener el grado de

DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS

P r e s e n t a

MIGUEL ÁNGEL MONTEVERDE ÁVALOS

Director:

Dr. Manolo E. Vela Castañeda

Lectores:

Dr. Roger Magazine

Dr. Alejandro Flores

Ciudad de México, 2021

AGRADECIMIENTOS

Este estudio no hubiera sido posible sin las mujeres y los hombres que habitan San Agustín, cuyas voces y experiencias me sirvieron como faro de reflexión. Agradezco en especial a todas esas personas que conocí durante mi trabajo de campo y me honraron con su amistad. Estoy en profunda deuda con Manuel (Bicha) y con Paquito (Barto) por abrir las puertas de su casa, brindarme su apoyo y enseñarme lo que significa ser de barrio. Aprendí, gracias a todos ellos, que las ciencias sociales no solo se encuentran en la biblioteca.

Quiero agradecer, ante todo, el apoyo y acompañamiento que recibí del profesor Manolo Vela, mi director de tesis. Además de su guía intelectual y de las meticulosas lecturas a este trabajo, el profesor Vela me enseñó, con paciencia y generosidad, valiosas lecciones personales y profesionales que quisiera ser capaz de transmitir. También estoy en deuda con los profesores Roger Magazine y Alejandro Flores, mis sinodales, por sus minuciosas lecturas a los borradores de capítulos y por sus estimulantes comentarios que sirvieron como aguijones para despabilar y enfocar mejor ideas y argumentos. Sin duda, las lagunas e inconsistencias de este trabajo se deben a mis limitaciones.

Deseo agradecer a todo el personal administrativo del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana por su eficiencia sin comprometer la bondad que los caracteriza. A la misma Universidad Iberoamericana que en ella encontré instalaciones privilegiadas para desarrollar este trabajo. Al personal del Instituto LLILAS-Benson de la Universidad de Texas, Austin, por aceptarme en estancia académica durante la primavera 2020, a pesar de suspenderse por la pandemia. Todas las posibilidades materiales para dedicarme a leer y a escribir este trabajo se dieron gracias al apoyo monetario de CONACYT.

La construcción de conocimiento se hace en conversación, en desafío frontal con las perspectivas uniformizadas que imponen las disciplinas. Por ello, agradezco a mis compañeras y colegas de la generación del doctorado que me honraron con su amistad y con quienes sostuve estimulantes debates sobre este y otros temas.

Me gustaría expresar mi gratitud a Elizabeth y Miguel, mis padres, por su apoyo incondicional. A Virginia por sus consejos en momentos cruciales, su solidaridad en tiempos duros y por ofrecer lecturas críticas a borradores de este trabajo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
1. ¿Sobre qué trata esta investigación?	10
2. Las violencias estructurales y simbólicas en los márgenes urbanos.....	14
3. Notas sobre el método: espacio social, relaciones en conflicto y representación del objeto.....	18
4. El desdoblamiento de la estigmatización territorial en la periferia	25
5. Organización de la investigación.....	26
EL BARRIO	28
1. Introducción.....	28
2. Tierras lacustres.....	30
3. Un territorio de relegación urbana	36
4. La vida cotidiana en San Agustín	38
5. Las condiciones del espacio	41
6. Desde la mirada de los jóvenes	46
7. Conclusiones	62
LOS BUENOS VECINOS Y LA LACRA	65
1. Introducción.....	65
2. La mancha de la <i>mala fama</i> del lugar.....	69
3. La producción del estigma.....	73
4. La discriminación desde las instituciones.....	76
5. El desdoblamiento del estigma en el territorio	78
6. «No vayas allá».....	82
7. Las raíces de la distinción.....	86
9. Conclusiones	92
CONFLICTO SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO	95
1. Introducción.....	95

2.	El pequeño huerto	97
3.	«¿Qué más puedo perder?»	100
4.	La disputa por lo <i>público</i> en el barrio	103
5.	«Sofía es Ecatepec»	109
6.	Despliegue del colectivo.....	113
7.	Las fronteras morales como marcas de distinción.....	115
8.	Los rituales de acaparamiento de oportunidades.....	121
LA VIOLENCIA Y LA POLICÍA EN EL BARRIO		126
1.	Introducción	126
2.	La policía como (co)productora del estigma territorial	130
3.	«O te cuidas de la policía o te cuidas de los malandros».....	132
4.	«Ellos saben» sobre el narcomenudeo	134
5.	«Aquí hay que temerle más a un policía que a una lacra»	137
6.	«A la autoridad le vale madre»	141
7.	«Mientras no se metan contigo, así lo dejas, así es la ley de aquí».....	144
8.	Conclusiones	148
CONCLUSIÓN.....		150
BIBLIOGRAFÍA.....		158

Cambié todos los nombres que aparecen en el texto con fin de proteger el anonimato de mis fuentes.

INTRODUCCIÓN

LAS VIOLENCIAS ESTRUCTURALES Y SIMBÓLICAS EN LA PERIFERIA URBANA

La calle parecía observada. Era una ilusión nada más. Veintisiete de marzo de 2018, recargados sobre el maletero de un automóvil destartalado, los amigos conversaban, reían a carcajadas. La luz intermitente del faro público resaltaba el humo del cigarro. «Este valedor viene de Sonora para estudiar la inseguridad del barrio», espetó Iván. El líder de un grupo de grafiteros de la colonia San Agustín me presentó con sus amigos. La sentencia de Iván irrumpió con la naturalidad de la plática. Sus compañeros me recibieron con cierta familiaridad. Silbidos, saludos de mano. Como bienvenida, Gerardo, después de beber directo de la botella, me ofreció cerveza. La acepté. «También en el *norte* están duras las cosas, ¿verdad?», interrogó Gerardo. Volteó su mirada a sus amigos, como alguien que busca testigos de un encuentro entre cómplices, o más bien, de aliados que sufren la misma batalla. Recurrí, mientras imaginaba una respuesta solidaria, a datos de las notas

periodísticas sobre la violencia nacional: desaparecidos, aumento de homicidios, sicariato. Nada nuevo.

Gerardo no tardó en arrebatarse la palabra con fin de narrar sus encuentros con la inseguridad de Ecatepec. En realidad, encontró un espacio para hablar sobre las ocasiones que lo han asaltado, o de aquella vez cuando lo bajaron, a punta de pistola, del automóvil de su antiguo trabajo para robárselo.

«Me detuvieron cuatro horas, más o menos. No sé qué tanto revisaban. Un gordo feo me cuidaba con una pistola para que no saliera corriendo. [El gordo feo] jugaba con su pistola, escuchaba cuando cortaba cartucho, la descargaba y ponía balas. Mientras en la radio sonaba una canción que me gustaba, me dije a mí mismo: ¡ya valí madres, voy a morir con esa canción! Pero lo más culero fue cuando decidí denunciar ante el Ministerio Público. Neta que la *lacra*¹ me trató mejor que esos culeros».

Al momento que Gerardo terminó esta última frase, Iván, casi interrumpiéndolo, me buscó la mirada. Se empinó la botella de cerveza y comentó:

«Aquí hay que tenerle más miedo a la policía que a la lacra. La lacra solo te quita lo material. La policía te hace cosas peores».

La conversación, poco a poco, pasó a ser colectiva. Los cuatro hombres de ese grupo de amigos compartieron, unos más tímidos que otros, sus experiencias: asaltos a mano armada, taxistas clandestinos, retenes ilegales de policía, toques de queda militares, abusos de autoridad. Me surtían, entre consejos y pequeñas advertencias, la manera de cómo ellos *sobrellevan* Ecatepec. La impresión es que estas personas tenían frente a sí una oportunidad para narrar sus rutinas diarias impregnadas de

¹ Término utilizado para referirse a los grupos delictivos.

encuentros con la violencia en múltiples formas. Una oportunidad que es arrebatada por la normalización de la violencia. Parecía que, según el peso de sus palabras, la inseguridad detalla sus vidas. Salen y regresan a sus casas respetando sinfín de reglas autoimpuestas para sobrellevar la inseguridad: no subir a taxis *blancos*, porque son ilegales y, por ende, peligrosos; intentar no salir después de las ocho de la noche; avisar al vecino la hora de llegada; tener cuidado al utilizar el transporte público; cargar el «monedero del ratero», que es una billetera alterna por si asaltan el transporte público.

Desde fuera, se concibe al municipio como una zona de vacío estatal, una *tierra de nadie*, en la que no encontraría alguna huella de autoridad competente. Era una prenoción escuchada de manera frecuente en las dinámicas de socialización en las que estoy inmerso. No recuerdo algún comentario que me alentara a visitar, si no es por propio riesgo, Ecatepec. Aún rebotan las palabras de Israel —mi compañero de generación de doctorado— cuando me presentó con Iván: «es muy blanquito para andar solo en el barrio. Guíalo». Incluso, una noche anterior de mi primera inmersión a campo, revisé notas periodísticas que representaban al lugar como un «territorio sin ley»². Una estigmatización que no es arrastrada solo por el territorio, sino también por sus habitantes. Ismael, un gastrónomo oaxaqueño de treinta años, me explicaba que Ecatepec tenía mala fama, asociando los obstáculos al éxito profesional con las burlas que recibe en su lugar de trabajo por habitar San Agustín. Él comentaba:

«Mis amigos colegas que trabajan como chefs en la Ciudad de México me dicen que estoy loco por vivir en este lugar. Que nunca tendré éxito profesional. Se

² Algunas de estas notas periodísticas: «Sobrevivir en Ecatepec, una cuestión de fe» de fecha 27 de octubre de 2016 y «Ecatepec, el lugar donde no se puede vivir» de fecha de 4 de octubre de 2016, ambas del periódico El País.

burlan de mí, que soy de un barrio bravo y que allá sí matan. Es incómodo, porque, a veces, me siento obstaculizado en mi carrera como chef».

1. ¿SOBRE QUÉ TRATA ESTA INVESTIGACIÓN?

Al igual que muchos de los habitantes de esta comunidad en la periferia urbana de la Ciudad de México, Gerardo, Iván e Ismael son individuos que padecen desventajas políticas, institucionales, económicas y simbólicas. Los problemas cotidianos de estas personas ilustran las consecuencias de la violencia estructural y simbólica en las personalidades y cuerpos de los habitantes de San Agustín. Son historias, comunes en las periferias urbanas de México, que revelan una acumulación de privaciones producida por una lógica histórica, en un país en el cual el gobierno parece haberlos abandonado y ciertos sectores poblacionales estigmatizarlos. Muchos vecinos de San Agustín viven a diario incertidumbres por habitar un lugar considerado peligroso, con miedo por la inseguridad (y la de sus seres queridos) causada por diversas violencias. Con el producto de una etnografía de veintiún meses, esta investigación describe cómo los procesos de violencias, la estructura urbana y la marginalidad, se inscriben en los cuerpos, formas de actuar, pensar y sentir de los vecinos de San Agustín, una colonia popular ubicada en el municipio de Ecatepec, Estado de México.

La gran pregunta que guía este estudio es: ¿cómo las violencias invisibles — estructural y simbólica³— se convierten en fuerzas dinámicas que modifican la socialización y las subjetividades de los habitantes de San Agustín? Lo que las conversaciones de Ismael, Gerardo e Iván me estaban enseñando era un ensamble

³ Retomo en sentido amplio el concepto de «violencia estructural» de trabajos como P. Bourgois (2009) y Farmer (2004), como aquellas formas en que históricas fuerzas políticas y económicas causan constreñimientos en cuerpos de poblaciones socialmente vulnerables.

de la realidad material y simbólica como procesos interrelacionados causales de las diferentes violencias que se viven en este espacio particular y, con ello, la modificación de relaciones socioespaciales y subjetividades de su población. Este trabajo describirá las formas de pensar, actuar y sentir de los habitantes de San Agustín y la arquitectura social en las que estas formas están incrustadas.

La colonia San Agustín es producto del proceso de urbanización del México central durante la década de los años sesenta y setentas. Con cerca de 60 mil habitantes, está ubicada en el área oriente de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, al norte del municipio de Ecatepec, la cual muestra los mayores niveles de pobreza, rezago y vulnerabilidad social de la zona (Bayón 2015). Como resultado, la colonia San Agustín presenta pocas oportunidades laborales, acceso desigual a servicios básicos y los recursos materiales y simbólicos de la población son limitados, además de ser un lugar estigmatizado por la criminalidad urbana. Dentro de este trabajo, documento estos procesos sociales dominantes en el México urbano, prestando atención a las formas específicas en las cuales son experimentadas y vividas por los habitantes de San Agustín. Contrario a una gran parte de la literatura sobre la marginalidad urbana y sus derivados, San Agustín es la historia de personas que viven un espacio lleno de contradicciones y tensiones: estigmatización, deficiencias de servicios, inseguridad, violencia interpersonal, presencia estatal contradictoria, conflictos vecinales, pero, a su vez, un lugar con densa actividad comercial, un espacio familiar y de orgullo que es *despacificado* por «gente mala», «lacras» y «gandallas».

Dentro de esta investigación, el lector encontrará respuestas a las siguientes preguntas: ¿cuáles son las formas de estar, sentir y habitar este espacio contradictorio?, ¿cómo se experimenta la estigmatización territorial de San Agustín?, ¿cómo se construyen las relaciones vecinales dentro de la colonia, a partir

de procesos de estigmatización territorial y criminalización simbólica?, ¿cómo se construyen las diferencias sociales que preexisten en San Agustín?, ¿cómo es la presencia de la policía en la periferia urbana?, ¿cómo el Estado, a través de prácticas de sus agentes e instituciones del orden, coproduce la violencia material que existe en la zona que abarca a San Agustín?

La historia de San Agustín nos demuestra que las formas de estar, sentir y habitar de los vecinos son producidas por procesos social y político que van más allá de los límites físicos del barrio. Los significados y formas de actuar de los habitantes son producto de relaciones de poder que atraviesan estos territorios relegados. Policías, reporteros, burócratas de calle, intermediarios políticos y activistas sociales forman parte de la vida cotidiana de la comunidad. Entre todos contribuyen a construir una arquitectura social y política de esta colonia. Esta investigación pone atención a las manifestaciones concretas de las violencias que se sufren «desde arriba» y los sentidos particulares que adquieren en terreno.

Los habitantes de San Agustín dicen que están «hasta la madre» de las condiciones privativas de su colonia. Dentro del espacio, culpan y criminalizan a otros vecinos de los problemas que sufren en la vida cotidiana. Por ello, se crean divisiones y diferenciaciones sociales: «la lacra» contra el buen vecino, es una de ellas. El distanciamiento del *otro* percibido como peligroso es una forma de naturalizar jerarquías sociales que corren en la sociabilidad de la colonia. Este esfuerzo de distanciarse del vecino problemático crea una «microdiferenciación social» en el interior de la colonia que recuerda a lo que T. Caldeira (2007, 12) mencionó como «criminalización simbólica», que tiene como objeto la ordenación dual del espacio entre el bien y el mal a partir de criminalizar ciertas categorías sociales como *gandallas o lacras*, utilizadas por mis informantes para designar aquellos habitantes que representan las formas de vida negativas que existen en el

barrio. Salvo excepciones (Auyero y Swistun 2009), la violencia simbólica solo es mencionada en los discursos teóricos de las investigaciones, pero pocas veces son capturadas las conceptualizaciones y su desempeño en terreno de los individuos que la sufren. Por ello, esta etnografía contribuye a saber cómo los procesos de violencia simbólica, en específico, la estigmatización territorial, se desdoblán en zonas de la periferia urbana. Se trata de poner a prueba la teoría.

La investigación etnográfica permite adentrarme a aspectos de las violencias cotidianas en este mundo sociosimbólico. En esta tesis dejo que historias personales y fragmentos de observaciones hablen por sí mismos, para aprender de ellos y, desde allí, construir una narrativa con interpretaciones teóricas. Evité conceptos utilizados en investigaciones comunes: «víctimas», «victimarios», «marginados», por poner algunos ejemplos, términos que para las personas de este lugar parecían extraños y ajenos.

Antes de pasar a la plataforma conceptual en la que se basa este estudio, me gustaría responder ¿por qué hacer *otra* etnografía sobre un barrio marginado? Esta cuestión rondó durante los primeros meses de mi trabajo de campo. Diversos estudios tradicionales sobre barrios periféricos se concentran en describir las privaciones y condiciones de vida de sus habitantes. Sin embargo, conforme pasaba mi estadía en la colonia, poco a poco, descubrí que faltaba saber más sobre cómo la gente problematizaba las relaciones entre las violencias estructural y simbólica. Las observaciones, conversaciones y entrevistas que realicé durante mi trabajo de campo me permitieron entender algunos aspectos sobre cómo se construyen, divulgan e internalizan estas relaciones en el espacio social y que sirven para interpretar sus experiencias cotidianas.

2. LAS VIOLENCIAS ESTRUCTURALES Y SIMBÓLICAS EN LOS MÁRGENES URBANOS

Las consecuencias de las violencias en las rutinas, formas de ser y perspectivas de habitantes de lugares relegados han sido objeto de estudio de distintas y variadas investigaciones. Numerosos estudiosos del tema han observado y registrado las perspectivas y los significados de habitantes sobre su contexto considerado violento (Penglase 2014, A. Goffman 2009, D. Goldstein 2003, Auyero y Lara 2012, Scheper-Hughes 1992).

Los hallazgos de etnografías urbanas han descrito que la frontera entre las formas de violencias particulares es borrosa (Jones 2010, P. Bourgois 2009). Los márgenes entre esas fronteras se traslapan; la violencia que pasa fuera de la calle, en la esfera pública, puede penetrar la intimidad de la casa. Incluso, existen estudios que demostraron cómo esas formas particulares de violencia se alimentan entre ellas (Hume y Wilding 2015, Wilding 2010). A esto se le ha llamado con el concepto de «continuum de la violencia» (P. Bourgois 2001, Scheper-Hughes y Bourgois 2004). Esta puntualidad teórica abre, con gran potencialidad, un aspecto interesante en el estudio de las violencias en zonas marginadas de las ciudades.

Los avances en esta temática han dejado de lado hablar sobre formas individuales de violencia para prestar interés en examinar la *relación* entre las violencias en la vida de los marginados urbanos (Auyero y Kilanski 2015, Wilding 2010, P. Bourgois 2009). Por ejemplo, estudios han develado la relación entre la violencia cotidiana, la estructural y la violencia simbólica (Zilberg 2011, 14). J. Auyero y K. Kilanski (2015) han observado que la violencia interpersonal puede ser una respuesta a procesos invisibles económicos, políticos, estructurales y simbólicos que contribuyen a dar forma a los barrios marginados. Esos procesos invisibles, como las denominó Bourgois (2009), producen jerarquías dentro de zonas urbanas,

que hacen que ciertos individuos y grupos dentro de los barrios violentos sean más vulnerables a ciertas formas de violencia (o de reaccionar de una manera, y no de otra, frente a ellas). Polly Wilding (2010), en su artículo sobre las experiencias de las mujeres con la violencia en las favelas brasileñas, encontraría este traslape de violencias:

«Si bien la violencia perpetrada en público puede actuar como un conducto de socialización a nivel comunitario, la violencia en privado contribuye a la socialización en la esfera doméstica. Los límites de la violencia aceptable en la esfera privada también sientan las bases de la violencia pública, y viceversa» (Wilding 2010, 737) (traducción propia).

Philippe Bourgois (2009) arguye que ese continuo de la violencia está impregnado por relaciones de poder, y eso hace que las violencias permeen horizontalmente entre sí, reproduciéndose a sí mismas y a las estructuras de desigualdad que las fomentan y las impulsan. Así, la violencia criminal es una manifestación empírica de formas económicas, políticas, estructurales y simbólicas de la violencia. En palabras de Auyero y Kilanski: «La violencia interpersonal solo se pone de relieve cuando se entiende dentro de un contexto histórico, político, económico y cultural particular, permitiendo a los investigadores considerar cómo y por qué han surgido formaciones particulares de violencia dentro de un espacio social determinado» (Auyero y Kilanski 2015, 191) (traducción propia). Entonces, privilegiar unas formas específicas de violencia, como la interpersonal o psicológica, ayuda a construir un discurso estigmatizado sobre estos lugares, en vez de cuestionar las relaciones de poder que devienen de la marginación económica, social y política. Allí está el foco de esta investigación.

Ramiro Segura (2009) argumenta que la experiencia de vivir en un espacio marginado se encuentra en tensión por dos fuerzas contrapuestas. Los habitantes

viven un proceso de débil inserción en el mercado del trabajo, de relegación en un espacio degradado y estigmatizado, y una visible exclusión de acceso a bienes materiales y simbólicos. Por otro lado, se produce una dinámica de organización espacial caracterizada por el despliegue de estrategias que los habitantes realizan, con intención de movilizar recursos para mitigar los efectos de aislamiento y exclusión. Como apunta Rodgers (2004), la dinámica de la organización espacial es la más característica en estos barrios amenazados por la violencia, considerado en términos de cómo los grupos sociales se relacionan entre sí. Por esto, afirmo que estos barrios marginados se encuentran violentados *desde arriba*: San Agustín, al igual que muchos otros lugares de la periferia de la Ciudad de México, se caracteriza por el empobrecimiento, la exclusión y la desigualdad, creando un paisaje urbano diferenciado por la fragmentación del espacio social y que impacta en la vida cotidiana de los habitantes (Pansters y Castillo Berthier 2007).

La literatura reseñada deja a lugares como San Agustín con lagunas de conocimiento, pues tratan a estos lugares de manera homogénea y enfatizan las consecuencias, experiencias y significados comunes para toda la población. Nos quedamos sin saber, por ejemplo, las diversas perspectivas que tienen diversos actores según su posición social en el espacio urbano. Como lo mencioné arriba, muchos habitantes de San Agustín interpretan de manera distinta y contradictoria estos procesos urbanos. Para algunos, San Agustín representa un lugar de orgullo y un espacio familiar: «un lugar de orgullo, en donde crecí y vive mi familia; esto es el barrio». Para otros, un lugar «condenado» a la violencia, la pobreza y la inseguridad. Por lo tanto, San Agustín no debe ser tratado como un «ellos» que tienen una «experiencia común», más bien se necesita prestar atención en las formas de sentido contradictorias, diferenciadas y ambiguas que se presenta la «experiencia común» en este tipo de territorios urbanos. Es la configuración del espacio urbano,

conformada por diversas y diferenciadas relaciones interdependientes, una de las partes constitutivas de la realidad material y simbólica de la periferia urbana del México contemporáneo.

Los medios de comunicación han instalado en la opinión pública, impulsados por investigaciones pseudosociológicas y legitimados por discursos de políticas públicas destinadas a combatir la inseguridad y el delito, argumentos basados en prenociones y en el sentido común sobre los barrios pobres como lugares problemáticos, pues constituyen un foco de violencia, desorden social, drogadicción y —utilizando su metáfora favorita— de desgaste del tejido social. Incluso, ese sentido común de usar la violencia como una disrupción patológica del orden social pacífico puede ser problemático, al invisibilizar procesos de la violencia o naturalizar la forma del estado de las cosas en esos lugares. Penglase (2014) motiva a romper con el sentido común del barrio violento como «tierra de nadie»: aún en los ambientes urbanos más hostiles se puede encontrar un profundo repertorio cultural que han elaborado los habitantes como forma de estar en el mundo.

Este cuerpo de trabajos que han estudiado lugares considerados peligrosos va a guiar mi observación de las formas de las violencias cotidianas en la colonia San Agustín. La bibliografía ayuda a entender la costelación de interrelaciones entre las dinámicas sociohistóricas y las subjetividades que se despliegan en un lugar particular, ya sea una favela (Scheper-Hughes 1992, Penglase 2014), en un barrio (D. M. Goldstein 2004, Zilberg 2011) o cualquier otro territorio de relegación urbana (Wacquant 2007, Auyero y Berti 2015). Dejo en claro que los estudios en los que se basa esta tesis no niegan una realidad objetivada. La correlación entre la emergencia de diversas formas de violencia y la condición social se ha demostrado en diversos estudios (Koonings y Veenstra 2007, D. Rodgers 2004, Kilanski y Auyero 2015). Por ejemplo, se ha resaltado el papel de la desproletarización, informalización y

degradación de las condiciones de vida, aislamiento social (Segura 2009, Wacquant 2004); del aumento de la regulación punitiva de la pobreza (Wacquant 2009, Müller 2012); de las conexiones clandestinas entre la policía y el crimen organizado (Auyero y Sobering 2017, D. Rodgers 2009, Koonings y Veenstra 2007). Sin embargo, a pesar de estar inscritos en perspectivas teóricas distintas, las conclusiones son parecidas. La violencia afecta en mayor medida a las poblaciones situados en los estratos más bajos del orden sociosimbólico, concentrando sus efectos en lugares marginados como el gueto, barriadas y colonias populares.

En síntesis, basado en el estudio de caso de San Agustín, caracterizado por el cúmulo de desventajas de relegación urbana y su relación con la dominación simbólica, debido a su cercanía con la Ciudad de México, esta investigación busca contribuir en el entendimiento general de las formas empíricas concretas y sus significados que surgen de las violencias estructurales y simbólicas.

3. NOTAS SOBRE EL MÉTODO: ESPACIO SOCIAL, RELACIONES EN CONFLICTO Y REPRESENTACIÓN DEL OBJETO

Esta investigación, al igual que otras, es producto de grandes y pequeños ajustes. Llegué al tema de la violencia urbana en San Agustín de manera fortuita. Durante mis primeros meses de vivir en la Ciudad de México, me sorprendió que gran parte de los consejos para sobrevivir a la capital trataban sobre cómo evitar ser víctima de la criminalidad y la delincuencia. Recibía todo tipo de consejos. Evitar subir a taxis sin logos oficiales. Evitar salir a cierta hora en la noche. Pero, sobre todo, evitar ciertas zonas consideradas peligrosas, en especial, la periferia. El temor y la sensación de inseguridad a ciertos lugares y a sus habitantes se apoderaban de las pláticas cotidianas. Al mismo tiempo, los periódicos locales describían, en sus notas rojas, el aumento de organizaciones vigilantistas, linchamientos y otras acciones

colectivas contra la delincuencia en colonias populares, entremezclando narrativas mediáticas y políticas que confundían más que aclarar la situación. Me parecía un escenario invadido por, en voz de P. Bourdieu, fantasmas que invocaban imágenes o palabras desordenadas, nutridas por la prensa roja y ficciones políticas, pero interesante para realizar una investigación desde la etnografía urbana.

Eventualmente, mis intereses sociológicos me empujaron a la posibilidad de indagar sobre las consecuencias de las violencias en la vida cotidiana de las personas que vive en la periferia urbana de la Ciudad de México. Así, me propuse estudiar los efectos de las lógicas de la violencia y su impacto en la vida cotidiana desde un espacio urbano particular que entrecruza las grandes cuestiones urbanas en México del siglo XXI: alta criminalidad, carencia de servicios públicos, problemas de movilidad, desconfianza y estigmatización. Entusiasmado por la lectura metodológica del libro «Entre las cuerdas» de L. Wacquant, durante la primavera de 2017, emprendí este estudio desde una mirada relacional de los procesos de las violencias, la estructura urbana y la marginalidad, que se inscriben en los cuerpos, formas de actuar, pensar y sentir de los vecinos de la colonia popular San Agustín, Ecatepec.

Aunque no tenía la más mínima percepción práctica de la vida cotidiana en las colonias populares de la zona periférica de la Ciudad de México, puesto que crecí en una pequeña ciudad agroindustrial ubicada al noroeste del país, no bastaba con ir a ver qué pasaba en esa colonia, entrevistar y listo. Estoy convencido de que el empirismo puro no ilumina ni guía nuestro caminar por los corredores de la ciencia social; tampoco lo hace el solo análisis de discurso. Era necesario equilibrar lo que dice la gente con lo que realmente hace. De manera que, hacer una inmersión profunda, residir allí por un tiempo determinado, en la colonia San Agustín, era entender mi lugar estratégico de investigación desde la fórmula pascalina de espacio

social —trabajada por Bourdieu—: adquiero un conocimiento y dominio prácticos del espacio circundante, al tiempo que incorporo las estructuras sociales en formas de estructuras de disposición (Bourdieu 1999, 186).

Decidí distanciarme de investigaciones que utilizan como unidad de análisis «lugares» o «grupos sociales». Conuerdo con Matthew Desmond (2014) sobre la crítica que hace de estas categorías básicas para trabajar objetos de estudio. Al tratar los lugares (barrios o vecindarios) o grupos sociales (pandillas, delincuentes, narcomenudistas, víctimas, familiares) como unidades separadas se hacen divisiones homogéneas y límites superficiales (Wolf 2006). Esto no significa que ambas unidades de análisis estén mal; de hecho, trabajan bastante bien. Son los predilectos del sentido común, análisis periodísticos o de algunas investigaciones en ciencias sociales. Pero tienen una limitación de fondo. Se propaga una visión de la realidad social como una colección de identidades aisladas, estáticas y apiladas de manera arbitraria por el observador. Separa cosas que no están realmente separadas. Si lo que existe en el mundo social son relaciones (Bourdieu y Wacquant 2005), parafraseando la pregunta de Eric Wolf (2006), ¿por qué convertir el objeto de estudio dinámico en uno estático y aislado?

La primacía ontológica de mi estudio se encuentra en la configuración de las relaciones que existe dentro de un espacio social determinado. Las innovaciones teóricas de Bourgois (2009), Wacquant (2007) y Zilberg (2011) apuntan a poner atención a las cadenas que relacionan procesos estructurales, simbólicos y normalizadores de la violencia. Desde esta visera, propongo pensar la colonia San Agustín no como lugar geográfico, sino como un sistema de correlación de fuerzas históricas dinámicas que entrelazan a agentes ubicados dentro y fuera de la colonia (Wacquant 2004). Esto quiere decir que la arquitectura social del barrio no está separada de las prácticas sociales y procesos cognoscitivos de sus habitantes; de

hecho, las fuerzas externas y los procesos internos de una zona urbana relegada están en constante encuentro, tensión y confrontación. Así, la colonia San Agustín se presentaba como un espacio que sirve como corte sincrónico de la realidad que sedimenta fuerzas históricas «bajo la forma de instituciones y agentes investidos de deseos, capacidades y disposiciones particulares» (Wacquant 2002, 1524). En otras palabras, mi investigación admite una mirada al ras del suelo sobre el impacto de las violencias estructural y simbólica: la inseguridad, estigmatización territorial, economía informal, criminalidad y relegación urbana. Estos procesos me ayudan a estudiar las intersecciones entre las lógicas internas distintivas de San Agustín con las lógicas estructurales más amplias del México urbano. De ahí que mi interés no está en las condiciones estáticas de esta colonia popular, sino en las formas de las relaciones interdependientes que surgen gracias a esas fuerzas dinámicas sedimentadas por las prácticas sociales.

Esto obliga a encontrarme en las dinámicas de relaciones que emergen entre los actores y agencias que ocupan diferentes posiciones en el espacio social. Cada actor comparte una perspectiva distinta dependiendo de su posición en el espacio: burócratas de calle, vecinos, narcomenudistas, delincuentes de calle, mujeres víctimas, comerciantes formales e informales. Cada uno tiene algo distinto que contar sobre la violencia de su colonia. Incluso, yo en mi calidad como sujeto externo. De ahí que la narrativa etnográfica privilegia las diferentes perspectivas, discursos, sentires y actures de cada uno. Así, el retrato que emerge de esta etnografía no solo describe las violencias particulares y su fuerza productora de subjetividades y comportamientos sociales, sino también su manifestaciones empíricas entre la estructura económica y poder político, estigmatización y relegación urbana, criminalidad e informalidad. De manera que el método etnográfico serviría, como reconoció Desmond (2014), observar los procesos sociales

desde múltiples perspectivas —y seguir las relaciones de poder—, para acercarme de manera más íntima a la «cosa entera».

Como etnógrafo, uno baila entre falsas fronteras: lo agencial contra lo determinante de la estructura, la romantización contra la estigmatización, lo teórico contra lo empírico, las rupturas contra las continuidades. Sin embargo, esta investigación construye la colonia popular de San Agustín como un diálogo entre la teoría y el trabajo de campo, una conexión entre procesos del orden social y procesos disposicionales del individuo. Una posibilidad para cuestionar la falsa distinción entre teoría y práctica: una oportunidad para trabajar con mi cuerpo lo que leía sentado en la biblioteca. Quizá una de las principales dificultades de quienes decidimos estudiar las lógicas de las violencias en la vida cotidiana es distanciarse de problemáticas prefabricadas y conceptos utilizados de manera acrítica. La deconstrucción de objetos de estudio prehechos, cuestionar categorías de análisis aceptadas y construir categorías analíticas —que abarquen pero que a su vez se diferencien de las categorías sociales— diseñadas por y para el trabajo de campo, surgen de la necesidad principal de reflexión epistémica y metodológica durante la construcción del objeto de estudio.

Lo último que intenté hacer fue reproducir sentidos comunes y estereotipos que circulan sobre la colonia. Evité hacer una descripción *voyerista* de la victimización y sufrimiento cotidiano de los habitantes en la periferia urbana —criminalizados por diversos sectores de la sociedad mexicana— que solo refuerce prejuicios que recaen en esta población, mientras me regodeo en ceremonias narcisistas que solo visibilizan mis privilegios como aprendiz de investigador. Pero tampoco busqué hacer etnografía *compasiva* (Abélés y Máximo 2015) que eluda los desafíos metodológicos que implica estudiar el funcionamiento de las estructuras de poder en estos lugares. La mira estaba puesta en las medianías: conseguir una

narrativa equilibrada que sitúe tanto al etnógrafo como a los sujetos de investigación. Escuché, observé y registré con cuidado, procurando no faltar el respeto a mi red de relaciones personales que formé durante mis veintiún meses de trabajo de campo —de abril de 2018 a diciembre de 2019—. Durante todo el trabajo de campo, me esforcé en involucrarme en las dinámicas cotidianas de la colonia, así evitar ser tratado como un investigador que su única intención es extraer datos y, logrado su objetivo, desaparecer con el tiempo. Mi estadía en San Agustín no solo sirvió para producir este trabajo, sino, también, como un proceso de autotransformación que se hizo cuerpo en la forma de relacionarme, practicar y habitar en el espacio público de la periferia urbana.

El análisis está basado en fotografías, entrevistas a profundidad, conversaciones, historias de vida y en las notas de mis observaciones en campo. Usé prácticas, historias orales y docenas de conversaciones cortas con vecinos, recolectadas durante los veintiún meses de inmersión en la colonia, para rehacer un relato vivido y coloreado por categorías sociales. Algunas de estas historias mezclan rumores y secretos públicos que no fueron corroborados —por ejemplo, las historias de violencia policiaca en el barrio—, pero consideré importante agregarlas, pues, ayudan a resaltar los significados que le otorgan los vecinos a su realidad social. También el análisis se basa en el material recolectado durante la realización de dos grupos focales con adolescentes de la colonia, en los cuales les pedí a los participantes realizar un diario fotográfico de su vida cotidiana en el barrio. Debo de admitir que las entrevistas y las conversaciones con vecinos me sirvieron para adentrarme a este mundo sociosimbólico, pues me dieron la oportunidad de convivir con ellos de manera directa y registrar el contexto en el que se desarrollaban.

Por último, considero saludable hacer notoria la influencia intelectual de L. Wacquant (2006), J. Auyero (2012) y de P. Bourgois (2010) en el uso de la teoría en la etnografía. Al igual que ellos, estoy en contra de las investigaciones que construyen un discurso teórico —que en investigaciones convencionales llevan por nombre «marco teórico», separado del apartado metodológico y de la recolección de datos— sin que sea totalmente útil a la hora de poner en práctica esas herramientas conceptuales. En este trabajo, se trató de poner a trabajar a la teoría; los conceptos son meramente herramientas de trabajo que permiten visibilizar y sistematizar algún recorte de la realidad observada. Por ello, la construcción de categorías analíticas —que abarquen pero que, a su vez, se diferencien de las categorías sociales— diseñadas para el trabajo de campo, y que surgen de la necesidad principal de reflexión metodológica durante el campo, se desarrollan conforme los capítulos de esta investigación.

El resultado es una narrativa elaborada con diversas perspectivas de agentes y actores, según sus diferentes posiciones en el espacio social. Es un relato que mezcla estilos narrativos y estrategias analíticas para dar coherencia a la representación de mi objeto de estudio. Privilegio las escenas de paradojas que se me presentaron en trabajo de campo, y, con ello, intento explicar por qué a los miembros de San Agustín pueden tratar como una escena sensata y natural. El relato, también, mezcla diferentes corrientes teóricas y diversas estrategias metodológicas, conforme se fueron presentando obstáculos en mi trabajo de campo. Esta fue mi manera personal de atacar las fronteras y límites —institucionales y disciplinares— que todavía marcan las agendas de investigación.

4. EL DESDOBLAMIENTO DE LA ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL EN LA PERIFERIA

El presente estudio pretende contribuir a los esfuerzos de las investigaciones empíricas sobre la estigmatización y criminalización de lugares pobres y violentos. La mirada externa es una de las violencias más silenciosas que se desarticula sobre los lugares de los márgenes urbanos y las subjetividades de sus habitantes. Me refiero a la valoración negativa que se da a través de las representaciones e imágenes del lugar. Estas representaciones suelen estar relacionadas con la violencia y la delincuencia, por lo menos en la ZMVM⁴. No son pocas noticias, gráficos, portadas de la prensa roja y, últimamente, publicaciones en redes sociales, que construyen imágenes homogéneas, resultado de la simplificación, los estereotipos y la clasificación negativa del lugar. Son imágenes que alimentan el morbo y el temor de amplios sectores de la población, incluso de sus mismos habitantes. Brotan, así, imágenes negativas asociadas con «tipos de lugares habitados por tipos de gente» (Bayón 2015, 142), visualizando al lugar como arquetipo de capital social negativo y a sus habitantes como eternos sospechosos.

Siguiendo las contribuciones de las investigaciones sobre la estigmatización territorial, observo los mecanismos de desdoblamiento de este tipo estigma que utiliza un sector poblacional. Argumento que el estigma territorial se presenta como una paradoja: *es un proceso social dominante que hasta las propias víctimas reproducen los estereotipos negativos*. El distanciamiento del *otro* percibido como peligroso es una forma de naturalizar estereotipos y prejuicios que corren en la sociabilidad de la colonia. Este esfuerzo de distanciarse del vecino problemático crea una «microdiferenciación social» en el interior de la colonia que recuerda a lo que T. Caldeira (2007, 12) mencionó como «criminalización simbólica», que tiene como

⁴ Zona Metropolitana del Valle de México.

objeto la ordenación dual del espacio entre el bien y el mal a partir de criminalizar ciertas categorías sociales como, por ejemplo, *los lacras*, utilizada por mis informantes para designar aquellos jóvenes dedicados al crimen en la colonia. Esta representación difiere de las principales investigaciones sobre el tópico que miran de manera homogénea y estática, sin contar sobre las relaciones interdependientes que se construyen de manera contradictoria y diferenciada en el mismo espacio.

5. ORGANIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN

En el primer capítulo hago una reconstrucción, desde la historia oral de los habitantes, de la conformación de la colonia San Agustín. Después, construyo la perspectiva de los habitantes más jóvenes, a través del uso de la fotografía como herramienta metodológica, con el fin de relacionar emociones, experiencias y espacio. En este capítulo surgen como temas principales los procesos materiales y simbólicos que relacionan el espacio, las formas de pensar y dar sentido al contexto de sus residentes.

El segundo capítulo tiene como tema la estigmatización territorial. Aquí hago un relato etnográfico sobre la producción del discurso dominante que termina desdoblándose en las relaciones espaciales a pequeña escala. El lector apreciará cómo el discurso de actores políticos y mediáticos ayuda en la construcción de la representación del lugar como lugar «peligroso y violento». Pero esta representación del lugar no es tomada con pasividad por los residentes, también es parte de su forma de percibir, sentir y construir sus relaciones dentro de la colonia.

En el tercer capítulo narro mi participación y experiencias en la colonia para explorar los recursos simbólicos utilizados en las interacciones interdependientes vecinales que legitiman fronteras sociales y morales en el barrio, y que no solo

determinan las oportunidades de participación y el acceso a lo *público*, sino que también (re)producen las jerarquías en el espacio social.

El cuarto capítulo examino el papel de la policía en la producción de las violencias en los territorios de relegación urbana. Contrario a las descripciones — legitimadas por la opinión pública y el sentido común — que tratan a estos lugares como «tierras de nadie» o «zonas grises», en donde la estructura del Estado está ausente, o, a las observaciones que destacan a estos lugares como controlados intensamente por una lógica punitiva o militarizada (Koonings y Veenstra 2007, D. Rodgers 2009, Müller 2012), argumento que la presencia de las fuerzas del orden estatales en la colonia San Agustín es —de manera similar a las formas estatales analizadas por Auyero y Sobering en el barrio argentino Arquitecto Tucci (2019)— *paradójica, selectiva y ambigua*.

CAPÍTULO 1

EL BARRIO

LA VIDA COTIDIANA EN LA PERIFERIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

1. INTRODUCCIÓN

Calles de asfalto destrozadas, edificaciones grises. Son las tres de la tarde. La humedad en las banquetas delata que no hace mucho terminó de llover. Es verano. Grandes bocinas con música intentan llamar la atención de los peatones hacia los negocios. Las combis y los taxis se amontonan en el tránsito. Pitidos, gritos, ruidos de motor de automóviles y motonetas. Algunas mujeres y hombres caminan cargados con bolsas de plástico, regresan del tianguis que se instala los lunes por el mercado de la primera sección de la colonia.

«Este terrenito me costó sangre, sudor y lágrimas para construirlo; lo hice desde cero con mi trabajo», me comentó Doña Carlota, mientras barre las hojas caídas del árbol de higos que sombrea su casa de dos pisos. La calle Sur 10, ubicada

en la primera sección de la colonia, está desolada, bardas pintarrajeadas por grafiti, dos taxis destartados y varios automóviles estacionados obstruyen las pequeñas banquetas. Carlota llegó a la colonia hace cincuenta años, cuando iniciaban las primeras construcciones. Su esposo la convenció de mudarse a la Ciudad de México, con la promesa de encontrar mejores condiciones de vida que en su pueblo ubicado en el Estado de Hidalgo. Pero Carlota se enteró por su hermana que cerca de la Avenida Central en el municipio de Ecatepec vendían terrenos baratos. La pareja tomó sus maletas, cargaron a sus cinco hijos y llegaron en un camión a la central de San Lázaro. Sus posibilidades económicas —ella como trabajadora doméstica y su esposo como albañil— permitieron comprar un lote en el fraccionamiento Paseo San Agustín y construir una vivienda permanente hecha con ladrillos y cemento. Iniciaron en la parte trasera del lote con una habitación que serviría como cocina, comedor y habitación para su familia, después fueron agregadas las demás habitaciones. Ahora el lote tiene, además de la casa principal, cuatro departamentos, en uno de los cuales yo viviría durante el año y medio que duró mi trabajo de campo.

La historia de Carlota resume el establecimiento de la población migrante hacia los municipios conurbados de la Ciudad de México —lo que Ward (2004) llamó proceso de suburbanización. Relata las expectativas de mejoramiento y movilidad social de cientos de familias, a través de la demanda de tierra urbanizable, que llegaron a los asentamientos periféricos del México urbano central. En este capítulo, haré un recorrido histórico de la cotidianidad de los habitantes de esta colonia popular. Después, construiré la perspectiva de los habitantes más jóvenes, a través del uso de la fotografía como herramienta metodológica, con el fin de relacionar emociones, experiencias y espacio. Es decir, me concentraré en los procesos materiales y simbólicos que relacionan el espacio, las formas de pensar y dar sentido al contexto de sus residentes.

2. TIERRAS LACUSTRES

Durante la década de 1970, el crecimiento industrial se había consolidado en el país, bajo la política de sustitución de importaciones que el gobierno federal promovía desde los años cuarenta y cincuenta. El crecimiento industrial se suscitó de manera principal en las delegaciones del norte de la Ciudad de México que limitaban con el Estado de México, y después se deslizó a municipios limítrofes: Naucalpan, Tlalnepantla y, de manera trascendental, el municipio de Ecatepec. El proceso de urbanización de Ecatepec implicó la creación de zonas industriales, infraestructura hidráulica, vialidades primarias, líneas de transporte y una creciente demanda poblacional⁵. Así, motivados por la accesibilidad de los terrenos baratos, la cercanía a la ciudad y la promesa de trabajo en la industria, miles de familias migrantes se establecieron en este municipio. Los terrenos del desecado lago de Texcoco, conocidos como la zona V del exlago, sirvieron como receptáculo para esa población (Espinosa, 2010). Eran terrenos salitrosos, inundables, secos y sin vegetación importante, por lo que compañías privadas los compraron a bajos costos, pero con altas ganancias a causa de su especulación urbana por la creciente demanda de vivienda (Connolly, 1982).

La colonia popular de San Agustín está ubicada en el lecho lacustre del ex lago de Texcoco, al sur del municipio de Ecatepec. En la actualidad viven 60 mil personas. Su frontera al sur es la Avenida Central, en la que se encuentra la línea de metro Buenavista-Ciudad Azteca y varias rutas de transportes que conectan a miles de personas con la Ciudad de México. La avenida R1 la separa de la colonia Miguel Hidalgo, que despliega un abanico de comercios, centros nocturnos, pequeñas y medianas empresas.

⁵ En los años setenta, el crecimiento poblacional del municipio era del 18.8% anual, manteniéndose en los ochenta en un 13.2% (Bassols & Espinosa, 2011).

En la década de 1940, el área de la colonia era un llano fangoso con pequeñas lagunas, ranas, tortugas, patos y garzas. Las 173 hectáreas, propiedad de nueve particulares —entre políticos, generales militares y sus familiares— no tenían valor agrícola ni urbano, debido a las características salitrosas del terreno, por lo que se vendieron a precios irrisorios a empresas fraccionadoras. Para la década de los años sesenta estos terrenos se encontraban en propiedad de una empresa fraccionadora privada, que las compró a precios de entre 2 mil 600 y 6 mil dólares por hectárea (Connolly 1982). Después de una inversión simbólica en la urbanización por parte de esta fraccionadora, que consistió en la delimitación de lotes y el trazado de las calles de cuatro metros de ancho, el metro cuadrado se vendió por diez dólares en promedio y que dejó ganancias por más de 64 mil dólares por hectárea⁶. La traza de la colonia se hizo en forma de *damero*, con manzanas rectangulares delimitadas por avenidas verticales y calles horizontales —rasgos que definirían la estructura de este espacio urbano. Esta fraccionadora construyó las primeras casas modelo en la parte central de la colonia —ubicada en la ahora primera y segunda sección—, y que después los habitantes las reconocerían como «*las casas del banco*», «*las casas para los de baro*». Pero no toda la colonia fue homogénea.

A comienzos del año 1967 empezaron a arribar familias del interior de país: Hidalgo, Oaxaca, Morelos, Guanajuato, Puebla, Veracruz, San Luis Potosí, Tlaxcala y de la Ciudad de México. Llegaban con la promesa de encontrar un lote para autoconstruir su propiedad a costo de, en palabras de Doña Carlota, «sangre, sudor y lágrimas». Los primeros colonos se ubicaron en el centro del área, en los

⁶ Connolly (1982, 163) argumenta que este alto precio se debe a la especulación devenida por la urbanización de la zona desecada del Lago de Texcoco. El caso de San Agustín es paradigmático, según la autora, debido a que con una inversión inicial de un millón de dólares (pagados con créditos y en partes) en las 173 hectáreas que comprenden dicha colonia, las ganancias fueron alrededor de once millones de dólares, realizadas durante diez años.

alrededores de las casas modelo y de la pequeña parroquia San Agustín, después se ocuparon los demás lotes conforme creció la venta.

Los viejos vecinos recuerdan las tolvaneras en tiempos de sequía y las inundaciones en temporadas de lluvia. En la memoria de la señora Carlota está el recuerdo del «lodazal» después de las inundaciones o de encontrar «tierra hecha agua» a escasos sesenta centímetros de cavar con una pala. Se autoconstruyeron viviendas con ayuda mutua de familiares y vecinos. Era habitual mirar a primos, hermanos y vecinos cercanos ayudar en el relleno del terreno con piedra o petate, en apisonar y construir la base de las primeras habitaciones centímetros de altura para evitar daños por el agua. Las primeras habitaciones tenían capacidad multifuncional, eran habitación, cocina y comedor al mismo tiempo, y conforme crecía la familia —y las finanzas del hogar— construían más habitaciones. Algunas familias utilizaban materiales de ladrillo y cemento, otras usaban láminas, madera o cartón, según su «éxito económico», pero en ambos casos, sus habitantes pensaban en crear una vivienda permanente, debido al tipo de propiedad que habían conseguido con la fraccionadora. De esta manera, cuando uno camina por las calles de San Agustín se observan casas construidas en diversos años, diferentes en tamaños y en usos de materiales, conforme reflejaban el «éxito» de la familia. En algunas casas, como las de mis informantes Ana y Mario, todavía se conservan los techos de lámina, barrotes de madera y las habitaciones multifuncionales, en comparación con las casas de ladrillo con fuentes de piedra, amplias ventanas, portones de herrería artística y cámaras de vigilancia de sus vecinos «mamones».



1«Donde gozará de paz y tranquilidad», fotografía facilitada por el anexo histórico del cronista de la colonia.

La permisividad de las autoridades locales, según la memoria popular, toleró el abuso de la fraccionadora hacia los colonos: la venta del mismo terreno a diferentes personas era frecuente y la promesa de urbanización por parte de la empresa fue incumplida. Sin embargo, para muchos colonos, migrantes de la Ciudad de México y de zonas rurales empobrecidas, vivir aquí representó una oportunidad de contar con un mínimo de seguridad y de progreso. Esto permitió que se desarrollara la voluntad en la gente de aquí para comprometerse en las actividades de mejoramiento de las condiciones de vida en la comunidad⁷. Así, los servicios urbanos fueron prioridad dentro de la comunidad desde un comienzo. La electricidad, alcantarillado, recolección de basura y agua se convirtieron en demandas cotidianas. «Era un lodazal, había llano, no había servicios, nos

⁷ En su clásica etnografía de Netzahualcóyotl, Carlos Vélez-Ibáñez (1991) argumenta que la combinación de invasión y adquisición de tierras y hogares a través de fraccionamientos clandestinos provee a los habitantes un potencial para organización comunitaria y una voluntad para comprometerse en actividades de protesta política, a diferencia de las zonas pobres *somnolientas*, donde la mayoría renta una casa-habitación, por lo que tiene poco incentivo para «tomar riesgos adicionales».

colgábamos de la luz del canal, nos la cortaban y en chinga íbamos para allá, hasta que por fin nos metimos a investigar con las autoridades», me comentó Don Guillermo, cuando llegó a San Agustín en 1970. Así, surgió la Asociación de Colonos de San Agustín —que después algunos miembros formarían parte de la Unión de Colonias Populares (UCP), referente en el movimiento urbano popular en México—, con fin de organizarse en las exigencias de los servicios urbanos básicos ante las autoridades. Uriel Mondragón, exintegrante de la Asociación de Colonos, comenta sobre aquella época:

«En el setenta nos organizamos por los servicios. Fue una lucha larga por unos diez años. Era peligroso, pero nos aventamos contra el gobierno. [...] Hubo una vez, en nuestra lucha, que vino un candidato, y nos preguntó por qué protestábamos, si cuando estábamos en nuestro rancho tomábamos agua del jagüey, y aquí andábamos muy exigentes, y nosotros le decíamos que porque queríamos agua limpia».

Los colonos fueron los iniciadores en la gestión de los trabajos de mejoramiento en la colonia. Impulsaron los servicios y las primeras obras, que después se harían cargo las instituciones formales. Incitaron, bajo la recaudación de recursos entre vecinos, la construcción de las primeras instituciones educativas para sus hijos, para el parque, su quiosco y la parroquia. Después llegarían los comercios, la tienda CONASUPO, el extinto cine de San Agustín, la oficina de recaudación de impuestos, las oficinas del Ministerio Público, la unidad familiar del IMSS. Todos ubicados en la primera sección de la colonia.

La ocupación masiva de San Agustín se da, según la memoria de mis informantes, a mediados de la década de los ochenta. Derivado del sismo de 1985 en la Ciudad de México, muchas familias se mudaron a esta colonia. Los vecinos con mayor antigüedad recuerdan ese acontecimiento como uno de los más significativos

debido a la gran cantidad de personas que se movieron: «todavía encontrabas terrenos, baldíos, casas solas y, de repente, se llenó», me comentó la señora Carlota. Gran parte de estas personas se localizaron en la tercera sección de la colonia. Algunos recién llegados adquirieron lotes en contratos irregulares o como paracaidistas. Quizá, por ello, algunas personas consideren que esta zona de San Agustín sea la última parte en consolidarse, creando una frontera simbólica en el interior del barrio.

Los vecinos de la primera y segunda sección establecieron distinciones con las personas de la tercera parte —en el capítulo II analizo las categorías sociales utilizadas para dar sentido a dicha distinción. En una ocasión, el cronista me comentó que la gente de aquí se divide en dos tipos: «los oriundos y los recién llegados». Esta oposición es más visible en las conversaciones cotidianas con personas del primer y segundo sector: los recién llegados de la tercera son considerados como «lo peorcito de la Ciudad» o «gente diferente». En palabras de un comerciante de la primera sección:

«En ese momento empiezan a construir la línea que corre de Martín Carrera a Santa Anita, la verde turquesa. Cuando empiezan a construir esa línea, toda esa zona, donde vivían todos los fayuqueros de Tepito, todos esos asentamientos irregulares de colonias perdidas que había ahí, los quitan y se vienen para acá, y aquí llegan como paracaidistas. Por eso es por lo que aquí encuentras a mucho fayuquero. Encuentras a muchos narcomenudistas. Aquí encuentras a gente que precisamente no es de lo más culto, educado, de lo más respetuoso... y cada uno se apropia de los terrenos como puede. Todo está muy raro como están, como que no tiene mucho sentido, y ellos se trajeron todo, todo lo peorcito de la Ciudad de México».

Esta diferenciación se ha mantenido durante los años. Para muchos del barrio, la tercera sección de la colonia es considerada la zona más peligrosa, la que se debe evitar. En voz de un vecino de la segunda sección:

«Son diferentes físicamente, tú los ves bien pinche lacrosos. Son los más madreos de la sociedad, los más puteados... por ejemplo, ahí conozco, a varias chavas que son ficheras, y por consiguiente sus hijos son un pinche desmadre, y así pura gente bien lacrosa, pero luego se ve en la cara, en la forma de vestir...puro maleante».

También existe una diferenciación que se materializa en el acceso al equipamiento urbano. Si bien tiene un centro médico comunitario, una casa cultural financiada por el gobierno municipal, el cárcamo de bombeo de drenaje de la colonia, un gran deportivo municipal y un centro de rehabilitación de adicciones, los vecinos sufren mayores afectaciones por las inundaciones, las calles son más angostas —algunas apenas alcanzan los 4 metros de ancho— que en las secciones vecinas y sus áreas verdes están en completo abandono.

3. UN TERRITORIO DE RELEGACIÓN URBANA

La formación y la consolidación de la colonia responde a la manifestación de la producción capitalista del espacio, o lo que David Harvey (2007, 98) nombró como «producción de diferencia geográfica». Los cambios en el modelo de desarrollo y las transformaciones económicas que se han dado en México desde la década de los años cuarenta —y consolidado durante los años setenta— han afectado la distribución territorial en la Ciudad de México. El resultado ha sido bajas tasas de crecimiento en las áreas centrales y altos crecimientos en las periferias en procesos de integración a la metrópoli, afectando directamente los precios del suelo urbano.

Así, mientras que las clases medias y altas se refugiaban en áreas privilegiadas o privadas, los sectores populares eran *empujados* hacia la periferia de la Ciudad de México debido a los costos más baratos de los terrenos (Hiernaux 1999). Esto ha hecho que los espacios de encuentro entre las distintas clases sociales se redujeran, lo que dificultó coaliciones políticas que permitieran el incremento del gasto para el mejoramiento de la calidad en los servicios públicos en los lugares de relegación (Bayón 2012). Incluso, la sociabilidad entre estas poblaciones *distintas* se ha basado en la desconfianza, el temor y la estigmatización.

Durante las últimas cuatro décadas, se ha exacerbado la fragmentación urbana. Las políticas de supresión progresiva de subsidios y de economía de mercado han complicado las expectativas de movilidad social y de mejoramiento que tenían las poblaciones habitantes de la periferia. Estos cambios se han traducido en peores o nulas oportunidades laborales, acceso desigual a la calidad de servicios básicos y los recursos de la población se han vuelto más limitados. De hecho, el área oriente de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, donde se ubica el municipio de Ecatepec, muestra mayores niveles de pobreza, rezago y vulnerabilidad social (Bayón 2015).

De esta manera, la experiencia urbana en estos territorios relegados se ha vuelto más excluyente. Las brechas de desigualdad se han ensanchado entre la población que habitan espacios de concentración de desventajas. Estos espacios tienen que ver con lo que Bayón (2015) llamó «integración excluyente», en las que estas poblaciones son incluidas de manera desfavorable en el acceso y la calidad de los servicios de ciudad, creando ciudadanías de segunda clase. Las siguientes observaciones que hago sobre las condiciones del espacio reflejan la fragmentación y la precarización de estos lugares, como Janoschka (2002) los llamó, «islas de precariedad».

4. LA VIDA COTIDIANA EN SAN AGUSTÍN

Debido a su lejanía del centro político y económico de la ciudad, desde sus orígenes, las avenidas principales sirvieron como integradoras del espacio urbano. En ellas se desarrolló la dinámica comercial de la zona. En la actualidad, las avenidas están repletas por comercios formales e informales: hay tianguis, mercados techados, panaderías, zapaterías, mueblerías, papelerías, fruterías, taquerías, carnicerías, tortillerías y tiendas de abarrotes. Por la avenida Lourdes están ubicadas tiendas departamentales, laboratorios químicos, ópticas, talleres de bicicleta, consultorios médicos y diversos establecimientos de comida. También hay talleres de celulares, puestos de productos de limpieza, películas y música pirata. «Aquí encuentras de todo, sin necesidad de salir de la colonia», arguyó mi vecino cuando en una ocasión que le pregunté sobre lo que le gusta de la colonia.

Los espacios de interacción prominentes son los mercados, tianguis y las avenidas. La colonia cuenta con tres mercados, uno por cada sección. Son fuentes de abastecimiento para muchas familias del lugar. Se encuentran productos como: carne de res, cerdo, pollo, verduras, frutas, enseres de limpieza, puestos de especias, ropa y de comida. Pero, además, los mercados sirven como centros de tráfico peatonal: aquí se pone al tanto de lo que pasa en la colonia, se comparten noticias y chismes sobre los vecinos. También son punto de referencia y de recreación. Las *chelerías*⁸ ubicadas dentro de los mercados son puntos de reunión entre los jóvenes y hombres adultos de la colonia. Allí se baila a ritmo de una rocola y se beben grandes cantidades de cerveza; también son una isleta en donde el *respeto* se practica con la mirada: los juegos de mirada son importantes para demostrar *ser de aquí*, y ante cualquier provocación de un desconocido se desatan peleas a puños. Recuerdo en una ocasión que a mi amigo Paco lo querían golpear tres hombres solo por rozar el

⁸ Locales de venta de cerveza, ubicados en diferentes puntos de la colonia.

hombro a uno de ellos en la salida del baño. Por eso, no son pocas las personas que consideran estos lugares exclusivos para los delincuentes de la colonia.

Otros espacios de interacción son los tianguis, aunque estos son móviles. Se ubican en diferentes puntos de la colonia, tres veces por semana. En los tianguis se ofrecen mercancías a precios menores que los mercados establecidos. Esta es una de las razones por la que son muy populares entre la población. Las avenidas, durante el día, son el telón de fondo para encuentros entre las personas, la mayoría mujeres que hacen sus compras cotidianas para la casa. Entre las cinco y ocho de la tarde, en la conocida *hora pico*, el tránsito vehicular es denso: los coches y las motonetas se apilan de manera tosca, siempre en doble sentido —aunque en el reglamento de tránsito sea solo de uno. Los pitidos, gritos, insultos son comunes. El transporte, en mayoría taxis, bicitaxistas y combis, mueven a los pasajeros que regresan del trabajo o de la escuela. A esas horas, los comerciantes se activan, algunos limpian y acomodan su puesto de comida para cenar: alitas, tacos, barbacoa, garnachas. Algunas parejas, acompañados de niños, salen a caminar, a buscar algo de comida o hacer las compras para el día siguiente.

Durante los fines de semana, las actividades de recreación y los rituales son más frecuentes. Los dos campos deportivos se llenan de jóvenes para competir en las ligas locales de fútbol. Los parques principales son receptáculos de niños en bicicleta y de personas que sacan a pasear a sus perros. También la plaza del quiosco sirve, en las tardes de sábado, como pista de baile a ritmo de un pequeño grupo musical local, financiado de manera voluntaria por los asistentes, que comparte ritmos guapachosos, de cumbia y sonidero. En las tardes, hombres adultos comparten cervezas en las afueras de las tiendas abarrotes —siempre con el cuidado de no ser vistos por la policía—, las parejas adolescentes caminan agarrados de la mano, y varias familias recorren las avenidas para compartir el tiempo juntos en

algún puesto de comida. El centro comercial Plaza Aragón, también, es una alternativa de recreación para las familias posicionadas de la zona que acuden a mirar una película al cine, hacer compras en la tienda de servicio Walmart o a comer en algún restaurante de cadena.

La colonia se vacía en la noche. El ambiente queda dominado por el ruido de las motonetas conducidas por jóvenes —esparciendo el temor común entre los vecinos de ser asaltados por estos. La mayoría de mis conocidos se encierran en sus casas después de las nueve de la noche por temor a ser víctimas de la delincuencia. Son comunes las recomendaciones sobre evitar salir después de las diez de la noche «si no tienes nada que hacer en la calle».

Las actividades de rituales se concentran en la iglesia de San Agustín. Este espacio se encuentra en la primera sección. Muchos habitantes se refieren a esa zona como la más tranquila de la zona. La iglesia tiene una plaza grande en la cual algunos niños juegan y parejas de adolescentes se sientan a platicar durante las tardes. En los domingos la iglesia se abarrota. Las señoras de mayor edad tienden a ocupar las primeras bancas. Mujeres, jóvenes y hombres se reparten las restantes. Lo que no alcanzan un lugar para sentarse, persisten de pie durante todo el sermón del sacerdote. Pero no es la única iglesia que existe en la colonia, hay otras dos por cada sección, y varias capillas ubicadas dentro de las calles. Me ha tocado observar a personas que rezan a familiares fallecidos en alguna de las pequeñas capillas dedicadas a la Virgen de Guadalupe y San Judas Tadeo.

Los rituales como la Pascua son protagonizadas por treinta vecinos, que actúan como romanos que guían a Cristo, mientras lo azotan, por las avenidas principales —San Agustín y Lourdes— de la colonia. La fiesta patronal de San Agustín es la más importante de la colonia. Se celebra cada veintiocho de agosto, bajo responsabilidad del sacerdote de la iglesia. Con dos meses de antelación, el

sacerdote y un comité de vecinos buscan donadores en la colonia para los gastos de los arreglos en la iglesia. La fiesta inicia con un novenario que dura diez días y termina con una feria de dos días que se instala en la avenida San Agustín, donde se colocan juegos mecánicos, puestos de comida, juegos de tiro al blanco, canicas y dardos. Sin embargo, no todos los vecinos disfrutaban de la feria: «Tengo años que no voy a la fiesta, es que hay puros borrachos y ladrones, y me da miedo. Pero tengo muchas ganas de ver el castillo. Ni modo. Se juntan muchos rateros», me comentó mi vecina de la calle Sur 10.

5. LAS CONDICIONES DEL ESPACIO

La densidad de las viviendas y comercios hacen un espacio gris. No hay árboles ni vegetación —excepto en los dos principales parques. Las paredes están plagadas de grafiti. Aunado a esto, la infraestructura comercial sin control hace que desechos sólidos, aceites y basura vayan directo a las coladeras públicas. Los baches, la angostura y sus bloqueos por automóviles estacionados a lo ancho, son un dolor de cabeza no solo para los vecinos, sino también para quien intente adentrarse en el interior. Alguna vez un conductor de Uber me comentó que evitaba esa área debido a los callejones cerrados y porque es muy peligrosa: «que no te cause sorpresa —me confesó— que poco a poco tu calificación como usuario empieza a bajar, porque a los choferes no nos gusta ponernos en riesgo».

Los servicios urbanos siguen irregulares y de pésima calidad. Los habitantes sufren una constante privación de agua potable, y aquellos que no poseen sistema de cisterna, los habitantes más pobres, son obligados por necesidad a comprar agua a privados que la transportan en camiones con grandes tanques de metal. En mi departamento, solo tres días a la semana privilegiaba el agua de tubería, el resto de

los días se usaba el agua recolectada de la cisterna que tiene la señora Carlota en el patio.

Durante el verano, en temporada de lluvias, las inundaciones son desastrosas. Las alcantarillas bloqueadas por basura y tierra no dejan fluir el agua torrencial, haciendo lagunas, según vecinos, hasta de un metro de profundidad. Puede decirse que los habitantes del barrio se acostumbran desde que entra la temporada de lluvias a las futuras inundaciones: algunos utilizan botas de hule, preparan sacos rellenos de tierra en la entrada de sus viviendas, y otros, explica Andrés, propietario de un estudio fotográfico, «no les queda más que acostumbrarse a vivir en el agua». Registro una experiencia en mi diario de campo:

13 de agosto de 2018. «La lluvia ha hecho estragos en las calles. Entre más me acerco a la mueblería, ubicada en la parte más baja de San Agustín, mayor es el nivel de inundación. Después de la Sur 70, ya no puedo caminar. Las calles están desbordadas con agua que sale de las alcantarillas. Tengo que buscar otras rutas. Doblo por una calle angosta, siento incertidumbre, pesadez, camino rápido. Mi paranoia se alimenta por la pérdida de ubicación, no encuentro las calles para llegar a mi destino —son muy pocas las calles que tienen las nomenclaturas y todas se parecen. [...] En mi desesperación, regreso a la avenida Lourdes. El ambiente está penetrado por el olor a drenaje, ese olor fétido entremezclado con la basura que arrastra el agua. Algunos dueños de negocio tienen puestas unas botas de plástico, conocidas aquí como «botas de pollero», para no mojarse los pies y caminar entre las estrías de agua blanquizca. Señoras, niños y hombres, con las botas puestas, limpian, con escobas y cubetas, el cochambre que entró a su negocio».

Pero esto no significa que el Estado esté ausente en la colonia, como lo hacen parecer algunos medios de comunicación. A lo largo del territorio se encuentran varias

instituciones educativas, el Ministerio Público (con su constante ir y venir de patrullas policiales y militares), tres centros de salud, un hospital general y dos centros de rehabilitación de adicciones, delimitan la presencia del Estado en el barrio. La presencia de las oficinas policiacas y ministeriales en la parte central de la colonia demarcan el *locus* de la coerción de esta. Las personas que viven en las inmediaciones se quejan de los policías mal capacitados por agresivos, patanes y corruptos. En su perspectiva, la relación entre la policía y la delincuencia no está claramente definida: «En la Procuraduría solo los mueve el dinero. Tenga cuidado con esos [policías], que, si lo miran con las maletas, lo van a querer asaltar».

Las organizaciones políticas-administrativas, como la Delegación y el Comité de Participación Ciudadana, COPACI, tienen la función de mediar entre las demandas de la comunidad y las autoridades municipales. Dichas figuras se eligen por elecciones vecinales cada tres años —poco tiempo después de cada renovación de gobierno municipal—, y la vecina que decide participar en estas tiene el apoyo, normalmente, de algún político local o de una autoridad formal. Así, mantener el control de estas figuras auxiliares permite que políticos o autoridades formales tengan presencia en el territorio.

01 de mayo 2019. Son las cinco de la tarde. El público estalla de la emoción. Nadie se quiere ir, están muy entretenidos por las destrezas humorísticas de los payasos. El payaso más viejo comenta al micrófono «bueno, gente bonita, les presente a quienes hicieron posible este evento, ¿ya conocen a la señora?». Las respuestas del «no» se pierden con el alboroto de la música. «Esta señora es la delegada de la colonia de San Agustín, les quiere dar unas palabras». La señora que ganó las elecciones vecinales sube al templete. Comenta ante el micrófono: «agradezco la presencia de Daniel Sibaja, segundo síndico de Ecatepec; a Leo Río Valle, segundo regidor y al presidente del COPACI. Estamos

haciendo este tipo de cosas para cambiar a San Agustín». La delegada llamó al segundo síndico a que diera unas palabras: «Este evento está muy bien. Es la primera vez que veo a tanta gente en un evento así. Muchas felicidades, San Agustín». Le entregó el micrófono al presidente del COPACI. El presidente de la primera sección agregó con el artefacto: «Estamos haciendo acciones para mejorar San Agustín; ¡Unidos todos podemos mejorar San Agustín!». Después fue un desfile de autoridades; tropezaban entre ellos solo por ser reconocidos en público, siquiera unos segundos. El dirigente de la unión de comerciantes también tomó el micrófono: «debo agradecer a los comerciantes que hicieron este evento». La gente empieza a perder la atención; algunos se van, otros hablan entre ellos o miran su celular. Después de esa presentación, se bajaron uno por uno y el espectáculo regresó a los payasos. Los chistes siguieron, las risas del público volvieron.

También hay distintas instituciones que suplen algunas acciones del Estado. Se encuentran diversos centros de rehabilitación de adicciones y comedores colectivos gestionados por las iglesias cristianas en la colonia. Por la avenida Lourdes, todos los domingos ofrecen, a precios irrisorios, comida a punto de caducar, donada por centros comerciales e instalan un comedor comunitario.

28 de abril de 2019. En una parte de la avenida Lourdes hay una gran carpa con mucha gente debajo. En la iglesia cristiana Ciudades de Refugio venden pan y bolsas de verduras a \$1. Personas llevan hasta tres bolsas repletas de naranjas, brócoli, espárragos y pan de caja. También ofrecen el servicio para cortar el cabello. Los ayudantes, en su mayoría jóvenes, portan una playera amarilla con el nombre «Ciudades de Refugio». En la calle, debajo de la carpa, hay tres mesas para veinte personas, todas llenas. Sirven de comida: chuletas, frijoles negros, papas fritas y agua de sabor. También la comida vale \$1. Los

ayudantes están impecablemente organizados. Cuatro hombres sirven la comida. Cinco mujeres reparten, como meseras, la comida entre los asistentes. Entre los comensales, hay familias completas que se mezclan con gente en condición de calle. En total, calculo cien personas. En las bocinas, ubicadas alrededor de las mesas, suenan cánticos cristianos. «¿Quién vive? ¡Cristo!», gritan los de playera amarilla. Se pide que los comensales levanten ambas manos para agradecer a Cristo: algunos obedecen, otros siguen concentrados en el plato de comida. Convirtieron la avenida en un anexo de la iglesia.

Debo resaltar que estas actividades son parte de una historia de lucha que tienen dos iglesias cristianas dentro de la colonia. El templo Ciudades de Refugio, con su pastor y algunos de sus miembros de la Ciudad de México, desplazó a la iglesia Nueva Esperanza, que es más pequeña en congregación y en dinero, pero dirigida por un pastor de la colonia. La iglesia más pobre responde con pequeñas actividades de brigadas para peinar la zona en busca de nuevos integrantes para la iglesia. Sin embargo, el rumor es utilizado como una herramienta de cohesión. Juan, integrante de la Iglesia Nueva Esperanza, se refiere al pastor de la iglesia Ciudades de Refugio: «Ese es un pastor con palabras huecas», «los recursos vienen de los vicios de la Ciudad de México». Hablar mal de su pastor busca mantener cohesión entre sus integrantes, y que estos no deserten, pues el número de integrantes que congrega una iglesia determina el sostenimiento de esta y el prestigio del pastor.

Por su parte, tres principales centros comunitarios realizan actividades recreativas y de apoyo en la comunidad. Uno de ellos es el Centro Cultural Bicentenario ubicado en la tercera sección, que es gestionado y administrado por el gobierno municipal. Allí se ofrecen clases de inglés, karate, servicio social y psicológico. Los otros dos centros se ubican en la primera sección. Uno de ellos es un proyecto de autogestión que ofrece talleres de costura, actuación, yoga, de

escultura con materiales reciclables, promueven eventos de música y proyección de películas para los habitantes más jóvenes de la colonia. El otro proyecto, el Centro Cultural Hermanos Revueltas, es gestionado por una familia de políticos locales, que ofrece a la población cursos de inglés, servicios dentales, cursos de capacitación técnico laboral, y, para los habitantes más jóvenes, talleres de lectura, redacción, dibujo, pintura y danza.

6. DESDE LA MIRADA DE LOS JÓVENES

Durante los primeros meses de mi estancia en la colonia aterricé en el Centro Hermanos Revueltas para observar de cerca las dinámicas cotidianas del barrio. El Revueltas es reconocido en la comunidad por ser uno de los centros comunitarios más importantes de la colonia, por su dimensión y diversidad de cursos que ofrece. Allí se imparten clases de redacción, lectura, dibujo, estimulación temprana y cursos de enfermería auxiliar y de educación para adultos. Debido su afluencia, lo utilicé como, en palabras de R. Merton, un «lugar estratégico de investigación».

El Centro Revueltas fue fundado en el 2009 por los hermanos Río Valle, en el edificio que antes fueron las oficinas municipales de recaudación de impuestos. El centro está situado de la avenida San Agustín, cerca del Ministerio Público y la unidad familiar del IMSS. El tramo de la avenida donde se encuentra el centro hay hileras de negocios de comida corrida, papelerías y tiendas abarrotes. El centro comunitario está flanqueado a un lado por un espacio que se forma con el Ministerio Público y que sirve, durante horas laborales, como estacionamiento a los vehículos de usuarios, trabajadores y patrullas que llegan a las oficinas ministeriales. Al otro lado está la secundaria Sor Juana, la más antigua de la zona. Detrás del Revueltas está el parque, en el que se encuentran el quiosco y un auditorio al aire libre, cuya entrada está en el estacionamiento. Por lo general, las actividades e instructores que

las imparten están financiados por los usuarios, excepto las gratuitas. El centro solo se limita a cubrir gastos de mantenimiento y de sus cuatro empleados de base: dos secretarias, un portero y una empleada de limpieza. Raúl Río, fundador y ahora director del centro, me comentó que este espacio se hizo para promover la cultura en la zona, pues, consideraban a San Agustín un lugar rezagado en el tema.

Al cabo del primer mes, me involucré en las dinámicas del Revueltas. Establecí amistades con el personal, con los instructores de los cursos e, incluso, con el director del centro. Me incluí en las dinámicas de los cursos, asistía como observador y, en algunas ocasiones, como expositor de un tema. Esto hizo que las personas que asistían de manera regular me empezaran a reconocer en la calle, las secretarias me tomaran confianza contándome chismes sobre algún compañero, o que los estudiantes me solicitaran algún consejo de vida. En definitiva, las actividades en el Revueltas no estaban desvinculadas de su contexto: por conversaciones dentro y fuera del Revueltas todos nos enterábamos sobre lo que pasaba en el barrio.

01 de abril de 2019. En una ocasión en el taller de lectura, Adriana, una adolescente de dieciséis años, nos contó que hace poco intentaron secuestrarla en la calle. Ella recuerda que se le acercó un coche blanco por la avenida San Agustín y la quisieron subir a la fuerza, le comentó a su mamá sobre lo sucedido: «Mi mamá me regañó: «Si ya sabes cómo es aquí, ¿para qué sales?». ¡Pero eran las 3 de la tarde!, ya ni puedes salir en San Agustín en la tarde. ¡Ni siquiera en la tarde! Yo le dije a mi mamá que me gustaría ser narcotraficante, porque nadie les hace nada». Esta anécdota impulsó a los cuatro asistentes a contar sus experiencias con la criminalidad de la colonia: «el parque de la tercera es el parque de la muerte», «yo no paso por esta calle porque me asaltaron», «yo no paso por el deportivo, porque me da miedo». Raúl, un niño

de once años, cerró esa conversación colectiva: «todo lo que dicen de San Agustín es cierto».

Mi interés para entender el sentido que le dan al espacio urbano los jóvenes de la colonia se vio motivada por ese cúmulo de anécdotas de sufrimiento, la convivencia con la criminalidad y la explicación que le daban. Así que decidí hacer un taller corto de fotografía para intentar capturar la vida cotidiana en el barrio. Utilicé la fotografía como herramienta provocativa (Harper 2003, Becker 1995) para aprehender lo que Tonino Griffiero llama atmósfera —sentimientos derramados en el espacio (2014, 108)⁹. La atmósfera pensada como «la unión entre el afecto y la materialidad, la memoria y el significado» (Sumartojo y Pink 2019, 30), permite vincular el espacio, las experiencias, las emociones y las corporalidades de estos participantes del taller.

Así que pedí ayuda a Virginia Ramírez, estudiante de antropología y fotógrafa aficionada, para diseñar el contenido y objetivo del curso. Abrimos una convocatoria a toda la colonia y alrededores, además de invitar personalmente a los asistentes del Revueltas. Se registraron, en total, 13 estudiantes. Les comenté que la idea era hacer un «diario de vida» con las veintisiete fotografías que contiene una cámara desechable¹⁰. El resultado fue cerca de 250 fotografías y le pedimos a los participantes que expusieran de manera individual aquellas que consideraran más importantes. Al final, no se eligieron fotografías bajo criterios estéticos, sino aquellas

⁹ Aunque el término atmósfera deviene de la teoría arquitectónica, el concepto gana terreno en estudios de antropología, la sociología y la geografía humana con fin de relacionar los afectos, sensaciones, materialidades, emociones y significados (véase Sumartojo y Pink 2019; Edensor y Sumartojo 2015). Véase también Trigg (2020) para una comprensión fenomenológica sobre el papel de la atmósfera en las emociones compartidas.

¹⁰ Este uso de herramientas no es original, los estudios de Javier Auyero y colegas (2009, 2013) fueron de gran influencia en el diseño metodológico. Esta réplica de experimento fotográfico de Auyero y colegas la utilicé propiamente como herramienta para conseguir confianza y reconocimiento entre los jóvenes del barrio.

que capturaran mejor los grandes temas que atraviesan las conversaciones de ellos sobre la colonia.

En primer lugar, gran parte de las fotografías resaltó la infraestructura urbana como el principal problema de San Agustín. Basura en las calles, animales muertos, suciedad en los espacios públicos, estragos de las inundaciones, fueron temas recurrentes en los retratos. Los jóvenes describieron su relación negativa con la materialidad de la colonia. Consideraron al paisaje urbano como «descuidado», «está muy sucio», «todo está despintado»; también resaltaron los olores: «todas las tardes huele a basurero», «huele a basura», «el drenaje es apestoso». En una de las conversaciones, los alumnos comentaron que sus vecinos y su familia están acostumbrados a estos problemas, porque «nadie hace nada», «nos enfermamos del estómago por el agua sucia de las inundaciones».

Les pregunté la razón por la que la colonia estuviera así, ellos culpaban a la misma comunidad: «tiran la basura donde sea», «se ponen a quemar la basura y huele muy feo», «esta calle apesta a perro muerto, en vez de tirarlos, los dejan ahí». Pero también criticaron los servicios urbanos y las autoridades de la colonia: «No hacen nada. Los recolectores no se llevan la basura, a veces la dejan ahí y uno tiene que esperar otro día para que se la lleven», «El delegado nomás anda preocupado por las elecciones, y cuando ganan ya no hace nada. Nomás hace caso a quienes lo apoyaron en las elecciones, a lo demás nos ignora si pedimos que limpie la colonia, así le pasa a mi familia».



Fotografía 1. «Mi hermano se cayó en esta coladera. Aquí salen sus pies; se fue por la coladera. La coladera estaba sumida, y a mi hermano se le ocurre pasar por arriba y se metió. Está peligroso, ahorita mi hermano la libró, pero habrá gente que no». «Alcantarilla abierta», *Fernanda, estudiante universitaria, 18 años.*



Fotografía 2. «Juntan toda la basura ahí, y luego la queman». «El Chorizo», *Alexis, estudiante universitario, 20 años.*



Fotografía 3. «Es la calle de mi casa, está llena de lodo. Es porque se inunda la calle. Si llueve poquito, se sale el agua, si llueve mucho se sale el agua por las alcantarillas. Los vecinos que viven por aquí ya se acostumbraron, del olor, de todo». «Mi calle», Mari, estudiante para enfermera auxiliar, 19 años.



Fotografía 4. «Aquí antes lo utilizábamos para patinar, pero las lluvias y la basura convirtieron al hoyo en un basurero. Nos corrieron de allí». *«El Hoyo», Diego, auxiliar de paramédico, 22 años.*

También, los estudiantes rescataron, en sus retratos, sus espacios más significativos: el parque principal, la iglesia, la secundaria, la preparatoria, los centros comunitarios, las capillas de las calles y la oficina de la procuraduría de justicia. Son aquellos lugares vinculados a patrones rutinarios y familiares de San Agustín. Cuando se les preguntó por lo significativo de estos espacios, respondieron de manera contradictoria. Por un lado, relacionaron estos espacios con su familia, amigos, conocidos y vecinos: «allí tomé clases de inglés», «aquí solíamos patinar mis amigos y yo», «a veces mi familia y yo vamos al parque a caminar». Pero también enfatizaron en «lo mal visto» de dichos lugares en la vida cotidiana de la colonia:

«Las personas de aquí los vemos igual, ¿esos lugares qué? Las personas de aquí criticamos más esos lugares que los que vienen de fuera. Hay personas que limpian el quiosco y todo eso, pero ¿para qué? También pasa con la procuraduría que dicen que es público, pero no es cierto. En San Agustín todo es mal visto por la delincuencia, no se puede salir ni al parque».



Fotografía 5. «Me gusta la iglesia porque dan clases de inglés. Todavía dan clases allí pero ya no voy. Es muy tranquilo allí». «La iglesia», *Daniel, estudiante de secundaria, 14 años.*



Fotografía 6. «El huerto parece un lugar abandonado, es como la película Cementerio de mascotas». «*El huerto de San Agustín*». Diego, auxiliar de paramédico, 22 años.



Fotografía 7. «Es lo que más me gusta de mi colonia. Es lo más bonito; todo lo demás es una porquería». «*El Quiosco*». Esmeralda, desocupada, 17 años.



Fotografía 8. «Era un banco, pero lo robaron y quedó así todo despedazado, y después lo convirtieron en un centro cultural. Son personas amables, educadas y muy inteligentes. Hay clases de cine, meditación». *Leslie, estudiante de secundaria, 14 años.*

Las experiencias con la criminalidad y la delincuencia no solo fueron unos de los temas que más recurrieron los estudiantes para su composición fotográfica, sino que también las conversaciones diarias en el taller fotográfico eran atravesadas por estas preocupaciones. Las historias y experiencias con la criminalidad que los chicos compartieron daban un sentido integrador entre los participantes. La mayoría reconocía la delincuencia y criminalidad como la «cualidad generalizada» de San Agustín —como lo llamó Thibaud (2011). Estas preocupaciones orientaban las expresiones y sus memorias sobre el espacio. Daniel, un participante del taller, nos lo explica de la siguiente manera:

24 de mayo de 2019. Daniel, el chico más extrovertido, nos contó que a él no lo pueden robar porque «conoce a todos los delincuentes de aquí, pues yo les compro los celulares». Comenta: «si me roban, yo los mando a golpear, los mando a matar. A veces andan tan pasados (drogados) que no me reconocen y me golpean». Su familia tiene negocios en el mercado primera sección de venta de celulares y de cerveza preparada. Habló de un robo en el negocio familiar: «Hace poco nos robaron y se llevaron toda una mochila con celulares, como 15 mil pesos de mercancía, nosotros sabemos quiénes son, pusimos una denuncia, pero no pasó nada», comentó.

La cooperación entre las circunstancias prácticas, las memorias personales, las historias de la colonia y el tono afectivo es tan estrecha, que es difícil de separarlas una de otra. Dicho de otra manera, son pocas las historias y las experiencias en la colonia que no están penetradas y coloreadas por situaciones particulares sobre la delincuencia y la criminalidad.

La explicación que le dan a la criminalidad en la colonia es que se debe a la relación de contubernio entre autoridades y delincuentes. Así lo resume una estudiante: «[...] hay un montón de patrullas que andan por ahí, en su punto, pero [los delincuentes] les pagan para que no les hagan nada». Destacaron, también, las interacciones que tienen con la policía dentro de la colonia. Los estudiantes, la mayoría hombres, describieron cómo las instituciones policiacas impregnan su vida cotidiana en el barrio. En palabras de un participante:

«Ahí es un lugar solitario [el parque], no se puede estar ahí mucho tiempo, tampoco en el deportivo, porque te multan. Es bien raro. Una vez estábamos en el deportivo, y llegaron los policías, nos revisaron, y nos preguntaron algo, pensaban que traíamos algo, pero nada, se fueron y regresaron a la media hora, y nos dijeron ¿otra vez ustedes aquí, cabrones?, y yo le dije ‘pues es un lugar público, ¿no?’, y nos dijeron que no debemos estar ahí tan tarde, porque los podemos multar».



Fotografía 9. «Tengo malas experiencias aquí. Aquí he venido varias veces porque me agarra la policía pensando que me drogo, pero no lo hago». «La Procu», Diego, auxiliar de paramédico, 22 años.

Por su parte, la mayoría de las mujeres participantes retrataron lo complicado de ser mujer en el barrio. Algunas platicaron sobre el desagrado de caminar por ciertas calles y ser «miradas por borrachos» o que le griten alburas. Esto es, quizá, una característica de la atmósfera de la colonia que rescataron las participantes del taller: se *siente* en la piel. Dentro del ambiente, siguiendo a Thibaud (2011), se confiere valor a lo que se percibe y se expresa en una tonalidad emocional. Uno de los diálogos reveladores fue cuando pregunté a una participante sobre una fotografía que no se miraba por borrosa: «quise retratar a unos señores que están por mi calle y me dan mucho miedo, porque cuando pasas donde están, se te quedan viendo. Es muy molesto».

Las pláticas entre ellas se convirtieron en una especie de conciencia mutua, en la que cada mujer era consciente de que cada una experimenta las mismas preocupaciones y emociones. Esta conciencia mutua es lo que D. Trigg (2020, 5) describe como sintonización atmosférica: «la sintonización es una actividad compartida en la medida en que un grupo se sintoniza de manera colectiva con un fenómeno afectivo dado». Relacionaban el espacio con emociones de desasosiego y de incertidumbre. Así lo explica Janette, una vecina mía, con sus palabras: «Es una atmósfera rara [en la colonia]. Si salgo al deportivo no sé si vaya a regresar». Estos sentimientos no se daban de manera aislada, sino que eran reconocidos e incorporados —en mayor o menor medida según la circunstancia particular— por todas las demás colaboradoras del taller cuando caminaban por las calles de la colonia. Otra participante lo resume así, en términos de su trayectoria y ritmos espaciales:

«No estoy segura cuando salgo por las calles, pero voy caminando con toda la seguridad. Yo digo que, si vas a salir de lo más nerviosa pensando que puede pasar algo, y te miras nerviosa, de que vas caminando rápido, pues la gente te ve. Entonces cuando camino por la colonia, aunque no me sienta segura, lo hago como si lo estuviera».

Así, la atmósfera de San Agustín emana un tono afectivo que impregna los cuerpos —humanos y no humanos— y hace que, por su expresividad de la emoción, sea parte del espacio público. De modo que esa expresividad afectiva de una participante, conmueve y resuena en el cuerpo de otra persona. Es el caso de la violencia intrafamiliar que se registró con sutileza en una imagen de Fernanda. Fernanda capturó el vínculo entre el maltrato animal y la violencia de género como una forma de dominación masculina (véase fotografía 10).

«Esta es la fotografía que más me da tristeza. Es una perrita abandonada que todo el tiempo está allí, haga sol o llueva. En las mañanas está tiembla y tiembla de frío. Mi vecino, el dueño de la perrita, es muy problemático, es vigilante y es imposible hablar con él. Yo le llevo comida a la perrita, pero el señor no quiere que le den nada. Su familia y él viven enseguida de mi casa, y entonces siempre se escuchan gritos de su esposa y sus dos hijas, que tienen menos de quince años, cuando les pega. Su hijo es igual, le grita a su mamá y les pega a sus hermanas. No le podemos decir nada porque se pone muy grosero, ya se ha peleado con mi papá a palabras por cosas que ni al caso».



Fotografía 10. «Es una perrita abandonada que todo el tiempo está allí, haga sol o llueva». «Abandono» *Fernanda, estudiante universitaria, 18 años.*



Fotografía 11. «Es parte del deportivo. Y esas rejas dan la impresión de estar en una jaula, y más porque tengo recuerdos de cuando me chiflan, cuando me dicen ‘ahí viene la güerita’». «Atrapados», *Esmeralda, desocupada, 17 años.*



Fotografía 12. «En esa esquina no me gusta, porque asaltan mucho. Además, siempre huele mucho a mariguana». «*La esquina de las 3B*». Samantha, desocupada, 13 años.



Fotografía 13. «Le tomé la foto a estas niñas porque estaban solas en el parque, y me da cosita que a los papás no le importe eso existiendo tanto peligro en la colonia». «*Jugando*», Fernanda, estudiante universitaria, 18 años.

Las fotografías muestran el paisaje material y simbólico de San Agustín. Desde su perspectiva, los jóvenes participantes viven en un municipio y colonia conflictivos, pero también estigmatizados. Así registré una conversación entre ellos:

22 de junio de 2019. Nos reunimos para discutir las fotografías en un salón del Revueltas. Los asistentes empezaron a hablar sobre la imagen que tiene el municipio y la colonia, y lo que implica en su vida. La conversación la inició Lis: «Mis amigos me preguntaron que de dónde venía, les dije que de Ecatepec. Ellos me dijeron que ahí matan, violan, asaltan, te secuestran, y les dije que no,

que nunca me ha pasado nada». Mari contestó: «De aquí salen las noticias. Vas a otras partes, y te dicen: viste lo que pasó en San Agustín. Antes pasaba un señor con todas las noticias, pero todas eran de muertos, asesinatos, asaltos». Alexis contó una anécdota: «En la prepa no iba mucha gente de Ecatepec. Cuando me preguntaban de dónde vienes y contestaba de Ecatepec, me decían que puros problemas allá. También debes de fijarte con las personas que convives, porque hay muchas personas que se guían con las noticias mal vistas y de las redes sociales, y te llegan a clasificar por eso. Pero hasta cierto punto me decían: aguas, viene de Ecatepec, no te vaya a asaltar. En una ocasión, iba a hacer una fiesta, y les dije que tenía dos casas, una en Zumpango y otra aquí en San Agustín, pero la de Ecatepec está más cerca. Y sí, aceptaron, pero tenían mucho miedo de venir, tuve que ir por ellos. Nos la pasamos bien al final, pero batallé mucho». Abigail comenta: «Hay más delincuencia, no puedes salir con esa seguridad. ¡San Agustín se está extinguiendo!». Todos ríen.

La estigmatización devenida de la mirada externa del barrio tiene, como sostengo en el próximo capítulo, un efecto de desdoblamiento en el territorio. Los vecinos utilizan juicios valorativos para dar sentido a la coexistencia de un antagonismo que se ha transformado durante el tiempo: los establecidos y la otredad criminalizada. Las categorías sociales para referirse al Otro — como «chaca», «rata» o «lacra» — son utilizadas para describir, desmenuzar, entender y explicar las relaciones de poder desigual que se encuentran interiorizados.

7. CONCLUSIONES

Comencé con la descripción del proceso de la formación y consolidación de San Agustín como colonia popular. Las políticas de sustitución de importaciones crearon una creciente demanda de vivienda que empujó a cientos de familias a la

periferia de la Ciudad de México con el objetivo de satisfacer la demanda de vivienda. Las tierras salitrosas e inundables del desecado lago de Texcoco sirvieron como receptáculo para las familias provenientes de la Ciudad de México y del interior del país. Para los primeros habitantes, los terrenos baratos de San Agustín sirvieron para construir una vivienda: crearon una expectativa de movilidad social a partir del empleo.

Después describí cómo durante el cambio de modelo económico, en las décadas de los ochenta y noventa, estas expectativas de seguridad y movilidad social de la población se vio fisurada. Estos territorios se consolidaron como espacios de precariedad y relegación urbana. En específico, en San Agustín enfatice en la descripción de los contextos ambientales y sociales en los que desarrollan la cotidianeidad las personas de aquí. Entre los factores importantes en esta discusión está que, debido a la lejanía del centro político y económico de la Ciudad de México, las avenidas principales sirvieron como integradoras del espacio urbano. En ellas se desarrolló la dinámica comercial de la zona, que determinaría una parte de la dinámica económica de los habitantes de aquí y también consolidan los espacios de socialización más importantes. También he argumentado que el Estado no está ausente, sino que entra de forma ambigua, creando servicios públicos diferenciados y deficientes.

En una segunda parte, describí la escenografía material y simbólica, a partir de las miradas de un grupo de jóvenes en la colonia. Para ello, utilicé a la fotografía como una herramienta de ligadura entre el espacio, las experiencias, las emociones y las corporalidades de dicho grupo. Argumenté que la estructura de la atmósfera determina rasgos afectivos en sus jóvenes: a) Las historias y experiencias con la criminalidad y violencia que los chicos compartieron daban un sentido integrador entre los participantes del taller. La mayoría reconocía la delincuencia y

criminalidad como la «cualidad generalizada» de San Agustín. Estas preocupaciones orientaban las expresiones y sus memorias sobre el espacio. También argumenté que las experiencias en el espacio de las mujeres creaban una especie de conciencia mutua entre ellas. Compartían su relación del espacio con emociones de desasosiego y de incertidumbre.

La cooperación entre las circunstancias prácticas, las memorias personales, las historias de la colonia y el tono afectivo es tan estrecha, que es difícil de separarlas una de otra. Dicho de otra manera, son pocas las historias y las experiencias en la colonia que no están penetradas y coloreadas por situaciones particulares sobre la delincuencia y la criminalidad.

Por último, considero que la estigmatización que sufren algunos sectores de la población son parte de la violencia estructural que determinan las características de estos espacios. En el próximo capítulo, me concentro en la dinámica de la estigmatización barrial que sufre la colonia y que es terminante en la producción de las relaciones vecinales.

CAPÍTULO 2

LOS BUENOS VECINOS Y LA LACRA

LA PRODUCCIÓN Y DINÁMICA DE LA ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL EN EL BARRIO

1. INTRODUCCIÓN

«Este local comenzó bien pequeño y ahora parece un bar», me dijo Alberto cuando apareció en el lugar. El local, en el corazón del mercado de la primera sección, tiene una barra de servicio, sobre la barra, barriles de cerveza y, enfrente de los barriles, ocho mesas de plástico que ocupan los clientes, la mayoría jóvenes. Es uno de los espacios más recorridos del mercado, recién remodelado, con luces de neón en las paredes y una rocola con canciones de música nortea. En una tarde de finales de junio de 2019, Alberto accedió a una entrevista para hablar sobre su experiencia en la colonia. «Ya te sueltas más seguido. Le vas perdiendo el miedo a la colonia», me comentó mientras le hizo señas a la mesera.

Creí que era mi oportunidad para no seguir ser tratado como eterno forastero. Durante ese tiempo me cuestionaba mis encuentros con la comunidad, pues me incomodaba que para muchos siempre fui un «privilegiado» que podía entrar y salir

de la colonia cuando quisiera. Pero esa ocasión consideré que podía encontrar lo que G. Simmel llamó como «proximidad sensible», que no solo implicaba acomodarme de una forma en la mesa, beber la cerveza a un ritmo común, situar mis gestos corporales y lenguaje al ritmo de los bailes del sentido compartido. También era reconocermé en los contornos de la «experiencia común» de vivir allí, como si el reconocimiento de familiaridad me fuera otorgado gracias a la propia concepción de empatía que se desbarata en cualquier trabajo de campo. «Llevo noches caminando después de las once de la noche, del metro a mi casa, me meto por las calles oscuras del mercado y no me pasa nada. Siento que San Agustín solo está estigmatizada como peligrosa» afirmé con seriedad. Fue en vano.

Aquello fue tomado como una forma de menosprecio por parte mía. Alberto se reacomodó en la silla, dio un largo trago de cerveza e interpuso su comentario en tono de molestia:

«Yo tengo viviendo más de 38 años aquí, no puedes comparar, y eso lo que tú dices de la estigmatización no pasa. No dudo que tu investigación sea buena, pero tienes muy poco viviendo aquí. Te digo que el noventa por ciento de la gente que vive aquí es una *lacra*, una *pasada de verga*. Si tú caminas en la noche por aquí, y no te pasa nada, como lo haces, es porque te has topado con el diez por ciento de la gente que no hace nada».

En mi libreta de campo resalté lo ambivalente de su respuesta. Me llamaba la atención que ahora mi amigo reproducía los mismos prejuicios que pululan sobre la vida urbana periférica. No es de sorprender que un sector de habitantes de la colonia —en específico, aquellos con mayor antigüedad en el barrio, una tenencia de vivienda más estable, con estudios universitarios o desarrollo laboral fuera de la colonia— comparta las narrativas dominantes sobre las periferias urbanas como lugares violentos y peligrosos, un nido de deslegitimación social. Mucho se ha

hablado sobre las formas distintas de resistir y sobrellevar la imagen negativa sobre los «lugares de los pobres» de los que escribió Bayón (2012). Es común que desarrollen estrategias de denigración lateral como una forma de distanciarse de la gente problemática. Las descripciones sociológicas en otras latitudes resaltan las prácticas y discursos diferenciados que sus habitantes despliegan, según su posición y trayectoria en el espacio social, frente al discurso estigmatizador barrial devenido de la mirada externa (*véase* Ruiz Chasco 2019, Kessler 2012).

Sin embargo, el tono ofensivo de la reacción de Alberto hizo que percibiera esta interpretación como incompleta. Me dio la impresión de que aquellas categorías «analíticas» ahogaban mucho de lo que piensan y practican los residentes sobre los conflictos internos en la comunidad. No pude evitar pensar en el sello etnocéntrico que recae en las formas incuestionadas de pensar internalizadas por experiencias previas, o como me lo explicó Alberto: «[...] lo que tú dices de la estigmatización no pasa. No dudo que tu investigación sea buena, pero tienes muy poco viviendo aquí».

Al igual que Alberto, varios vecinos de San Agustín recurren a distintas creencias, prejuicios, estereotipos y estigmatizaciones para distanciarse y diferenciarse internamente de la gente considerada problemática en la colonia, que recuerda a M. Strathern (1997) cuando escribió sobre la manipulación de los estándares morales de evaluación como reproducción de la desigualdad entre los hombres y mujeres. Aquí existe un grupo de residentes que enaltece su solvencia moral y trata de distinguirse del percibido como el *otro* problemático. Los nombran con categorías como «rata», «plaga» o «chaca» para referirse a aquellas personas relacionadas con características anómicas de suciedad, delincuencia, fraude y pérdida de estatus en la colonia.

¿Cómo se producen estas diferenciaciones sociales?, ¿en qué circunstancia se utilizan?, ¿cómo se construye esa relación vecinal en criterios de superioridad-

inferioridad? Difícilmente podemos comprender esa significación sin tener en cuenta la estructura normativa de la diferenciación interna que existe dentro de la colonia¹¹. La percepción y cognición está determinada por límites simbólicos que se dibujan en la sociabilidad de la periferia urbana. Para explicar esta diferenciación se debe poner énfasis en esos límites simbólicos que franquean la colonia.

A pesar de reproducirse dentro de la colonia, estos límites no son concebidos de manera interna. De hecho, en este capítulo argumento que la fragmentación del espacio urbano es trasladada a las estructuras cognitivas —percepción y clasificación— de los habitantes de San Agustín. Considero que existe una creación y recreación de etiquetamiento, estereotipo y de representación del otro que provienen desde discursos de actores políticos, funcionarios públicos y medios de comunicación que construyen imágenes simplificadas sobre estos lugares y sus habitantes, alimentadas y sostenidas por lo que T. Caldeira (2007) llamó como «criminalización simbólica», es decir, una estructura que ordena moralmente el mundo entre personas buenas y personas malas.

En este capítulo hablaré sobre la producción del discurso dominante que termina desdoblándose en las relaciones espaciales a pequeña escala. El lector apreciará cómo el discurso de actores políticos y mediáticos ayuda en la construcción de la representación del lugar como lugar «peligroso y violento». Pero esta representación del lugar no es tomada con pasividad por los residentes, también es parte de su forma de percibir, sentir y construir sus relaciones dentro de la colonia. Así que también el lector encontrará cómo se desarrolla la naturaleza *interdependiente* entre dos grupos que se consideran distintos entre sí dentro de la colonia, bajo criterios simples pero decisivos de enaltecimiento o deprivación moral. En otras

¹¹ Retomo el argumento de Matt Wray (2006), en su estimulante libro *Not Quite White*, que arguye que la base de toda organización social y de diferenciación social es la «moralidad».

palabras, mi objetivo general de este capítulo es tratar de demostrar que la relación de superioridad/inferioridad entre los vecinos de la colonia se sostiene por una evaluación moral *naturalizada* por un proceso social dominante sobre el orden simbólico.

2. LA MANCHA DE LA MALA FAMA DEL LUGAR

La mirada externa es una de las violencias más silenciosas que se desarticula sobre los lugares de los márgenes urbanos y las subjetividades de sus habitantes. Me refiero a la valoración negativa que se da a través de las representaciones e imágenes del lugar. Estas representaciones suelen estar relacionadas con la violencia y la delincuencia, por lo menos en la ZMVM. No son pocas noticias, gráficos, portadas de la prensa roja y, últimamente, publicaciones en redes sociales, que construyen imágenes homogéneas, resultado de la simplificación, los estereotipos y la clasificación negativa del lugar. Son imágenes que alimentan el morbo y el temor de amplios sectores de la población, incluso de sus mismos habitantes. Brotan, así, imágenes negativas asociadas con «tipos de lugares habitados por tipos de gente» (Bayón 2015, 142), visualizando al lugar como arquetipo de capital social negativo y a sus habitantes como eternos sospechosos.

Estos lugares y sus habitantes son *demonizados* por encarnar todos los peligros que resultan de vivir en la vida urbana. No solo exacerba el temor y los estereotipos negativos de las clases acomodadas hacia estos lugares, sino que también afecta a sus moradores y a quienes se relacionan con ellos. Es decir, algunos de los habitantes de estos lugares suelen ser desacreditados y devaluados en el sentido de Goffman (2006), es decir, como atributo descalificador de su identidad es el territorio al que son asociados. Me refiero a la *mancha* que tienen los habitantes solo por vivir en territorios con concentración de desventajas acumulativas. Es una mancha que está

determinada por las representaciones e imágenes que son espacializadas y son un anclaje distintivo de deslegitimación social, lo que Wacquant (2014) denomina «estigmatización territorial».

Al igual que Ecatepec, alrededor de San Agustín se ha construido la reputación de lugar violento y peligroso. Para la mirada externa y de algunos de sus habitantes, es un espacio identificado como «un anclaje distintivo de deslegitimación social». La estigmatización territorial, como dice Wacquant, no se reduce a tener una «identidad estropeada» como ser pobre, drogadicto o tener «malformaciones físicas», sino es porque habitan un lugar «peligroso» dentro de Ecatepec, municipio considerado uno de los más peligrosos del país. De hecho, admito que fue esa notoriedad negativa la que me atrajo a este lugar, cuando un residente de una colonia colindante me explicó que «[En San Agustín] se encuentra todo el pus, todo lo malo de esta zona», pero que después ayudó a decantarme por la sedimentación de procesos de la violencia simbólica en estos territorios o, parafraseando a Schütz, donde se dirige el sentido está la realidad social (habrá que analizar en otro espacio por qué se privilegia de manera epistémica en las ciencias sociales los territorios de desventajas acumuladas como arquetipos de desorden y violencia).

La familiaridad de los habitantes del municipio de Ecatepec con la Ciudad de México, a través de las escuelas, lugares de trabajo y actividades recreativas, desempeña un papel fundamental en el despliegue del estigma espacial. La sociedad de la Ciudad de México dispone un sinfín de estereotipos para deslegitimar a personas que habitan estos lugares por considerarlos eternos sospechosos. Experiencias en común surgieron en las decenas de páginas que registré en mi diario de campo: mis informantes —en particular de los sectores más jóvenes y de profesionistas que trabajan fuera de la colonia— estaban relacionadas con temas de

discriminación en los espacios de socialización en donde compartían dinámicas escolares o laborales.

Mis informantes más jóvenes experimentaron agudas humillaciones en su intento de compartir espacios en el mundo hostil de la Ciudad de México. Ellos recuerdan los chistes, la burla que reciben en la escuela o en el lugar de trabajo, y ahora los *memes* en redes sociales, por pertenecer a un «barrio bravo»: «sabes que lo dicen en broma, pero es cierto», me dijo una estudiante. El relato de Abigail ilustra la manera en que los estereotipos y etiquetamiento de una colonia de «mala fama» configuran su experiencia cotidiana:

04 de julio de 2019. Abigail tiene diez de sus dieciocho años viviendo en San Agustín. Es estudiante en la Universidad Nacional y entrena, en sus tiempos libres, como bailarina folclórica. Me hace saber que en ocasiones se siente discriminada por ser de una colonia con «mala fama»: «En un evento nacional, se desapareció un vestido, un traje regional, que no es muy barato. Éramos cinco chicas que somos de por aquí, nos estábamos cambiando y la dueña no encuentra su falda, y voltea con nosotras y nos echa la culpa, que nosotras se lo habíamos robado, le dijo a la supervisora que nosotras la teníamos. Nuestra supervisora nos hizo revisión de mochila, pero solo a nosotras cinco, y sí se nota, *se siente feo*. Y éramos como 25 en total las que íbamos a bailar, pero nomás a nosotras cinco que somos de por acá nos revisaron. La supervisora nos preguntó cuál eran nuestras mochilas, supuestamente para que no agarráramos nada, y pues no nos encontraron nada, resulta que ella tenía la falda en una bolsa negra que traía. Que por que nosotras —nos dijo la muchacha odiosa— somos de San Agustín o de la Miguel Hidalgo. Sí tienen mal concepto de nosotros».

La historia de Abigail relata lo que Cristina Bayón describe como «los estigmas territoriales constituyen un elemento fundamental de la experiencia subjetiva de quienes residen en estos lugares, y se ponen en la superficie las desventajas asociadas al espacio físico y social» (2015, 142). La imagen negativa del lugar es una expresión territorial de la descalificación social, que tiene consecuencias en la vida diaria de los lugareños, y que no solo afecta su identidad y autoestima, sino también sus posibilidades laborales. La situación se exagera cuando las redes de capital social de los jóvenes no aportan los recursos necesarios por ser homogéneos en su composición (Bayón y Saraví 2007) como es el caso de Liseth.

07 de julio de 2019. Liseth tiene toda su vida viviendo en la colonia. Su familia llegó hace veintitrés años, su padre es taxista y su madre es ama de casa. No terminó la preparatoria y hace tiempo busca trabajo para contribuir a los ingresos familiares. Según ella, se le ha dificultado encontrar trabajo por vivir en una colonia que, para sus conocidos y contactos profesionales, «matan y roban gratis»: «En una ocasión fui a pedir trabajo a las tiendas de ropa Coppel, ya había trabajado allí, pero me salí por un problema que tuve con mi papá. Volví a meter mi solicitud de trabajo y esperé a que me llamaran para la entrevista. Me fui vestida con un pantalón color gris, una sudadera negra y unos tenis. Pero también tenía los ojos rojos, porque eran los días de la contingencia ambiental y había mucho esmog. Me recibió la gerenta de la tienda y me preguntó: «¿Vienes a asaltarme o a pedir trabajo?, pues, así como vienes...», le contesté molesta: «discúlpame, yo vengo a pedir trabajo, no vengo a robar», pero ella me respondió «Nosotros te marcamos. Pero yo que tú, no perdería el tiempo acá, yo me iría a buscar trabajo en otra parte, porque aquí ni siquiera perteneces, tú perteneces a otra zona que no nos interesa». No encontré trabajo, era obvio que para acá hay mucho fardero [persona que roba

en las tiendas] y robo por parte de los empleados de la tienda. Yo al principio quería modificar mi domicilio en la solicitud de trabajo, pero ellos ya tenían mis datos porque ya había trabajado durante un año, mejor no me arriesgué».

El caso de Liseth ilustra las dinámicas de exclusión que trae emparejada la fragmentación urbana de la Ciudad de México y su periferia. Aunado a la malignidad de habitar estos territorios, el deterioro de las oportunidades de empleo para trabajadores menos calificados y la creciente economía informal dominada por la venta de drogas, alimentan un ciclo de desconfianza y violencia simbólica. Como escribe C. Bayón: «los estigmas agudizan el temor de los de afuera hacia el lugar, denigran a sus habitantes y profundizan su aislamiento» (2015, 144).

Sin embargo, una de las cosas que me pregunté durante mi trabajo de campo eran las formas en que los residentes se *contaminan* —por utilizar la palabra de Pearce (2012)— de su área de residencia. Lo cierto es que el discurso estigmatizador lo encontramos en los discursos mediáticos y políticos. Veamos.

3. LA PRODUCCIÓN DEL ESTIGMA

En última estancia, la discriminación espacial que sufren los hombres y mujeres de estos territorios tiene su fundamento en las jerarquías de poder impuestas por las distinciones raciales y de clase que han padecido históricamente los pobres urbanos de la Ciudad de México (Leal Martínez 2016). Estas son mantenidas por medios de comunicación que reproducen los discursos dominantes acerca el desorden, la ilegalidad y la ciudadanía. Cuando uno explora en los reportajes y noticias sobre la colonia, la mayoría de estos se resumen en dos temas: sobre la delincuencia y la violencia. No hay noticia que quede fuera de mirada pornográfica de la nota roja: los robos, asaltos, asesinatos, las balaceras y violaciones, son las formas más extremas de cómo los medios describen la vida en el barrio.

24 de abril de 2019. Son las 10 PM. A esta hora poca gente camina, los negocios están cerrados. Sin embargo, en el Ministerio Público sí hay movimiento de personas. Entre diez y quince personas esperan a sus familiares detenidos. Un reportero y su camarógrafo, de un noticiero local, graba una noticia en vivo en las afueras de esta oficina gubernamental. Algunas personas los rodean en silencio. «Estamos en las inmediaciones del Ministerio Público de la colonia San Agustín, donde está resguardado el violador de la niña que fue capturado horas atrás por las fuerzas municipales», dijo el reportero frente a la cámara. Mientras el camarógrafo hace una descripción de los sucesos, los policías entran y salen con detenidos esposados, la gente en espera se le mira nerviosa. No entrevistan, ni preguntan a nadie. Las oficinas del ministerio público son un buen escenario para la teatralización de *locus del orden*. Al final, el reportero firma la noticia; el camarógrafo hace algunas tomas del edificio gubernamental, del vaivén de los policías con los detenidos y de las caras de las personas en espera angustiadas. Se apaga la cámara, los reporteros enrollan los cables del micrófono y de la cámara, se despiden de un policía que los resguardaba y se retiran del lugar. Ya cumplieron con la cuota periodística para el día siguiente. Así, cada cuatro días, aproximadamente, observo a algún miembro de la prensa local rondar por las inmediaciones judiciales.

La concurrencia de los medios de comunicación en la colonia es parte de la producción del discurso estigmatizante sobre lugar. El Ministerio Público es un atractivo para decenas de reporteros que cubren la nota. Salen historias del barrio y regresan en forma de reportajes sensacionalistas que eran proyectados en periódicos, publicaciones de redes sociales o programas de televisión. Este exagerado énfasis en la delincuencia y violencia ayuda a construir una imagen

homogeneizadora sobre los horrores de vivir en estos territorios, reproduciendo los estereotipos negativos, que impacta en la reputación de San Agustín.

Esto no quiere decir que los medios de comunicación inventen estos escenarios, si no que hacen de la colonia un lugar que debe evitarse. Recuerdo los innumerables pretextos que mis conocidos me dieron para no visitarme durante mi estancia en San Agustín —incluso mi compañero que vive a quince minutos a pie de esta colonia me comentó que él no iba a San Agustín porque era muy peligroso.

Los habitantes no solo son protagonistas del discurso mediático, también son consumidores. Son comunes los carros con un megáfono que pasan los fines de semana anunciando encabezados rojos en la colonia: «Mataron a conocido ratero de San Agustín», «Asaltan abarrotes a plena luz del día», se escucha a través de una bocina de un vehículo destartalado. De hecho, me sorprendió lo difícil que es conseguir un periódico impreso de tiraje nacional en alguna de las tiendas de aquí; la mayoría son periódicos de tiraje rojo, entre gráficas de cuerpos descuartizados, noticias sensacionalistas y cuerpos de mujeres en diminutos trajes de baño, alimentan el morbo de los lectores.

Los vecinos tienen miradas contradictorias sobre los medios de comunicación. En algunos casos, los vecinos hacían caso omiso, ignorando las noticias y reportajes que hablaban mal del lugar. Pero en otros, causaban enojo y confusión entre los aludidos, puesto que ellos están conscientes de los estigmas sobre el barrio. A principios de febrero de 2020, salió una noticia sobre el asesinato a balazos de una mujer en las supuestas calles de San Agustín. La noticia se esparció en las redes sociales, porque dentro de la noticia había un video de la ejecución de la mujer a manos de dos hombres armados.

13 de febrero de 2020. Los administradores de la página en Facebook «San Agustín Ecatepec» denunciaron, a través de un video, al periódico Excelsior por «mal informar a la gente» sobre un video de un asesinato de una mujer que se realizó en otra parte del municipio, pero el periódico lo reportó en la colonia San Agustín. «Hoy San Agustín está cambiando de imagen, y no queremos que medios de comunicación nos la manchen. Se ha hecho mucho trabajo en conjunto de muchas personas, comerciantes, actores políticos y sociales, autoridades locales, para cambiar la imagen de San Agustín, y nos parece aberrante que los medios de comunicación estén mal informando a la gente. Les pedimos a ustedes vecinos que para defender nuestra dignidad y a nuestra comunidad, vayamos a las páginas de Facebook y le pongamos: «eliminen la nota, no es en San Agustín». Hagamos presión, ustedes han hecho los cambios en la colonia y que no estén despreciando así no se vale. Es la imagen de nuestros niños: ¿por qué tenemos que ir a un lugar y tenemos que sentir vergüenza de dónde venimos? No es justo».

Este llamado a la acción colectiva ilustra que los habitantes se dan cuenta sobre los estereotipos que existen hacia ellos. En palabras del administrador: «¿por qué tenemos que sentir vergüenza de dónde venimos?». Pero de manera paradójica, como veremos más adelante, los residentes no solo son conscientes del estigma, sino que suelen compartir las mismas representaciones colectivas en las que se basa el estigma territorial: se tiende a borrar las referencias estructurales de las causas de estos problemas y se empieza a culpabilizar de manera individual.

4. LA DISCRIMINACIÓN DESDE LAS INSTITUCIONES

Las decisiones y prácticas de las instituciones de las autoridades encargadas del orden están basadas en la imagen negativa del lugar. Algunas de ellas se

reconocen con lo que Kessler (2012) denomina «discriminación estructural», es decir, un proceso diacrónico durante el cual el estigma es un factor determinante en la generación y perpetuación de malas condiciones de vida en una zona difamada. A ojos de los policías, los habitantes de San Agustín se dedican a robar, delinquir.

05 de abril 2019. «Caminé hacia las oficinas del Ministerio Público en la colonia para conseguir información de la violencia. Desde la entrada me enviaron al departamento de investigación de la institución. Aguanté por 30 minutos hasta que un señor con uniforme de agente ministerial me atendió: «A ver, ¿a ti qué te pasó?, me preguntó». Contesté: «No me pasó nada, solo vengo a pedir información». Le hice saber que necesitaba las estadísticas de la institución sobre San Agustín, el agente ministerial me afirmó que no había estadísticas por colonia, sino que venían denuncias de todos lados. Pero me confirmó que San Agustín es una colonia problemática, pues entran de 5 a 6 denuncias diarias de robo a peatón: «Sí, aquí la gente se dedica a robar». Intenté seguir la conversación, pero me reí, a lo que él siguió: «Sí, es cierto. Aquí se dedican a robar, es de cuidado».

Esta concepción negativa sobre los habitantes tiene impacto en la relación de las autoridades del orden y los habitantes. En específico, en los jóvenes de las periferias. Delinea las desigualdades producidas por las instituciones del Estado y su provisión de servicios. De manera que el Estado se presente de forma ambivalente: se despliega una cantidad de policías y patrullas en la zona, pero la calidad de los servicios genera distintos lugares de estratificación y desigualdad social.

04 de julio 2019. «Son las cuatro de la tarde, el sol nos quema a Diego y a mí en el quiosco de la colonia, lo entrevisto. Mientras a este joven de 20 años, nos interrumpieron dos oficiales de la policía municipal. Nos hicieron una

«revisión de rutina». El policía pregunta: «¿Todo bien?». Diego responde: «Sí, todo bien». Policía: «Permítanme una revisión nada más. Saquen sus cosas de su bolsa, ¿traen algo?». Revisa minuciosamente las bolsas de mi pantalón, al mismo tiempo que su compañero revisa a Diego. Yo pregunto: «¿Y esto a qué se debe?». Oficial responde: «Lo que pasa es que aquí, si te das cuenta, muchos se vienen a drogar, a fumar y, sinceramente, por unos ya la llevan todos. Ha habido muchos robos, es por lo que estamos en constante recorridos todos los días. Que tengan buena tarde», los oficiales se retiran con dirección al campo de futbol de enseguida. Diego se agarra la cabeza con desesperación y dice: «Ves, siempre me pasa, es porque tengo la cara de drogadicto».

También este extracto permite visibilizar uno de los rasgos más potentes de la discriminación estructural: la incorporación del problema como un asunto individual. En los ojos de los habitantes, el problema no radica en las decisiones externas que perpetúan las condiciones de vida en San Agustín, si no que el problema es trasladado a un rasgo de personalidad o de cuerpo, como lo explica Diego: «es porque tengo la cara de drogadicto».

5. EL DESDOBLAMIENTO DEL ESTIGMA EN EL TERRITORIO

El estigma territorial no se queda solo entre las interacciones que se dan fuera del espacio estigmatizado. Cuando uno platica con cualquier habitante se da cuenta que no solo se limita a una representación externa, también la mancha del lugar es recuperada y ejercida dentro del espacio (Bayón y Saraví 2007). Uno de sus efectos es que el estigma territorial se *desdobla* como diferenciación social interna que

establece una estructura normativa ordenada bajo criterios de superioridad e inferioridad¹².

15 de septiembre de 2019. «Recuerdo una reunión que se realizó en la privilegiada colonia Roma en la Ciudad de México en la que presencié un acto de humillación, oculto través de pequeñas bromas, a Rubén, un compañero de la universidad —y, por casualidad, vecino aledaño de la colonia San Agustín. Invitados por su pareja sentimental, esta nos presentó ante los demás asistentes, e hizo un pequeño énfasis en Rubén: «Él viene desde Ecatepec —se guarda su risa socarrona—. Aquello fue objeto de mofa colectiva durante el resto de la noche: «tengan cuidado con él, viene de *Ecaterror*», «guarden sus celulares», «¿cómo le haces para soportar tanta violencia? —le preguntó con inocencia una chica». Ese incidente habría pasado para mí como un detalle menor, de no ser que a mi compañero le resultó bastante incómodo. Intentaba, sin resultado alguno, cambiar el rumbo de la conversación sin éxito alguno. Me comenté en privado: «no me siento parte de allí». Adelantó la hora de regreso a casa y salió del lugar sin despedirse. Ya de regreso, se limitó a decirme: «el dueño de la casa es un idiota, pinche güerito hijo de mami. Es el mismo que le dijo a Edith —su novia— que tuviera cuidado conmigo, que no se confiara de la gente de Ecatepec». Esa misma noche dormí en su casa, ubicada a diez minutos de la mía en San Agustín, porque «ya era muy tarde» y era peligroso llevarme «hasta allá». Eran las once de la noche. Lo más paradójico es que Rubén *desdobla* el mismo discurso estigmatizador hacia la colonia San Agustín y sus habitantes. Él me explicaba que San Agustín es «menos civilizada» que su colonia, ubicada a escasas calles de distancia, pues «es la periferia de la

¹² Recupero el término «desdoblamiento» de G. Kessler (2012, 91) en el sentido de replicación del mecanismo que opone lo establecido y marginado desde la dualidad centro-periferia hacia el interior del espacio social de la periferia.

periferia». Evitaba entrar de cualquier forma, por miedo a ser asaltado, pues «ir para allá [San Agustín] es de cuidado, viven muchas *lacrás*».

Este extracto describe los mecanismos de desdoblamiento del estigma que utiliza un sector de estos lugares. Se presenta como una de las principales paradojas del estigma territorial: *es un proceso social dominante que hasta las propias víctimas reproducen los estereotipos negativos*. El distanciamiento del *otro* percibido como peligroso es una forma de naturalizar estereotipos y prejuicios que corren en la sociabilidad de la colonia. Este esfuerzo de distanciarse del vecino problemático crea una «microdiferenciación social» en el interior de la colonia que recuerda a lo que T. Caldeira (2007, 12) mencionó como «criminalización simbólica», que tiene como objeto la ordenación dual del espacio entre el bien y el mal a partir de criminalizar ciertas categorías sociales como, por ejemplo, *los lacrás*, utilizada por mis informantes para designar aquellos jóvenes dedicados al crimen en la colonia.

Pero la historia de Rubén nos ayuda a ir más profundo. Hace posible descifrar el problema de la «interdependencia»¹³ entre grupos percibidos distintos que se construyen en ese interesante ordenamiento simbólico dominante. Hay que cuidarse del error que supone centrarse en los prejuicios de manera individual, ya que no es posible que un estigma, cualquier que sea, se sostenga de un solo lado. Hablar de estigma impone la naturaleza relacional. El sujeto estigmatizado lo es a los ojos de otros, dice Cristina Bayón (2015), pero también lo es en su experiencia subjetiva.

¹³El concepto de «interdependencia» la entiendo como una «dependencia recíproca entre individuos» (Elias 2016, 183). De allí que el instrumento fundamental en la perspectiva de N. Elias es la categoría «figuración», comprendida como un entramado de relaciones interdependientes entre individuos y grupos sociales caracterizado por un balance asimétrico de poder. Es decir, la interdependencia no solo se presenta como un vínculo armónico y pacífico (por ejemplo, el de madre e hijo), sino que también es un vínculo siempre en tensión, conflicto y disputa. Además de ser una herramienta útil para la guía del análisis empírico, también lo es para replantear problemas y categorías anquilosadas en la disciplina antropológica (véase Magazine 2015).

¿Cómo es posible que una persona se sienta humillada y denigrada? Para que el etiquetamiento y los estereotipos negativos sean efectivos es necesario que se circunscriban dentro de una relación de poder¹⁴. Parafraseando a Olga Sabido (2012), si Rubén que fue desacreditado se sonroja de vergüenza es porque no matará a quien descubre su estigma. El acceso desigual a los distintos recursos de poder es lo que permite el rechazo, la pérdida de estatus y la discriminación en distintas tonalidades de los sujetos estigmatizados.

Esto lo vio bien Norbert Elias (2016) cuando escribió su ensayo teórico del estudio que realizó con John Scotson sobre la estigmatización en la comunidad inglesa «Winston Parva». Allí, Elias se preguntaba por qué las «viejas familias» se consideraban así mismas como superiores a los «recién llegados», sin existir alguna disparidad social visible que explicara esa desigualdad en la comunidad; lo atribuyó a un rasgo de una relación estructural de poder, expresada en criterios de inferioridad/superioridad entre dos grupos involucrados que él denomina «establecidos» y «marginados». En voz del sociólogo de Breslau:

«La pieza central de esa configuración es un equilibrio desigual de poder y las tensiones que le son inherentes; también lo es la condición decisiva de cualquier estigmatización efectiva de un grupo marginado por parte de un grupo establecido. Un grupo puede estigmatizar efectivamente a otro solo mientras esté bien establecido en las posiciones de poder de las que se excluye al grupo estigmatizado.» (Elias 2016, 33).

¹⁴ El estigma debe conjugar cinco elementos interrelacionados para ser efectivo: etiquetamiento, estereotipos negativos, la separación entre *nosotros* y *ellos*, la pérdida de estatus y la discriminación, circunscritos en el marco de una relación de poder (Link y Phelan 2001).

Lo que distinguía, según Elias, esa relación en la comunidad inglesa eran los recursos que estaban en disputa entre los *establecidos* y los *marginados*, siendo la «antigüedad de residencia» el más importante de esos recursos, pues permitía a los residentes más viejos compartir una historia, una memoria y reglas en comunes que les ayudaba «cerrar filas» frente los recién llegados. El estigma territorial no puede explicarse a partir de una postura que apunte a los individuos, sino a las relaciones de interdependencia que surge entre los individuos y grupos involucrados (Sabido Ramos 2012).

Sin embargo, puedo asegurar que en el barrio no se presentaba esa relación de manera estática. La figuración establecidos y marginados, producida de manera estructural, era desarticulada dependiendo del marco de la interacción social. En San Agustín tienen recursos para establecer eternos marginados, personas que son consideradas *moralmente inferiores*. La deprivación y el enaltecimiento moral, como Norbert Elias lo llamaría, es una de las regularidades estructurales que establece la relación establecidos y marginados.

6. «NO VAYAS ALLÁ»

Durante la tarde de un día tranquilo, un día como muchos otros en el vecindario, acompañé en el coche a Manuel que regresaba con su esposa a la Ciudad de México. Íbamos callados los tres. Manuel estaba atento al camino de la avenida Santa Prisca para esquivar agujeros, baches y el tráfico acumulado por la hora pico. Llamó mi atención cuando estábamos a la altura de la calle setenta, en los límites de la tercera y segunda sección. «Mira, esos cabrones. ¡Aquí sí está cabrón, bicha!», extiende su brazo para demostrar.

Eran seis jóvenes parados en la cochera de una casa de la avenida. Platicaban, alrededor de un asador que cocinaba algunas piezas de pollo. Música de fondo. Algunos portaban sudaderas deportivas, el cocinero usaba playera interior y gorra. A la orilla de la banqueta, tres bicitaxis rotulados con el lema «Barrio de San Agustín» bloqueaban la fachada principal de la vivienda.

«No te le puedes quedar viendo, porque aquí se mueve mucha droga y estos compas *están al tiro*. Aquí mataron a un chavo y a su novia porque nomás se les quedaron mirando. Quedaron tirados afuera de la tienda. Nadie hizo nada por miedo. Aquí sí, Bicha, está cabrón», remarca Manuel.

Manuel, al igual que otras personas, evitan esta zona en la noche por considerarse un lugar peligroso y hábitat de los «lacras» y «chacas» que pululan en la colonia. Estos términos son utilizados para referirse a jóvenes delincuentes. Pero no solo la tercera sección territorializa los temores y ansiedades de nuestros personajes, sino que también es clasificada como una zona *inferior*. Es común escuchar frases como: «La más marginada», «incivilizada», «donde no llegó Dios». Rosa lo menciona de manera condescendiente:

12 de julio de 2019. Rosa, de setenta años, vive en la primera sección desde hace cincuenta años. Trabajó durante veinte años en una maquiladora textil en la Ciudad de México. Sin embargo, desde hace treinta años tiene un pequeño puesto informal de comida por la Avenida San Agustín, afuera del Centro Revueltas, con ese ingreso se mantienen ella y sus dos hijas. En una ocasión, le pregunté cómo era la gente de la tercera sección:

Rosa: Mira, lo que yo he visto con mi comadre, es como gente de pueblo.

Miguel: Entonces, ¿sí hay diferencias entre la gente de la primera sección y la tercera sección de la colonia?

Rosa: Pues yo los que conozco de la tercera sección son como los de pueblo, aquí ya está más civilizado, como se dice.

Miguel: ¿Pero cómo gente de pueblo?

Rosa: Así, con sus faldas largas, que te hablan bien raro... ¿no has ido?

Miguel: No.

Rosa: No vayas allá. Seguido hay muertos... está muy feo.

Las expresiones utilizadas por Rosa recuerdan lo que Leal Martínez (2016) llamó como «espectro del indio» dentro del proyecto ideológico de mestizaje que desarrolló el estado mexicano de la revolución de 1910, es decir, son representaciones usadas especialmente para referirse a los *más* pobres urbanos como sujetos incivilizados y moralmente atrasados, obstáculos de la modernización. El rechazo a la zona por considerarla *más* insegura, marginada y habitada por un *tipo* de personas, refuerza una distinción importante en las mentes de los habitantes de San Agustín. Un comerciante bromea al respecto:

«No pasó Dios, ahí sí estaba *gacho*, porque fue lo último que se pobló de San Agustín. La tercera fue de los últimos terrenos que se vendieron. Los servicios eran muy escasos, los habitantes de allá tenían que caminar hasta acá, la primera, para ir al mercado. Como que la gente que llegó ahí era gente de menos posibilidades, porque eran más baratos los terrenos. Y por lo mismo que trabajan, los chavos andaban en la calle, por eso se concentra eso, fueron lugares que más bien eran ciudades perdidas».

Contrario a las expectativas de un visitante eventual, la colonia no se presenta como una masa homogénea en la que sus habitantes se identifican con las mismas problemáticas y el mismo horizonte de posibilidades. Mario, un músico ambulante

de la segunda sección, es más explícito en cuanto a su descripción, sobre todo cuando le pregunté sobre el «tipo» de gente que habita la tercera parte de San Agustín:

Tú los ves bien pinches lacrosos. Mira, yo allí de la tercera (sección), yo conozco... para acabar pronto, son los más madreados de la sociedad. Yo conozco de allí (tercera sección) a varias chavas que son ficheras, y por consiguiente son puro pinche desmadre sus hijos, y así pura gente. Pura *gente lacrosa*, luego, luego se ve. Se ve en la cara, en la ropa, en la forma de vestirse.

Esta distinción entre los buenos y «*los más madreados*», entre lo civilizado y lo incivilizado, funciona como una oposición simbólica. Esta división entre dos mundos percibidos distintos no es creada en San Agustín; se reproduce y se refuerza allí. Por decirlo con Bourdieu, las estructuras sociales —la fragmentación del espacio urbano— se trasladan a las estructuras cognitivas de percepción y clasificación de los habitantes de San Agustín. Desde allí, se refuerza el emparejamiento cultural antipodal de la vida urbana en México que separa lo bueno de lo malo, lo puro de lo contaminado, lo limpio de lo sucio.

Este antagonismo a pequeña escala, entre dos fracciones interdependientes en tensión, es como se estructura el espacio social. Pero no quiero decir que esta distinción sea fija y estática, sino que se presenta porosa y endeble, objetivada por las categorías usadas según la sociabilidad y normalmente tenues para la mirada de un foráneo. La distinción basal guía los pensamientos, gustos y prácticas de los habitantes de San Agustín. Veamos esto con más detenimiento.

7. LAS RAÍCES DE LA DISTINCIÓN

Conocí a Dorita en el restaurante El Portón de la avenida central. Era la hora de la comida y habíamos pedido un café. Nos acompañan su hija y su amiga. Dorita estaba muy desconfiada por la entrevista, por lo que me hizo saber que necesitaba credenciales de identificación y cartas del departamento de mi escuela para hablar con ella. Ella estaba vestida con ropa formal porque había atendido a pacientes durante el día. Esta señora de cincuenta años, como médica general, atiende su consultorio instalado en la parte superior de su vivienda ubicada en la tercera sección. Ha vivido toda su vida en esa sección. Ahora casada con otro profesional, ella está muy orgullosa de su trabajo, pues representa las «raíces hermosas y las bases morales que le fueron inculcadas desde niña».

Ella se percibe como clase media con valores de la clase media: el oficio del trabajo —profesional, en este caso— sirve como determinante en la diferenciación social. Al igual que para otros profesionistas en la colonia, estudiar medicina fue parte de las enseñanzas morales de su padre, un ferrocarrilero que se estableció en la colonia en los años setenta durante el crecimiento industrial de la zona oriente de la Ciudad de México. Para Dorita, su padre les enseñó «andar en la lumbre y no quemarte», pues para que no se contaminaran de los «vagos» y «flojos» que recién llegaban a la colonia, los envió a ella y a su hermano a estudiar a la Ciudad de México.

«Aquí se fue llenando de gente de otras partes del país. Llegaron gente de provincia, de Guanajuato, Morelos, Michoacán, Guerrero. Y eso se nota en la actualidad, aún cuando no son profesionistas, si que tienen los mismos esquemas de sus papás, tienen un oficio de carnicero, carpintero, herrero. Pero también empezaron a llegar gente de las colonias del centro de la Ciudad de México, y ellos trajeron muchos problemas. Recuerdo cuando éramos jóvenes,

mi papá nos decía que no nos juntáramos con los vagos, son esos los que se la llevaban en la calle, en las fiestas, en los sonideros, y que la gran parte de esa gente venía de esas colonias del centro. Las personas que se juntaron con esa gente se volvieron flojos. Y desde allí se rompieron los esquemas de antes».

La dualidad moral entre «vagos y ellos» ha hecho que a Dorita le sirva como un límite simbólico en la colonia para separar a los pobres de los más pobres. Residentes de fraccionamientos cerrados en otras partes de la ZMVM dividen el mundo en líneas similares. Los pobres son vistos como portadores de estigmas corporales de la maldad (Capron 2019): «se les ve la cara de malos», «es gente morena», «chaparra», «con obesidad». Con tal de distanciarse de quienes comparten el mismo espacio social, se construyen límites morales que resaltan como propias algunas virtudes de las que otros carecen (Bayón 2015). Dorita explica esto con sus palabras:

«Es por la facilidad de las cosas, porque sí tienen dinero, yo los veo que compran cosas en la tienda. Tienen para su Coca, eso no es barato». Interrumpe su hija para agregar: tú miras a los niños de allí, los hijos, y no juegan como niños bonitos. Son niños groseros, dicen muchas malas palabras. Es una plaga. Están mal alimentados, son groseros, ignorantes».

Sería un grave error reducir a Dorita como representante de la clase media que comparte los mismos intereses de la Ciudad de México. Cuando Dorita habla del desvanecimiento de los «esquemas de antes», critica un estilo de vida y comportamiento específico de la ciudad *clases mediera*, identificado normalmente con individuos consumistas e individualistas, y que a sus ojos difiere del suyo y de sus vecinos. De hecho, cuando se le pregunta a cualquier persona de porqué la gente entra a la delincuencia, dirán cuestiones relacionadas con el consumismo: «por traer

buenos tenis y buena ropa», «por buscar el camino fácil», «siempre traía buenos coches, muy bonitos». Es por ello que me cuesta creer que la exposición de bienes de consumo sea signo de diferenciación social, como puede ser en otros lugares de la zona metropolitana (véase Moctezuma 2017).

Más bien los grupos autopercebidos como clase media en la colonia son parte de la clase trabajadora situada en la cima de la economía formal y situada en el monopolio de la disputa por los recursos formales que se presentan en San Agustín (sobre esto seré más específico en el capítulo siguiente), pero también pertenecen a un grupo de estatus específico, en sentido weberiano, que se autoregulan a través de formas específicas de interactuar, vestirse y hablar, que determinan las evaluaciones morales respecto al *otro*.

«Mira, todos los vecinos nos respetamos, pero ya vamos quedando generaciones nuevas, y ya cambiaron las cosas, se rompieron los esquemas de antes. A nosotros nos enseñaron a vestirnos bien, hablar bien, buenos días, la gente de las viejas familias. Pero ya se rompieron esos esquemas».

Estas marcas simbólicas de estigma y pérdida de estatus son formas de distanciamiento simbólico que se hacen a través de una evaluación moral y resulta en las dicotomías «ellos y nosotros». Esa diferenciación de estatus y prestigio son cruciales en la sociabilidad de la colonia, pues determina los umbrales de inclusión y respetabilidad en las interacciones cara a cara en la colonia.

Dorita: En la noche, la gente cambia. Salen otro tipo de personas. Son drogadictos, borrachos. Son diferentes».

Miguel: ¿Son diferentes la gente que sale de noche?, pregunté con inocencia.

Dorita: Sí, tú te das cuenta. Te da miedo —remarcó Dorita.

Esta distinción simbólica también organiza de manera conflictiva los límites sociales en el barrio¹⁵. Cuando en situaciones cotidianas, viajes en el transporte público, interacciones en la calle, esta dualidad se traba, al menos que el contacto esté pautado —como sucede con la relación de empleado y empleador, comprador y vendedor de artículos en la calle, etcétera. De otra manera, la sensación de contaminación entre estos dos grupos percibidos diferentes entre sí es muy visible:

03 de mayo de 2019. En algún punto de la tarde pasaron cuatro hombres adolescentes, y saludaron a Modrick, este no les respondió el saludo y se les echó una mirada desafiante hasta que se perdieron de vista. Los adolescentes pasaron de largo.

Modrick: Estos son los culeros, son los cabrones que asaltan. Les mantuve la mirada para que vean que no se pasen de verga. Aquí debes ponerte verga —me dijo— si te ves con miedo, el barrio te come.

Así, la construcción simbólica de la colonia San Agustín gravita entre dos concepciones: aquellos que mantienen los «esquemas de antes», asociados con valores y ansiedades de la clase media de la Ciudad de México, y los anómicos, asociados con el crimen, el fraude, el peligro y el vicio. No es otra forma mas que visibilizar que la experiencia concreta en microcosmos está sedimentada por una estructura social polarizada, que se expresa en un distanciamiento simbólico. Y aunque este ordenamiento siempre está en tensión, las relaciones vecinales de la colonia están investidas por la *legitimadas* de este orden social dominante. Así lo

¹⁵ Lamont y Molnár (2002, 168) hablan de una distinción entre fronteras simbólicas y sociales. Las primeras son distinciones conceptuales que utilizan los individuos para categorizar personas y prácticas. Son un medio esencial para adquirir estatus y monopolizar recursos. En tanto que las fronteras sociales son las formas objetivadas de las diferenciaciones sociales, que normalmente manifiestan un acceso desigual en la distribución de recursos.

explica Dorita: «Siempre nos sentimos orgullosos de San Agustín, de aquí soy, de aquí es mi familia. Pero siempre con las ganas de irme. Rezo todos los días para irme de aquí, y no son planes a futuro, son planes a corto y mediano plazo».

8. LOS ETERNOS RECIÉN LLEGADOS

María del Carmen es una de las residentes de San Agustín quien es percibida por sus vecinos y compañeros de trabajo como una marginada, como «gente de pueblo» en palabras de Rosa. También vive en la misma sección que Dorita. Pero a diferencia de Dorita, ella estudió hasta la primaria. Tiene cuarenta y ocho años, pero su rostro, deteriorado por el sol, por la resequedad de las arrugas y la mala alimentación, la hacen parecer de más edad. Con un sueldo de \$1,800 al mes mantiene dos hijos, de veintidós y quince años, y renta una pequeña habitación a dos calles de distancia del consultorio médico de Dorita.

La precariedad del salario y las oportunidades laborales han hecho que María del Carmen haya sido «desplazada» hacia la colonia San Agustín desde hace diez años. La red de interacciones reducida por el poco capital social y el escaso tiempo de arraigo en la colonia, las oportunidades laborales eran precarias. Pero desde hace tres años consiguió un trabajo temporal como empleada de limpieza en el centro cultural Revueltas y, en las tardes, como ayudante en una tienda de abarrotes. A ella la conocí en el centro cultural Revueltas.

Sus compañeros de trabajo la catalogan como una señora «desagradable» que debe ser evitada a toda costa. La señora Rosa, la vendedora de comida que cité anteriormente, decía que María del Carmen era una persona con «doble cara», que puede estafar y hacer fraude en cuanto uno baje la guardia. Este estereotipo de «fraudulenta» es una forma de operar el «miedo a la contaminación» que existe entre los establecidos y marginados en la colonia. Era una forma de operar de manera

concreta la dualidad simbólica que caracteriza la estratificación del espacio urbano; en definitiva, el espacio es una prolongación de las personas (Kessler 2012). Era desplazada y excluida de cualquier reunión —por más pequeña que fuera.

El distanciamiento cognitivo y la discriminación interpersonal están incorporados en la perspectiva de María del Carmen. En público, se sentía «avergonzada» frente a sus compañeros de trabajo. Había ocasiones en las que, mientras no hubiera alguien conocido presente, hablaba sin parar. Pero en cuanto llegaba alguien más, sea compañero de trabajo, María del Carmen ilustraba lo que Norbert Elias (2016, 594) escribió sobre la vergüenza: «es un conflicto en su espíritu; es un conflicto en el que el propio individuo se reconoce como inferior». Se quedaba callada, tímida, agarraba su trapeador y seguía con la faena del día. Pero en conversaciones privadas, ella y su hija hilaban una retahíla de insultos, chismes y bromas sobre los demás compañeros, en específico a sus compañeras mujeres a quienes se refería como «brujas».

Sin embargo, María del Carmen naturalizaba el orden de las cosas. Como escribió Bayón (2015, 135), mientras que el estigma moral de clase afecta a los grupos que ocupan los lugares inferiores del espacio social, el privilegio moral se relaciona con las clases acomodadas. Para ella, los que vivían en la colonia San Agustín eran «ignorantes», a diferencia de sus vecinos de la colonia Ciudad Azteca, a quienes calificaba como «más preparados».

«Por la Ciudad Azteca hay gente más preparada, con estudios, con dinero. Para ellos, nosotros somos los más ignorantes, viciosos, lo que usted quiera. Nos tratan como unos viciosos, pleitistas, que nos gusta el pleito. Hay gente que es muy desconfiada aquí: es más fácil que me hagan pasar al baño en Ciudad Azteca que aquí en la colonia. Aquí estamos más ignorantes que allá, allá están las calles mejor pavimentadas, las banquetas están mejor».

Los prejuicios y estereotipos impuestos por el desdoblamiento del estigma territorial también son internalizados por estas personas: la situación es culpa de uno, de las personas, que contribuye a legitimar la desigualdad en forma concreta. Ella nos lo explica de esta manera:

«Nosotros mismos somos los culpables, porque dejamos que se deteriore. No solo las autoridades pueden hacer cosas, nosotros también podemos poner orden. La limpieza nosotros la tenemos que hacer. Todo lo malo de San Agustín se concentra por ese lado [tercera sección], no sé por qué. Quizá por la venta de drogas. La gente es muy conchuda, muy dejada. Los vecinos no hacen mucho, se tiene más miedo a las represalias, por lo que puede llegar a pasar con su familia por andar de valiente», me explicó.

9. CONCLUSIONES

En el proceso hasta ahora analizado es posible apreciar que lugares como San Agustín y sus habitantes son *demonizados* por encarnar todos los peligros que resultan de vivir en la vida urbana. No solo exacerba el temor y los estereotipos negativos de las clases acomodadas del centro hacia la periferia, también afecta a sus moradores y a quienes se relacionan con ellos. Argumenté que la discriminación espacial es producto histórico de una fragmentación del espacio urbano en la Ciudad de México, y que es reproducida por el discurso mediático y las prácticas de instituciones que se desarrollan dentro de estos territorios de desigualdades acumulativas. La creación y recreación de etiquetamiento, estereotipo y de representación del otro que provienen desde discursos de actores políticos, funcionarios públicos y medios de comunicación que construyen imágenes simplificadas sobre estos lugares y sus habitantes, son alimentadas y sostenidas por lo que T. Caldeira (2007) llamó como «criminalización simbólica», es decir, una

estructura que ordena moralmente el mundo entre personas buenas y personas malas.

También se pudo ver que el estigma territorial no se queda solo entre las interacciones que se dan fuera del espacio estigmatizado. El estigma territorial se *desdobla* como diferenciación social interna que establece una estructura normativa ordenada bajo criterios de superioridad e inferioridad dentro del espacio social del microcosmos de la colonia. Esta distinción entre los buenos y los malos, entre lo civilizado y lo incivilizado, funciona como la oposición simbólica dominante en San Agustín. Es aquí donde la fragmentación del espacio urbano se traslada a las estructuras cognitivas de percepción y clasificación de los habitantes de San Agustín. Pero los límites simbólicos —categorías utilizadas por los habitantes para clasificar objetos y personas— sirven como una forma de remarcar los límites sociales en la periferia urbana.

Dentro de este espacio, las marcas simbólicas de estigma y pérdida de estatus son utilizadas como formas de distanciamiento simbólico que se hacen a través de una evaluación moral. Esa diferenciación de estatus y prestigio son cruciales en la sociabilidad de la colonia, pues determina los umbrales de inclusión y respetabilidad en las interacciones cara a cara en la colonia. Se resaltó que este discurso también es naturalizado por las perspectivas de los eternos «recién llegados» en la colonia —como aquellas personas que se mantienen en los lugares más bajos del espacio social en el barrio. Se interioriza el discurso legitimador que los mantiene en las partes inferiores de las relaciones de poder. Dentro de la economía afectiva, los sentimientos como «vergüenza» y «desagrado» son utilizados por los actores involucrados para legitimar las relaciones de poder que existen en San Agustín. De esta manera, se puede afirmar que el proceso de estigmatización

está relacionado con la construcción de las emociones de inferioridad y superioridad entre los dos grupos que se consideran distintos entre sí.

En los siguientes capítulos hablaré, bajo el microscopio etnográfico, sobre cómo esta figuración de establecidos y marginados también establece clivajes en la disputa por los recursos de poder para mantener a los marginados en sus lugares y su impacto en la subjetividad de los actores involucrados.

CAPÍTULO 3

CONFLICTO SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO

EL FUNCIONAMIENTO DE LAS FRONTERAS MORALES

1. INTRODUCCIÓN

Mi objetivo en este capítulo es ofrecer un relato etnográfico de cómo los recursos simbólicos son utilizados en las interacciones vecinales que legitiman fronteras sociales y morales en el barrio. Estas fronteras no solo determinan las oportunidades de participación y el acceso a lo *público*, sino que también dan lugares en la (re)producción de las jerarquías del espacio social. Lo haré a través de una descripción de las prácticas de los vecinos para recuperar un huerto urbano abandonado que está ubicado dentro de la colonia San Agustín, en el marco de sus relaciones con intermediarios políticos y demás autoridades locales. Aquí intento discutir sobre cómo estas prácticas están referenciadas a diferentes modos de

comprender el espacio social del barrio. Lo que los actores que utilizo como informantes sugieren es que no solo se trata solo de *arreglar* el huerto, sino de convivir con los diferentes conflictos y contradicciones que implica la sociabilidad en el México urbano. Es decir, los vecinos no (re)producen las fronteras sociales y morales como entes pasivos; también están creando umbrales de inclusión/exclusión.

Como argumenté dentro del capítulo anterior, las marcas simbólicas de estigma y pérdida de estatus son utilizadas como formas de distanciamiento que se hacen los vecinos a través de una evaluación moral. Esa diferenciación de estatus y prestigio son cruciales en la sociabilidad de la colonia, pues determina los umbrales de inclusión y respetabilidad en las interacciones cara a cara en la colonia. Mis informantes decían que era necesario *moralizar* el espacio público de la colonia, otra forma de referirse a eliminar aquellas figuras —rascos, marcas y prácticas— que se consideran amenazantes para un sector de la comunidad.

El modo en que se desarrolló y culminó el conflicto sobre el huerto durante mi estadía en San Agustín provee una ilustración sobre la dinámica de las interacciones a nivel microsociales, de donde surgen las subjetividades colectivas y se constituyen y reproducen de manera cotidiana las fronteras morales que sostienen las distinciones sociales del espacio. Las luchas existenciales que desarrollan las interacciones entre vecinos tienen eco más allá del barrio. Son esfuerzos en pequeña escala por delinear subjetividades colectivas en la ciudad, un *nosotros*, que en lo cotidiano persevera por mantener a distancia, también, la no-subjetividad, un *ellos*¹⁶. La ambigüedad y la

¹⁶ Retomo el argumento de Rihan Yeh (2018), desde la antropología lingüística, sobre la existencia de un proceso performativo que involucra a dos tipos públicos en la constitución y construcción del espacio urbano de Tijuana: el *clasesmediero* y el *pueblo*, dos *nosotros* diametralmente opuestos en su relación con la sociabilidad en la frontera, a lo que yo agregaría al trabajo de Yeh, que ese proceso performativo también se puede dar en los procesos diferenciados de interclase.

impotencia estatal en la zona metropolitana propició la consolidación de un «habitus» —en el sentido de Norbert Elias¹⁷—, donde el posicionamiento hacia lo público se resignifica según el grupo social del que se trate (Nieto 2000).

2. EL PEQUEÑO HUERTO

La cargué para ayudarla a pasar la entrada del parque, que tenía la reja entreabierta con la intención de que una persona transitara a la vez. Sofía pidió ayuda a un desconocido para cruzar la silla de ruedas, su deshilada mochila y una bolsa de plástico negro donde llevaba herramientas de horticultura y botellas rellenas de agua. Caminamos cincuenta metros para llegar a algo parecido a un huerto urbano. La dejé sentada en el borde de cemento que delimitaba el huerto; el desconocido dejó los objetos cerca de sus huesudas piernas. Sofía esculcó en la bolsa de plástico y sacó una botella de Coca-Cola rellena de agua para regar. Después una pala y una libreta vieja que le servía para tomar apuntes. Era la tarde del 13 de abril de 2019.

«A veces, cuando me despierto, antes de abrir los ojos, sueño que estoy en otra parte», dijo Sofía con voz pensativa, mientras observaba la tierra seca del huerto.

En realidad, el huerto era un pedazo de tierra desértica y sin vida, que estaba ubicado dentro del parque conocido en la comunidad por su quiosco. La alta salinidad de la tierra, la poca humedad y la nula infraestructura complicaban la siembra y cosecha de algo. De hecho, nunca miré nacer algo allí. Durante los seis meses que frecuenté a Sofía —de marzo a agosto de 2019—, sembramos tomate,

¹⁷ Desde la perspectiva de Elias, el «habitus» denota la incorporación individual de normas transmitidas por las unidades pertenencia (familia, barrio, nación). El *habitus* se manifiesta en cánones de conducta y los sentimientos individuales, cuyos modelos se transforman en el transcurso de generaciones y expresan las disposiciones compartidas por los miembros de una unidad de pertenencia (Manzo 2010; Zabludovsky 2007, 65-72).

papa, cebollín, orégano, sábila. Nada sobrevivió; solo tropezábamos con cacas de perro, pisadas de algún curioso o basura que arrastraba el viento hacia dentro del rectángulo de cuatro por tres metros. Pero para ella era un lugar importante.

Sofía es hija de María del Carmen —*la empleada de limpieza del Centro Revueltas que mencioné en el capítulo anterior*— y también desempeña un papel en ese centro cultural. Ella ejercía como orientadora educativa de adolescentes que interrumpieron su educación básica. Sin algún pago por parte del centro, ella pedía veinte pesos por sesión a los asistentes como «cooperación voluntaria» —acción que le causó muchas bajas entre sus estudiantes y problemas con los padres de familia, pues se suponía que el servicio es gratuito. Al terminar sus clases visitaba el huerto, en ocasiones sola, en otras acompañada de algún estudiante desbalagado. Su intención era convertir esa tierra sin vida en un proyecto comunitario de la colonia: «hacer un espacio de intercambio de comida, frutos, legumbres y demás productos que dé la tierra, para las familias de la colonia que no tuvieran recursos para comer».

Esa tarde Sofía estaba furiosa. Un día atrás se enteró que personas de la casa comunitaria B.A.N.C.O.¹⁸, ligado a distintos colectivos de la Ciudad de México, también estaban interesadas en recuperar ese pedazo de tierra. Las personas de este colectivo, conformado por cinco o seis jóvenes de la colonia, realizaban diversos talleres en la comunidad, y exponían sus resultados durante un evento anual en ese mismo parque. Incluyeron, en esa ocasión, la recuperación del huerto, por medio de talleres de agricultura urbana. Habían colocado carteles por el parque como invitación a una inauguración del huerto, sin invitar ni tomar en cuenta a Sofía. Ella

¹⁸Era un retroacrónimo que significaba «El Barrio con Arte, Nuestra Cultura Organizada», debido a que los miembros de la casa comunitaria se apropiaron, en 2015, de las antiguas instalaciones de una sucursal bancaria «Bancomer» que operaba en la primera sección de la colonia, y que había clausurado tres años antes por los constantes asaltos a mano armada.

sintió que la desplazaron del terreno —que minutos después reconoció como de su propiedad:

«Tú estás loco, estás enfermo, por estar aquí, en un lugar lleno de malicia y de maldad. Aquí en San Agustín, la gente es mala, te trata mal, no puedes confiar en ella. [El huerto urbano] es lo único que me queda, por eso se lo quiero dejar a mi mamá porque ya ha sufrido demasiado», reviró con cara de molestia.

Ese sentir de desplazamiento la siguió durante mucho tiempo. Se sentía desplazada de la colonia, del centro cultural Revueltas y, ahora, también del único rincón donde encontraba tranquilidad en medio del ajetreo cotidiano. Pero esa tarde pensó que era una disputa por el espacio público, una afrenta a su persona, a su autoestima y a su fuente de reconocimiento social.

Ella quería responderles con una placa honorífica para dejar en claro su *reconocimiento social* en la colonia. «Quiero hacer una placa que diga: este es un proyecto comunitario, y que lleve mi nombre, porque soy la fundadora y cuidadora del huerto». Buscaba entre sus memorias el cúmulo de agravios que se habían hecho rabia e impotencia. Aquellos agravios que, desde su perspectiva, le tocó soportar de «gente mala» que administraba el B.A.N.C.O., el Centro Revueltas, y sus aliados en la colonia. Los acusó de traicioneros y conspirar en su contra.

Tuve una idea de cómo ayudar a resolver ese problema que a Sofía le resultaba desgastante física y emocionalmente. «Primero: debes comenzar con un colectivo —le sugerí—, así es más fácil lograr objetivos. Yo te puedo ayudar con eso». De esa manera, ella podría crear una red de ayuda entre los vecinos para sacar adelante su proyecto. Sofía se entusiasmó con la idea y aceptó la sugerencia.

Desde ese entonces, se estableció de manera implícita una relación de compromiso mutuo. Ella me ayudaría a encontrar personas para entrevistar a

cambio de mi «contribución» a su proyecto político. «Así nos ayudamos mutuamente», me lo hizo saber en una ocasión. Esa relación transaccional tenía sentido para ella y me hacía legible. Aquella fue una posición —nueva para mí— que me permitió conocer de cerca las perspectivas particulares sobre el drama que implica la vida cotidiana en el barrio, mucho más que si hubiera navegado como un *investigador desinteresado*, una postura que causó desconfianza, como lo escribo más adelante, con las autoridades vecinales y algunos vecinos.

3. «¿QUÉ MÁS PUEDO PERDER?»

Sofía escribió en un papel arrugado «Raíces Soberanas». Así llamó a la nueva asociación. Pero desde un inicio el apoyo fue limitado. Invitó a María del Carmen, su mamá, y a Daniela para conformar el colectivo. Daniela, una empleada de cincuenta años que trabajaba en una ferretería y que conoció en un taller de coaching personal, sería la persona de su confianza. Ella sería la última en «traicionarla», en palabras de Sofía. Además, invitó a dos de sus compañeros del centro revueltas, Óscar y Rosa. También me extendió la invitación, pero la rechacé argumentando cuestiones de tiempo, así que solo me comprometí en asesorarla en todo el proceso de conformación.

Mi primera tarea fue conseguir recursos materiales para el funcionamiento básico del colectivo y la realización del evento. Así que invité a Vicente, un mediador político de un grupo del PRD con el que desarrollé una amistad íntima durante mi trabajo de campo. Le conté la historia de Sofía y Vicente aceptó entusiasmado la invitación. No solo era una oportunidad para ayudar a esa chica, él sabía que con el evento implicaba jugar en el campo político. Era una oportunidad para «darles unas cachetadas» a sus adversarios de MORENA que se habían encumbrado en diferentes puestos en la colonia a partir de las elecciones presidenciales del 2018.

Principalmente al grupo Base Popular —la familia de intermediarios de MORENA en San Agustín y administradores del Centro Revueltas—, a la delegada y al presidente del comité de participación de la primera sección, también con alianzas de su mismo partido.

«Sofía es mujer, trae un discurso ambiental y por su condición física, ¿quién se meterá con ella?», expresó Vicente con una sonrisa socarrona.

Desde la óptica de Vicente, la tarea era consolidar el liderazgo de Sofía con la ayuda de su nuevo colectivo. «Dar herramientas para que no se pasen de lanza con ella». Sugirió un evento para cien personas, con organizaciones ambientales y talleristas reconocidos en el tema.

«Hacemos una convocatoria, damos unos carteles y pintamos unas dos bardas en la colonia», insistió bajo su rostro punzante.

Pero él señaló los conflictos que se pudieran ocasionar. Por precaución, advirtió que era posible que ellos identificaran su ayuda en la logística del evento, de dónde venían los recursos y, posiblemente, quiénes eran los operadores. «Pero debes primero hablar con ella. Si acepta la ayuda, puede que tenga alguna represalia por parte de estos cabrones», sentenció. Esa misma noche hablé por teléfono con Sofía sobre la propuesta de Vicente. Ella lo aceptó, casi sin pensar, «¿qué más puedo perder, Miguel?».

Dos días después, los interesados nos reunimos con la intención de conversar con más detalle sobre el colectivo y el evento. Sofía convocó a: María del Carmen, Daniela, Emilio, además de Vicente y yo. Nos presentó a cada uno y nos explicó el objetivo de la reunión.

«Les agradezco que hayan venido —su risa nerviosa cubre la conversación. Ellos son —apunta con la mirada a Daniela y Emilio— mis *hermanos de camada*¹⁹ y nos van a ayudar a recuperar el huerto de gente que solo tiene intereses personales», discurrió.

Cuando le tocó el turno de hablar a Emilio, un conserje de cincuenta años orgulloso de su participación en la comunidad, se esmeró en dejar en claro que era necesario «recuperar el parque de la gente mala». No solo se refería a las personas «con intereses personales» de las que hablaba Sofía, sino de aquellas causantes de problemas. El consenso de los invitados sintetiza el conflicto que existe en torno al espacio público: la mayoría concordó con el diagnóstico. En realidad, estábamos ante un posicionamiento dentro de las fronteras morales que se despliegan en el espacio social con respecto a un estilo de vida asociada al consumo de drogas, delincuencia y demás actividades ilícitas en la colonia.

Daniela lo dejó en claro cuando platicó sobre el deterioro de los espacios públicos en la colonia. Según ella, el problema era que las personas «cretinas y sin escrúpulos» no educan moralmente a su descendencia, y por eso el declive de valores:

«El problema es la falta de educación y, sobre todo, de valores. Como tienen hijos a tan corta edad y ellos no terminaron la educación escolar, pero eso tampoco te dan los valores familiares. Pues, no los educan, no los mandan a la escuela, tienen hijos a tan corta edad, tienen entre tres o cuatro hijos. Estamos hablando de personas que tienen sueldos mínimos y se avientan la bronca de tener tantos hijos».

¹⁹ Los integrantes de un taller de coaching personal en San Agustín, conocido como GAP 14, se autodenominan como «hermanos de camada», para resaltar su «estirpe y solidaridad» en su «proceso de transformación personal».

Lo expresado por Daniela ilustra cómo las figuras peligrosas —sean *lacrás* (como se vio en el capítulo anterior) o *gente sin escrúpulos*— son utilizadas como mediadores entre el espacio público y los habitantes para otorgar familiaridad con el espacio urbano. Estas figuras peligrosas, difusas y contingentes, presentan diversos contenidos morales frente a los cuales los habitantes de San Agustín articulan la relación cercanía-distancia en el espacio social²⁰. En otras palabras, no solo se trataba de recuperar el huerto que se haya en el parque del abandono y la suciedad, sino también *erradicar* las formas de vida negativa asociadas con la falta de conciencia cívica, de valores morales, el «*gandallismo*» y *el* desinterés en la participación comunitaria.

Al final de la reunión, escribieron en media hoja un posicionamiento sobre el evento como un espacio de acción en torno a la conciencia ambiental, para representar diversos discursos de denuncia y proyectos autosustentables. Entre todos le asignamos el nombre de «Verano Verde». Con eso ya teníamos un objetivo claro para instar a la acción en la comunidad.

4. LA DISPUTA POR LO PÚBLICO EN EL BARRIO

Las distancias entre los equipos de Vicente y la delegada, la autoridad auxiliar del gobierno municipal encargada de gestionar los espacios públicos en la colonia, no ayudó a desarrollar el objetivo de Sofía. De hecho, la relación a futuro con la delegación —si es que alguna vez pudo haberse dado— se fracturó.

²⁰ Alejandra Leal (2007) observa en el centro histórico de la Ciudad de México que las *figuras peligrosas* («chavos de vecindad») le otorgan una solución ambigua a la tensión entre contigüidad y distancia a los nuevos habitantes: el espacio es familiar en cuanto se apropian del lugar como hogar, pero a la vez es una barrera que produce distanciamiento.

La acción colectiva en el barrio estaba relacionada con *prácticas patrimonialistas* que obstaculizan la organización entre los vecinos. Patricia, la delegada que ganó en la primera sección, es una señora de sesenta años, conocida entre los vecinos como «la dentista», por su consultorio dental en la primera sección. El trabajo en la delegación, sin salario ni remuneración económica, resultaba en cantidades moderadas de tensión, pues es, según ella, «la rifa del tigre», por la incapacidad de lograr algún cambio en la colonia a través de la delegación.

Entre los miembros de su equipo la consideraban una señora autoritaria, pero ella aseguraba «prefiero no hacer nada, y que me recuerden como alguien que no hizo nada, a hacer cosas a través de la corrupción». También ese cargo honorífico le permitía gestionar con las autoridades municipales recursos y servicios para los vecinos de la colonia.

La delegada formaba parte del grupo político de los adversarios de Vicente. Ella le ganó las elecciones barriales a Carmen, la candidata del grupo de Vicente. En el siguiente fragmento de mi diario de campo resalto las dinámicas electorales dentro de la colonia para elegir a las autoridades locales, en específico la delegación y el Comité de Participación:

30 de marzo de 2019. «Por un San Agustín Mejor», «Por un San Agustín mejor», gritaron los ganadores de las elecciones que se realizaron esta semana. Son las 5:30 pm. La planilla 2 se enteró por medio de su representante en la casilla que ubicaron en el parque del mercado de San Agustín durante este sábado desde las 10 AM a las 5 PM. Ganaron con 192 votos contra los 163 de la planilla 3 que presidía la señora Carmen. Se celebraban las elecciones para elegir el Comité Ciudadano y la delegación. La señora Carmen perdió. Se miraba cansada por las elecciones que se celebraron durante esa semana. La encontré en el parque haciendo guardia, acompañada con su amiga vecina. Ella y su equipo, unas 8

personas, comían pollo. A Carmen la conocí por Vicente, me la presentó como un cuadro del partido PRD, que trabaja la estructura a su jefe político. La relación con ella siempre es laboral, pues Carmen no desperdicia el tiempo para reclamarle los problemas de financiamiento que padecen. Esta ocasión me preguntó si había visto a Vicente, pues «Se perdió en toda la elección. Él me dijo que me iba a ayudar, pero solo dice y no cumple. Toda la semana lo estuve buscando, le llamé por teléfono y no me contestó. Ahorita que me habló no le contesté para que se le quite. Le quiero pegar unas *guajoloteras* (cachetadas)». Cuando apareció Vicente para revisar los resultados de casilla, Carmen no rehistó, ni reclamó. «La dejo comer, señora Carmen, para no amargarle la comida. Ahorita hablamos». Ya no volvieron a hablar, excepto cuando Vicente le preguntó la hora de cierre de casilla, la señora Carmen le contestó enojada: «Cerraron a las cinco, Vicente. Ni eso sabes».

La derrota electoral limitó la capacidad de Vicente y de su gente para controlar los flujos de recursos que venían del *padrino político* hacia los vecinos de la colonia. La estructura de Vicente llevaba diez años operando en la colonia, pero el presupuesto restringido, era más complicado mantener la estructura política del cacique político. «Antes nos daban más grandes las despensas, pero hoy son más pequeñas, ¿y quién crees que se queja? ¡La gente! La gente piensa que nosotros le robamos, que le quitamos a la despensa», me confesó Carmen.

Por su parte, Patricia —y su equipo, conformado por tres señoras— ganó gracias a sus alianzas con los líderes barriales del partido MORENA, que se hizo con el 80% de las delegaciones en el municipio, según declaraciones de funcionarios municipales. Su eslogan en campaña era «llevar la cuarta transformación a San Agustín», con promesas de seguridad y recuperación de los espacios públicos. Al igual que una parte significativa de sus compañeros de MORENA, era la primera vez

que participaba en asuntos públicos y siempre se autodenominó «independiente de los políticos». Esa inexperiencia en los cargos públicos se interpretó como «falta de oficio político» por los otros líderes formales en la primera sección —el presidente del comité de participación y el regidor de Base Popular. «Me pidió una solicitud para utilizar el parque. Es una autoritaria —ríe— ¿quién se cree esa señora?», se burló Rubén, el regidor municipal, cuando se enteró que la delegada le pidió a su secretario un permiso para realizar un evento de promoción en el parque del quiosco.

Poco tiempo después de tomar protesta como delegada, Patricia se reunió con su equipo para realizar «un diagnóstico objetivo de la primera sección». Desde su perspectiva, era necesario *moralizar* el espacio público de la colonia, es decir, limpiar el parque de lo que R. Reguillo (2004) llamó «figuras que representan el mal», como aquellas imágenes abstractas que se inspiran en las características, rasgos, marcas y prácticas que se consideran amenazantes en el espacio público. Como lo explica Patricia cuando, en un recorrido dentro del parque, le ordenó a su equipo: «vayan a hablar con ese vagabundo, parece que está durmiendo en esa parte del parque».

Estas figuras peligrosas representan inseguridad y peligro en la primera sección, debido a su asociación con las actividades ilícitas como el consumo de alcohol y drogas en la calle. La interpretación de la delegada expresa la forma en que se dibuja el *ellos* en la colonia —como una abstracción de comunidad diferenciada— : ellos, la gente mala, están asociados con el uso inapropiado del espacio, con prácticas ilegales como consumo de alcohol en la calle, delincuencia y la agresividad, así como con el «gandallismo». En otras palabras, Patricia distingue en el espacio social entre aquellos «comprometidos con el barrio» y, ellos, la «gente mala».

19 de agosto de 2019. Llegué al barrio las 5:30 PM desde la universidad. El foro de seguridad organizado por la delegada comenzaba, según la publicidad en

Facebook, a las 5:00 PM. Pero no cuenta con capacidad para convocar a gente. Dentro del parque me encontré a tres policías de proximidad, conocidos por ser agentes con mayor empatía y habilidades verbales que el policía apático. Sus vestimentas cuidadas, sus zapatos limpios y sus placas de identificación se diferenciaban de sus pares operativos, listos para hablar en público. Les pregunté si se realizaría el foro de seguridad, a lo que uno me contestó: «Se supone que iba a ser a las 5:30 en el quiosco, pero no hay nada de gente». Les agradecí el gesto y caminé al escenario del parque. Allí estaba la delegada, tres señoras más, y en el escenario, una mesa con cinco sillas y cuatro botellas de agua. Después llegaron los tres policías. Pasados otra media hora, al evento no llegó nadie. Los policías empezaron a desesperarse y se acercaron a la delegada. Ella justificó la ausencia de la gente por ser temprano.

La delegada dirigió una pequeña conversación hacia el tema de la venta de alcohol en la próxima feria patronal. Ella y sus compañeras no quieren que vendan alcohol, porque «es un causante de la inseguridad en la colonia».

— *Delegada*: «Es que aquí hay mucha gente mala, si se dan cuenta que nosotros metimos el escrito nos pueden caer represalias».

— *Agente de policía*: «Es que ustedes no van a meter el papel firmando como vecinas, sino que deben meterlo en nombre de la comunidad, por eso son autoridades. Deben de creérsela».

Los gestos de la delegada estaban en desconcierto. Su desconocimiento del tema mostraba la larga curva de aprendizaje por su corto tiempo en el cargo. El encuentro de policías terminó en eso: en una pequeña reunión entre la delegación y la policía para denunciar las prácticas ilegales de algunos vecinos.

Esta nota de campo ilustra lo que me parece la emergencia de dos subjetividades colectivas diferenciadas, de dos construcciones de «nosotros» que están en constante conflicto en la vida urbana de México. Una que reconoce al Estado como autoridad moral, legitimada por los discursos de participación de la sociedad civil promovidos por el Estado mexicano —que más bien es prescriptivo, que descriptivo—, en donde las opiniones de ciudadanos *autónomos* tienen la fuerza suficiente para incidir en las decisiones de las autoridades locales, como es el caso de la delegada y su equipo. Y otra como aquella que reivindica su propia ley frente a las autoridades estatales, que se concibe profundamente marginado y saca potencialidades desde allí (Leal 2014), como lo es Sofía y su lucha por el reconocimiento social.

Como señala Rihan Yeh (2018), esas *dos formas* de subjetividad colectiva articulan las divisiones sociales de estatus y de legalidad. El caso de Patricia muestra un «nosotros» —ubicado en los estratos más altos del espacio social del barrio— que se construye entre una frontera que dibuja, de forma ambigua, la ciudadanía comprometida, pero, al mismo tiempo, delimitada por un *ellos*, «la gente mala», que representan peligros (o «amenazas», según las palabras de la delegada) hacia aquellos *ciudadanos* comprometidos. En palabras de Yeh (2012, 718): «la alabada promesa utópica de inclusión de la esfera pública se ve perseguida por la aguda réplica de uno u otro imperativo de exclusión» (traducción propia). Esta es otra forma performativa de cómo los grupos sociales, basados en las diferencias objetivas del espacio urbano, se van articulando como referentes disponibles para que los individuos se ubiquen de manera rutinaria.

Una tarde Patricia se enteró que un grupo de vecinos querían recuperar el pedazo de tierra denominado huerto. Se encontró a Emilio en el parque del quiosco, mientras este barría y colocaba unas estacas alrededor de los límites del huerto que funcionarían como un cerco. La delegada le hizo saber a Emilio que estaba

interesada en ayudar a recuperar el huerto, incluso, ofreció plantas y ladrillos como donación individual para mejorarlo. A cambio, le pidió a Emilio intervenir en la presentación pública del evento. A Emilio le pareció una buena idea, solo faltaría hablar con la responsable del Colectivo.

5. «SOFÍA ES ECATEPEC»

En una conversación entre Emilio, Sofía y Daniela en la que yo estaba presente, Emilio afirmó la intención de la delegada de participar en el evento. «Ya la hicimos. Ya tenemos una relación con la delegada», dijo Emilio. Pero Sofía negó la ayuda, pues no se quería enganchar con los «políticos que solo sacan la cabeza en tiempos de elecciones». Emilio le recomendó a Sofía aceptar la ayuda de la delegada.

- «A todos los enemigos los debes de tener como aliados para hacer cosas por la comunidad», dijo Emilio.
- «No, Emilio... ella solo quiere protagonismo», respondió Sofía con cara de duda.

En realidad, el titubeo de Sofía se debía a que, como la mayoría de los habitantes de la colonia, ella no confiaba en los personajes que participan en las organizaciones auxiliares del gobierno municipal. Desde su perspectiva, Patricia actuaba bajo «intereses personales», y ceder ese espacio era abrir la puerta para aquellos que «querían apropiarse del huerto a la mala». «Abrirse» a las autoridades políticas de la colonia es estar bajo la subordinación política de ellas, pues, es preciso recordar que, en las redes clientelares no existen derechos ni obligaciones públicas, sino «favores» (Auyero, *Poor People's Politics. Peronist Survival Networks and Legacy of Evita* 2001). Pero, aunque existan aprensiones para recurrir a las

autoridades políticas, estas prácticas son percibidas por los vecinos como la forma más *natural* de acceder a los servicios e infraestructura.

Esa tarde se reunieron la delegada y los tres integrantes del colectivo, con el objetivo de hacerle saber sus intenciones de rehabilitar el huerto. Patricia les hizo saber su intención de participar en el evento «Verano Verde», pero Sofía se negó. «Cuando le dije que no quería que participara, me miró con unos ojos de odio. Después me ignoró el resto de la reunión, yo quería hablar, pero no me dejaba», me confesó tiempo después.

Al ser rechazada por el colectivo, Patricia les pidió que hicieran un escrito para solicitar un permiso para realizar el evento «Verano Verde». «Eso lo vas a hacer tú, Sofía», le dijo Emilio molesto. Al quedarme solo con ella, le expliqué lo que debía contener la solicitud y su forma. Después empezó a pedirme ayuda para redactarla, mientras yo inventaba excusas como la falta de tiempo, pues me parecía un detalle menor que ella podía resolver sin gran esfuerzo. Sin embargo, pasaron tres días y la solicitud no estaba lista.

- «Ya pasaron tres días, y no se tiene la solicitud», le comenté.
- «No he tenido tiempo. Le pedí ayuda un amigo que es trabajador del municipio y me enseñó la estructura del escrito», me respondió evadiendo el asunto.
- «No tiene nada de especial, Sofía. Solo dirígelo a nombre de la delegada y dale tu motivo para hacer el evento en dos renglones, lo firmas y ya. No más, es como escribir una carta».

Esa solicitud no debió de tomar más de quince minutos en redactarlo, pero decidí no hacerlo. Sentía que ella esperaba que me hiciera cargo de ese asunto.

— «Se necesita mandar esa solicitud con la delegada para conseguir lo restante, ya queda menos tiempo y todavía faltan muchas cosas para el evento. Sin permiso, no se puede conseguir lo demás», se lo hice saber con seriedad.

Sofía empezó a sollozar. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas tostadas por el sol. El estrés mostrado por Sofía era la manera en que ella corporizaba la desigualdad, pues no solo era la carencia de acceso a oportunidades y recursos materiales, sino que ella pensaba que no se le reconocía lo suficiente y tampoco se tenía la empatía necesaria. Como señala Sayer (2005), la ausencia de reconocimiento, aprobación y confianza de los demás, genera vergüenza, angustia y autodesprecio.

— «¡Ya estoy harta! Maldita sea la hora en la que me metí en esto. Tú dijiste que me ibas a ayudar, pero también me dejas sola», gritó mientras rebuscaba en su mochila algo.

Sacó su libreta con una hoja que contenía garabatos. La hoja estaba llena de tachaduras, borrones de pluma, una combinación de palabras escritas entre mayúsculas y minúsculas, errores ortográficos. Era un intento de la solicitud de permiso. Daba la impresión haber sido escrito por una niña. El silencio nos invadió por algunos segundos. En ese momento me di cuenta de que Sofía apenas sabía escribir. «Tranquila. Vamos a buscar otra solución», le recomendé apenado. Le comenté a Emilio que hablara de manera directa con la delegada para el permiso y ella accedió que se hiciera el evento.

Mi cercanía personal Sofía había desenmascarado su identidad como «profesora de español y matemáticas» en el centro Revueltas. Su poco capital cultural no le permitía conseguir reconocimiento entre sus pares del centro, también había puesto obstáculos para su éxito como dirigente de un colectivo en la colonia.

Antes de ese momento, mi relación con Sofía se estableció a través de mis conversaciones y entrevistas con ella, en donde resaltó, en sus relatos autobiográficos, las múltiples desdichas de las que era víctima. Una vecina concluyó que «Sofía es Ecatepec», debido a los relatos mistificados de Sofía sobre las diferentes violencias que ella sufría, por ejemplo, que los médicos le retiraron las tripas en medio de una intervención quirúrgica y fueron depositadas en un balde para después «metérselas de nuevo». Estas narraciones —exageradas, para quienes las escuchaban— pretendían trasladar afectos a las personas para lograr simpatía. Aunque no niego las desigualdades que subyacen en la historia de vida como la de Sofía, lo que me interesa manifestar aquí es la producción de sujetos como realidad política.

Las decisiones políticas cotidianas de Sofía iluminan un aprendizaje sobre la socialización en contextos de dominación. Sin otra posibilidad de adquirir recursos de reconocimiento social legítimos y negado el acceso a servicios estatales²¹, Sofía apela a la *compasión* como una última suerte de reivindicación de existencia social²² —sin embargo, esto hizo que algunos conocidos la estigmatizaran como «manipuladora y mentirosa», como veremos más adelante. «¿Qué más puedo hacer?», en palabras de ella. Al verse obligada a exhibir y reafirmar su *condición* de sufrimiento, como un tipo de aval moral en la colonia, es sensato pensar que sea dañada la imagen de sí misma y la de su relación con el contexto social. Habrá que

²¹ Al preguntarle a María del Carmen, su mamá, por qué Sofía no recibía apoyo de algún tipo, ella comentó que no podía registrarla, porque perdió sus papeles de identificación en una inundación de la colonia. Esto levantó sospechas de su jefe en el Centro Revueltas, en una ocasión que quiso conseguir una silla de ruedas a Sofía a través del gobierno municipal, sobre la verdadera condición de Sofía como discapacitada: «nunca me entregaron el expediente que comprobara la discapacidad de Sofía, entonces significa que no quiere ser ayudada», me dijo el director del Centro Revueltas.

²² Escribe D. Fassin (2018, s.p.): «En efecto, el cuerpo, enfermo o sufriente, se inviste en esas situaciones de una especie de *reconocimiento social en última instancia* que se intenta hacer valer cuando los restantes fundamentos de legitimidad parecen agotados» (cursivas del autor).

detenerse en lo que D. Fassin (2018, s.p.) señaló: «la exposición de uno mismo, sea que suponga un ejercicio narrativo o un develamiento físico, pertenece a las figuras contemporáneas del gobierno de los dominados».

Asimismo, sus conocidos percibían las decisiones cotidianas de Sofía como «manipuladoras y problemáticas», aseveraciones que, aunque no totalmente ciertas, eran una forma de decir que Sofía —al igual que su mamá— era incompetente para sobrellevar las relaciones sociales establecidas en esta comunidad: personas *gandallas*, egoístas, que no piensan ni actúan por el bien de la colonia.

6. DESPLIEGUE DEL COLECTIVO

Pasadas las dos semanas, Sofía era cada vez más rezagada por los integrantes de su colectivo. Sus opiniones no eran tomadas en cuenta, porque «eran tomadas con el hígado» y «no llegaban a nada», según los integrantes. Su impuntualidad, comprometida por las dificultades de rodar una silla de ruedas entre las desechas calles de la colonia, hizo que integrantes empezaran a actuar sin su consentimiento. «Ella cree que dispone del tiempo del mundo, pero tenemos cosas que hacer», expresó Óscar molesto. La ausencia de Sofía le permitió a Emilio adquirir protagonismo dentro del colectivo. Al ser el único con el conocimiento técnico, consiguió cal, hojas secas, aserrín y construyó un cajón para curar la tierra y con ello comenzar a sembrar; Daniela le ayudaba en la faena. El pedazo de tierra fértil empezaba a tomar forma de huerto.

La pequeña red de estudiantes que Sofía tenía en el Centro Revueltas le permitió conseguir algunos apoyos extras, entre ellos algo de dinero y algunas manos adicionales que la ayudaran a desplazarse con mayor facilidad. Por ejemplo, Samanta, una niña de trece años que buscaba terminar su primaria trunca, la apoyaba con dinero para el huerto, conseguir plantas y con pintar algunos carteles

a mano. Pero dejó de apoyarla cuando un día Sofía la culpó de robar unas cactáceas que habían sembrado personas del B.A.N.C.O. (que para ese entonces dejaron de frecuentar el huerto al ver actividad en el otro pedazo): «¡Fue Sofía! Ella robó esas plantas porque no querían que sembraran en su huerto», confesó Samanta al ser reprendida en público por Emilio.

Lo cierto es que el poco capital cultural de Sofía empezó a causar problemas entre los miembros. «Quiere que le hagan todo», «Es muy despistada. Se le olvidan las cosas», eran las críticas comunes que uno escuchaba después de cada reunión en el huerto. Era calificada como ignorante. La ignorancia es una de las fronteras morales con las que trababan relaciones de inferioridad y superioridad en la colonia. Como señala M. Strathern (1997, 129), para *transformar* a una persona moral en una amoral es suficiente con privarla de conocimiento, como sucede con otros agentes —niños, discapacitados mentales, etcétera— que no se puede esperar comportamientos de altura.

Esa tarde Vicente me habló por teléfono para entregarme los volantes que había conseguido. Eran dos mil volantes que se repartieron en la colonia, pero me dejó en claro que él y su estructura política «estaban fuera» de esto. Ya no quería ayudar, pues se enteró, por boca de Sofía, que miembros del colectivo tenían contacto con la delegada y los líderes adversarios de Vicente.

«Imagínate, yo me voy a meter en problemas organizándole evento a Morena, cabrón. ¡Imagínate! Todo por falta de liderazgo de esta niña que permitió que manosearan el evento. Si pensaba ayudarla a formar su liderazgo, ahora no. Es muy conflictiva, me va a meter en problemas con la gente».

7. LAS FRONTERAS MORALES COMO MARCAS DE DISTINCIÓN

El día del evento hubo cuatro grupos musicales en escena. Punk, rock alternativo y una rondalla de músicos estudiantes fueron los que ambientaron el quiosco en la tarde del 15 de agosto de 2019. Al final, Sofía consiguió el equipo de sonido y los grupos musicales, gracias a la ayuda de un profesor de música que frecuenta el mismo grupo de coaching personal de Sofía. Daniela organizaba una exposición de pinturas que había conseguido con una amiga de ella. Emilio recibía a los vecinos interesados en el evento. Los saludaba y les daba la bienvenida. Yo entretenía a los asistentes del taller que diseñé dos días antes sobre la apropiación del espacio con agricultura urbana.

Las autoridades de la colonia se ausentaron, excepto por Rubén, el regidor municipal del grupo que dirige el Centro Revueltas, que por casualidad estaba en el Centro Revueltas a esa hora. En su página personal promovieron el evento como suyo. «Si necesitaban mesas y sillas, me hubieran preguntado, ya le había dicho a Sofía», dijo Rubén. Pero ¿cómo iba a decirle que Sofía desconfiaba de él? Me quedé callado.

Frente a un público de cuarenta personas, Emilio dirigió el evento con el micrófono. Se empeñaba en sobresalir:

- «Agradezco la presencia del regidor municipal de Ecatepec, y también de las familias presentes. Este es el inicio de una serie de eventos que vamos a realizar para mejorar el aspecto de la colonia San Agustín. Comenzamos trabajando en el pequeño huerto y en el quiosco. Somos el colectivo Raíces Soberanas».
- «¡Que hable Sofía!», le gritaron desde el montón de gente.

Dos hombres ayudaron a subir a Sofía al templete de cemento. Le dieron el micrófono. Estaba nerviosa, se reía por nervios. Sacó unas notas en un papel

arrugado que parecían un discurso: «Les quiero agradecer a ustedes por venir y a mi colectivo por ayudarme a recuperar el huerto. Los quiero».

Le aplaudieron. Fue la única vez que Sofía se subió al templete para hablar en público.



2 Presentación del colectivo «Raíces Soberanas» en el evento Verano Verde.

Después de ese evento, el colectivo se deshizo. Los participantes del colectivo «Raíces Soberanas» no solo se alejaron de ella, sino que crearon otro colectivo sin incluirla.

Las razones por las que marcaron su distancia social son un ejemplo de lo que Sayer (2005) llamó como «fronteras morales», es decir como la valoración de atributos morales considerados «positivos» para definir los límites de su identidad social y frente a otros que no los cumplen. En palabras de Sayer (2005, 182): «Cuando el trazado de límites morales es de gran importancia para las personas, tiende a ir acompañado de una auto-represión y vigilancia para mantener la conformidad, de manera que se confirme la imagen que tienen de sí mismos».

Para los miembros del colectivo, Sofía no era una persona respetable. Cuando les pregunté por qué la distancia hacia Sofía, ellos hicieron hincapié en la distinción entre las personas «calmadas», como ellos, y Sofía, como «problemática». Óscar y Rosa decían que Sofía «nos estaba exigiendo y nos decía que mantuviéramos nuestra palabra». Eso les molestó mucho. Según Rosa, en una ocasión Sofía les envió un mensaje diciéndoles que tenían que ir por unas mesas, pero ellos estaban ocupados, y no pudieron ir. Sofía les envió otro mensaje reclamándoles que mantuvieran su palabra de ayudarla. Óscar habló con ella. «Te vas a quedar sola, Sofía», le dijo. «Eso la molesta un chingo», me comentó con una sonrisa socarrona.

Emilio mencionó que Sofía «comprometía su tiempo y sus recursos», y se justificó que ya le había comentado a ella que tenía otro proyecto de formar una asociación civil. Desde la perspectiva de Emilio, Sofía era «problemática, mentirosa y muy infantil» como para seguir en contacto con ella. Esos criterios morales le sirvieron para excluirla de su nuevo colectivo. Esa decisión de distanciarse de Sofía hizo que creara el colectivo «Sembrando el Futuro», con intención de «recuperar el futuro de la colonia».

«Yo ya le había dicho a Sofía que me separaría, que abriría otro ente para trabajar en el quiosco. A veces me llamaba o me mandaba mensajes para pedirme cosas que se necesitaban».

Pero los integrantes del colectivo no eran los únicos que la rechazaban. Dentro de la red de conocidos de Sofía se corría el rumor que ella podía caminar. Los rumores y los chismes no solo funcionan como «armas de los débiles» de las que hablaba James Scott (2016), sino también como una forma social en que se manifiesta el desprecio hacia los de abajo. Óscar me comentó que, un día antes del evento *Verano Verde*, fue por ella a su casa y, como todavía no salía, la esperó unos minutos,

pero como había tardado, se desesperó y se asomó en un pequeño agujero que estaba en la puerta de metal del edificio de Sofía.

«Yo no estaba drogado, pero tampoco *te puedo asegurar*. Pero como soy muy fisgón, la neta, me asomé por un hoyito que hay en la chapa y creo que la miré caminar, le miré el abdomen y luego se sentó en el piso para arrastrarse por las escaleras. ¡Es una locura! ¿Te imaginas que todo sea una mentira? Don Martín también dice que Sofía camina...»

Este rumor era recurrente entre el personal del centro revueltas para descalificar a Sofía. «Es pura farsa lo de ella», «Tú te das cuenta por la tonificación de sus piernas». Sus compañeros la consideraban «deshonesta», «problemática» y «desagradecida». Como argumentó P. Watt (2006), la respetabilidad de la clase trabajadora puede estar ligada a los juicios de otros poderosos. Una tarde, Don Martín, el conserje, explotó contra Sofía a la menor provocación de ella por querer cerrar la puerta del Centro Revueltas:

«Nadie la quiere aquí. Nadie la quiere en el Revueltas. Mientras la ayudes es tu amigo, pero si no haces lo que quiere, se vuelve tu enemigo. No había nadie en el aula (alumnos), y yo le comenté que ya iba a cerrar, pero no hizo caso. Yo no puedo dejar abierto, porque se pueden meter a robar el Revueltas, y ella no entiende eso, no mira eso», me dijo con una cara de furia frente a ella.

Me comentó que desde hace mucho ayudó a Sofía, y que poco a poco, su relación se fue deteriorando hasta llegar a conflictos diarios.

«Ella duró un año con chanclas, no tenía ni para unos zapatos. Yo se los conseguí, yo le ayudé. Es una *desagradecida*. En una ocasión, David —el representante del colectivo B.A.N.C.O.— me quería pegar por culpa de ella,

porque le mandó unos mensajes diciéndole que yo la agredía. David me mandó un mensaje diciéndome que la dejara en paz, o que me iba a madrear. Hasta Rubén llegó un día muy asustado, en su bicicleta, diciéndome que me fuera porque ya venía David a partirme mi madre».

Aquella tarde que platicué con Don Martín buscó en sus memorias sus malos recuerdos con ella.

«Ahorita porque le ayudas, te trae muy bien, pero ten cuidado. Ella está mal de la cabeza, está mal de la cabeza: ¿quién en su sano juicio busca problemas? Nadie, ella sí. Una vez le comenté que como quería que la recordaran, como una niña problemática y que se hace la víctima, o que salió adelante con la ayuda de sus amigos. Ella trabajaba allí (en el Revueltas), pero la quitaron por ser problemática».

Don Martín no era el único compañero que pensaba así. Julio, amigo íntimo de Rubén y exdirector del Centro Revueltas, compartió una vez conmigo su experiencia de lo que él llamó «lidiar con gente irrespetuosa».

«Yo no tengo compasión con Sofía. Si me vuelves a poner como director, Rubén, yo te la corro, aunque llore y nos amenace con demandar. Es que Rubén le tiene mucha paciencia y la deja hacer lo que quiera ahí. Con el pretexto que está en silla de ruedas y que tiene una amiga abogada lo tienen amarrado. A mí no me importa que me demande, yo la quiero afuera».

Para mis personajes, las «formas de pedir» de Sofía eran un recurso de exclusión. «No eran las correctas», según Óscar. Ella utilizaba frases como: "la gente lo pide", "es lo que la comunidad pide", "la gente me dice", "la gente me pide". Utiliza

eso para sostener sus dichos y sus demandas. Así lo demuestra una conversación de WhatsApp que mantuvo con sus antiguos compañeros del colectivo:

Sofía: les envió fotos del huerto, está abandonado y tiene muchas necesidades. Con la ayuda del señor Jaime pusimos un letrero para solicitar arbolitos, es una idea de él para sembrar. Estaremos el sábado posiblemente un rato estaré para apoyarlo (sic).

Sofía: En un rato subo la convocatoria para que convoquemos a todos los [que] participan en el parque y nos apoyen a levantar el huerto. Ya tengo el plan de trabajo.

Emilio: Nosotros también estamos solicitando árboles desde hace tres semanas...

Sofía: Sí, lo sé, pero, pues, *es la comunidad lo que pide*.

Daniela: La iniciativa la tuvo [él] y siempre ha estado en eso al pendiente, Marce.

Sofía: De hecho, pide el agua porque saben que en el tiempo de calores todo estará, pero le comenté lo que se haría y dice que sería inútil, que para qué, pues bueno, qué digo yo, nada... (se refiere a un proyecto de captación de agua que quiere hacer Emilio).

Daniela: ¿cómo?

Sofía: Sí, Sarita, que se hará como tipo piscina en donde se estanca el agua para cuando llueva se quede allí, así le entendí a Emilio, pero *la gente dice que no*, así no, pero bueno, en fin... jajaja (emoticon tirando un beso de corazón).

Estas últimas conversaciones entre el colectivo muestran la carga de la posición social de Sofía. Ya excluida por su misma red de contactos, la categoría «comunidad»

era para nuestro personaje principal reducida a una masa anónima que comparte rumores. Esta era una forma de expresión subterránea que la ataban para ser reconocida entre ellos, ya que ella era consciente que su afectada *autoridad moral* para hablar a nombre propio.

8. LOS RITUALES DE ACAPARAMIENTO DE OPORTUNIDADES²³

El sueño de Sofía de recuperar el huerto se derrumbó cuando se enteró que Emilio la «había traicionado». Fue un golpe muy duro para ella y que le guardó resentimiento durante mucho tiempo. El nuevo colectivo «Sembrando el Futuro» de Emilio lo conformó con los mismos integrantes del antiguo colectivo, a excepción de Sofía. El capital cultural y simbólico de Emilio le permitió ser reconocido en las autoridades auxiliares de la colonia. «Eran su gente». Después del incidente con Sofía, Patricia, la delegada, recuperó la relación con Emilio, de la que pronto sacaría provecho. Emilio se acercó a las autoridades locales bajo los criterios morales que se reconocen de manera mutua.

La astucia de Emilio como nuevo líder —que, en realidad, esta era el «juego de signos de distinción» (D. M. Goldstein 2003) naturalizado, hecho cuerpo—, afianzó un nuevo plan de acción en el quiosco. Algo que nunca pudo lograr mi protagonista. En cuestión de semanas, Emilio construyó un programa en donde se ofrecían clases de guitarra al aire libre, consiguió con otros líderes de la colonia árboles frutales para sembrar en el quiosco, invitó todos los viernes un *sonidero*²⁴ que

²³ Tomo prestado el concepto «acaparamiento de oportunidades» de Charles Tilly (2000) para señalar el mecanismo causal que se expande en la actuación de la experiencia y la interacción social en el establecimiento de lo que él llama «desigualdad categorial», es decir, aquella que surge de la distinción de categorías utilizadas por las personas.

²⁴ Es un animador con equipo de sonido y luces para organizar bailes con música de cumbia, bachata y salsa.

según él era «un evento de música para señores: cumbia, danzón, entre otros, para que no lleguen «jóvenes a hacer su desmadre». Esta armonización en la relación hace que Emilio se constituya dentro de las subjetividades colectivas reconocidas en el barrio: el *nosotros* legítimo contra la *lacra*, el *gandallismo* y otras figuras de menor estatus social²⁵.

Ese reconocimiento en el *nosotros* legítimo implicó algunas ventajas para él. Una tarde en la que le ayudaba a sembrar árboles de guayabas en el quiosco, me presumió «su oficina», la caseta de vigilancia del parque. Allí tenía herramienta y árboles listos para sembrar. El préstamo lo consiguió con la delegada.

- «Mira, lo que conseguí», dijo Emilio con una sonrisa de alegría.
- «Qué bueno —reviré— esa caseta la buscaba Sofía».
- «Es lo que pasa a Sofía por ser tan problemática. La delegada me dijo que no quería nada con ella, porque eran puros problemas», respondió con tono de seriedad. Confirmé con la cabeza.

Al final, mi relación con Sofía se había tornado problemática. El desarrollo de mi trabajo de campo me acercó con las autoridades de la colonia, reforzó mis amistades con Vicente, el mediador político, con Rubén, el regidor municipal, y con demás gente que Sofía consideraba como «traicioneros». Para ella, mis relaciones con los «traicioneros» habían cambiado mi perspectiva. En sus palabras: «bien me dijo mi mamá que debo fijarme bien en quién confías, debes de observar a las personas». Ya desplazada de cualquier colectivo, Sofía llegó a un evento musical organizado por

²⁵ Para Tilly (2000, 87-90), existen dos tipos de categorías que imponen límites sociales: las categorías internas pertenecen a una estructura interiormente visible en un grupo; mientras que las categorías externas son las que establecen diferencias sistemáticas en las actividades, las retribuciones, el poder. Cuando coinciden ambas categorías en las interacciones, la desigualdad se ve reforzada.

Emilio. Tenía puesto un collarín blando, como si hubiera tenido un accidente. Me acerqué a saludarla:

- «Oye, estás perdido», se refirió hacia mí.
- «Sí, pero vine a un evento de seguridad», le respondí.
- «¿Y en qué estás ayudando? —me preguntó con un tono incisivo que resultó incómodo para todos, incluyéndome. Yo me entero de todo», ríe de manera sarcástica.

Quise cambiar de tema. Le pregunté por qué llevaba ese collarín.

- «Pues, lo traigo para causar lástima, que digan pobrecita, y que estoy en silla de ruedas, para vender más dulces», contestó con sarcasmo.

Me sentí tan incómodo que apresuré la plática. Me despedí de ella. Rubén, el regidor municipal, me gritó desde la calle para que me subiera al taxi que nos llevaría a una reunión de sus amigos.

- «Sí, ya miré con quién andas», Sofía soltó en tono de queja. Corrí al taxi en el cual me esperaban los «traicioneros».

En la última etapa de mi trabajo de campo, Sofía dejó de asistir al Centro Revueltas para dedicarse a vender dulces en la calle del barrio, acompañada de su madre, para así aportar un extra al ingreso familiar.

En este capítulo exploré los encuentros cotidianos entre vecinos público para identificar los recursos simbólicos que reproducen y legitiman fronteras sociales y morales en la colonia. Las interacciones aquí narradas reflejaron, de manera sutil, la red de distinciones sociales y morales que atraviesan de manera cotidiana la vida en la zona metropolitana de la Ciudad de México. Traté de demostrar que existen dos

subjetividades colectivas que disputan el espacio en el barrio, como lo dice Yeh (2012, 716), «disputan no solo sus derechos como *nosotros*, sino su derecho particular de ocupar el espacio público».

Estas dos formas de subjetividades se posicionan de manera distinta frente a las diversas situaciones cotidianas que se le presentan. Pareciera que son dos mundos distintos, que cada individuo convoca, a veces de manera implícita. Por un lado, uno que está reforzado por el discurso político de las autoridades municipales —una ciudadanía comprometida, que participa en las decisiones públicas, etcétera—, que disputa el espacio público contra la «gente mala». Y, por otro lado, el que está estigmatizado por las fronteras morales que trabajan en la colonia — como lo son, las categorías sociales de «irrespetuosa», «mentirosa», «manipuladora», «gandalla» categorías sociales utilizadas por los habitantes para legitimar la exclusión de Sofía y a su mamá.

La historia de Sofía es ejemplar en la manera de cómo se utilizan las formas prácticas de sobrellevar —«criterios alternativos de distinción», en palabras de Reygadas (2008, 79)— las clasificaciones y fronteras culturales que atraviesan la comunidad. Sin el alcance de otro recurso legitimado por la comunidad, solo le queda la *compasión* como recurso de «reconocimiento social en última instancia» (Fassin 2018), en la cual ella utilizaba narrativas autobiográficas de sufrimiento para conseguir simpatía entre su red de conocidos.

Por otro lado, sus conocidos percibían las decisiones cotidianas de Sofía como «manipuladoras y problemáticas», aseveraciones que, aunque inciertas, eran una forma de decir que Sofía —al igual que su mamá— era incompetente para sobrellevar las relaciones sociales establecidas en esta comunidad: personas *gandallas*, egoístas, que no piensan ni actúan por el bien de la colonia. Es decir, no solo se trataba de que Sofía supiera *lidiar* de manera personal con personajes de las

redes clientelares y autoridades vecinales, sino que las experiencias demuestran cómo cada uno de los individuos trataban de (re)definirse a sí mismos en el flujo de posiciones en el espacio social de la colonia.

CAPÍTULO 4

LA VIOLENCIA Y LA POLICÍA EN EL BARRIO

LA COPRODUCCIÓN DE LAS VIOLENCIAS EN LOS TERRITORIOS DE RELEGACIÓN URBANA

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo examino el papel de la policía en la producción de las violencias en los territorios de relegación urbana. Contrario a las descripciones — legitimadas por la opinión pública y el sentido común — que tratan a estos lugares como «tierras de nadie» o «zonas grises», en donde la estructura del Estado está ausente, o, a las observaciones que destacan a estos lugares como controlados intensamente por una lógica punitiva o militarizada (Koonings y Veenstra 2007, D. Rodgers 2009, Müller 2012), observo que la presencia policiaca en la colonia San Agustín es —de manera similar que las formas estatales analizadas por Auyero y Sobering en el barrio argentino Arquitecto Tucci (2019)— *paradójica, selectiva y*

ambigua. Mis datos etnográficos sugieren que, además, de coproducir violencia física —como se encuentran en otros territorios de relegación (Auyero y Sobering, 2019; Auyero y Berti 2015)—, la presencia policiaca también contribuye a consolidar el halo de estigma territorial que recae en el lugar.

A la vista lejana de un extraño, la violencia que domina la vida y las rutinas cotidianas de los habitantes de San Agustín es la que emana de otros habitantes. Los asaltos a mano armada, las agresiones físicas, las detenciones arbitrarias, los homicidios y demás delitos de diversa índole son parte de la vida en este barrio. Pero, ¿cómo interviene los cuerpos policiacos en esta violencia interpersonal, a los asaltos, al robo de autos y a la criminalidad en general que sufren los vecinos de la zona? Incluso, voy más allá: ¿cómo las prácticas policiacas en la colonia coproducen la violencia estructural y simbólica que sufre este espacio urbano?

Como se ha dicho, el Estado se experimenta y reconoce en la vida cotidiana, a través de una multiplicidad de agentes, instituciones y prácticas con las que el habitante interactúa de manera directa e inmediata (Secor 2007). En estos contextos, las interacciones de los habitantes con la policía son mayores que otra autoridad estatal (Oehmichen 2013). Mis conversaciones y entrevistas con vecinos resaltaron temas sobre prácticas policiacas arbitrarias y discriminadoras, que alimentan la desconfianza del vecino hacia agentes e instituciones estatales. Por eso, es importante para mí presentar descripciones etnográficas sobre las percepciones de los habitantes sobre las prácticas policiacas, además de los diferentes (des)encuentros con los agentes en San Agustín, que fui recolectando durante mi estadía en la colonia.

La literatura sobre la violencia tiene una gruesa rama que concentra sus energías en conocer cómo afectan las violencias en las rutinas, formas de ser y perspectivas de los habitantes de lugares pobres (Penglase 2014, A. Goffman 2009,

D. Goldstein 2003, Auyero y Lara 2012, Scheper-Hughes 1992, Jones 2010, Hume y Wilding 2015), —aunque, también, existe una convocatoria interesada en el impacto de la violencia en la vida cotidiana de las clases altas (Villarreal 2016, 2015). Pero aquí me concentro en el llamado de atención que se hace desde la sociología política para enfocar el papel de las acciones y omisiones de agentes e instituciones estatales en la producción de acciones (u omisiones) que tienen consecuencias en la vida cotidiana de habitantes de los territorios de relegación urbana (Auyero y Sobering 2019, Auyero y Berti 2015).

Las fuerzas represivas del Estado entran de manera *contradictoria y paradójica* en San Agustín (Auyero y Sobering 2019). La pertinencia de los argumentos teóricos desarrollados por Auyero y Sobering me sirven como luz para organizar mis observaciones etnográficas en la colonia, porque considero que comparten la misma lógica estatal. Este capítulo trata, pues, de dialogar y expandir esos argumentos sobre la presencia estatal en los márgenes urbanos del país, poniendo atención a las prácticas discriminatorias de la policía (sustentadas por las imágenes negativas del espacio) y sus consecuencias en la perpetuación de las desventajas en la vida cotidiana de los habitantes de San Agustín.

Se recordará que el *locus del orden* instalado en San Agustín, descrito en el primer capítulo, implica la presencia permanente de policías, patrullas y agentes ministeriales. Esto hace diferente a San Agustín de otras colonias de la zona. Muchos habitantes de la zona reconocen esta particularidad, pues tienen que venir al Ministerio Público de San Agustín para denunciar algún delito, recoger a un conocido detenido y en no pocas ocasiones pedir desesperadamente información sobre familiares extraviadas/desaparecidas. Las calles de la colonia son constantemente recorridas por policías municipales y estatales. Son visibles las cámaras de vigilancia que coloca estratégicamente el gobierno. Se despliegan

diversos programas gubernamentales contra la inseguridad. Incluso, no es necesario rascar mucho para que los temas de violencia y excesos de la autoridad pasen a ser tópicos centrales en la conversación cotidiana.

Sin embargo, cuando uno empieza a conversar con residentes de la zona, ellos sacarán diversas experiencias con la violencia e inseguridad y las formas de cómo presentan la presencia del orden estatal, que se expresa en la creencia compartida de la incapacidad, discriminación y patanerías de los policías que rondan por allí.

Mis vecinos, incluso los más cercanos al *locus del orden* de la colonia, están constantemente quejándose del actuar policiaco, pues para ellos son incapaces, corruptos y que están ligados con los delincuentes de la zona. Los residentes comparten la creencia de «hay que temerle más a la policía que a la *lacra*». Es decir, para muchos residentes, el policía es un «malandro más» que poco les resolverá sus problemas, por lo que tienen que apelar a otras alternativas. Esto queda claro cuando los habitantes se refieren a su colonia se rige por la «ley del revolver», como formas de describir las normas implícitas de estar y habitar San Agustín. Por desconfianza en las autoridades, algunos habitantes resuelven sus problemas con otras alternativas —como la pelea física entre vecinos y otras formas de la violencia física—.

Ahora bien, antes de presentar mis datos etnográficos sobre las prácticas de la policía en la colonia, quisiera comenzar con mis notas de campo sobre las perspectivas que tienen los agentes policiales sobre la colonia.

2. LA POLICÍA COMO (CO)PRODUCTORA DEL ESTIGMA TERRITORIAL

El fragmento que sigue pone atención en las categorías que utilizan algunos policías para describir la colonia, haciendo hincapié en las categorías discriminatorias sobre la zona.

11 de julio de 2018. Después de preguntar por cifras que sostuvieran la imagen de San Agustín como lugar violento, la oficial encargada me pasó a la habitación donde se generan datos en el municipio sobre la criminalidad. La pared de la oficina de inteligencia de la comandancia municipal, conocida como C4, está repleta de pantallas, visualizando todo lo que las cámaras en la calle registraban. Pantallas pasaban cifras, números, gráficas. El oficial me preguntó que si qué quería saber primero: la incidencia delictiva o el funcionamiento del monitoreo. Al hablar con tres oficiales de policías sobre la estadística municipal, me di cuenta de que esas estadísticas deben tomarse con mesura. Los policías, sobrios, serios, desencajados, casi molestos de porque un extraño había ingresado en las entrañas de la institución. Les pregunté sobre la incidencia delictiva de San Agustín. Uno de los policías tenía un archivo en su celular. Me dijo que San Agustín 3ra sección estaba en el lugar veintitrés de las treinta colonias consideradas como «foco rojo». Pero estas estadísticas son sobre las llamadas que hacen los habitantes después de ser víctimas, no es un registro de incidencia delictiva. No me dieron fechas de registro, tampoco el número exacto, pues «no lo tenían permitido». Si quería saber sobre un número concreto tenía que preguntar al ministerio público, la institución encargada del registro, me dijo uno de los oficiales. Dos semanas después, entrevisté a un agente ministerial inscrito al ministerio público de la colonia. El agente ministerial me afirmó que no podía darme estadísticas de la colonia por confidencialidad, pero sí podía darme algunos números de memoria. Se puede

ver cómo el agente ministerial utiliza sus «estadísticas», agregadas de juicios para describir a la colonia:

POLICÍA MINISTERIAL: aquí entran de 5 a 6 denuncias diarias de robo a peatón. *Sí, aquí la gente se dedica a robar.* El segundo delito más recurrente es el robo a comercio. También ha subido mucho la extorsión. La mayoría de los robos se dan en la avenida Lourdes y San Agustín.

Algunas frases que utilizan los policías para describir a San Agustín son: «Es complicado», «de cuidado», «es un lugar peligroso», «es muy fea la violencia allí». «Aunque me pagaran, no me fuera a vivir allí», me dijo la agente policial que sirve como secretaria particular del encargado del director municipal de seguridad ciudadana, y agrega, «Aquí vienen muchos habitantes de San Agustín quejándose de que ni ellos tienen tranquilidad. Son habitantes quejándose de la misma violencia». Después agrega una explicación a la delincuencia del lugar: «Allá hay muchos comercios, por eso se facilita el robo. En un minuto ellos se bajan [de su moto], te roban y se van». Son factores «de educación y aspiración personal» los que explican la delincuencia en el lugar para la oficial: «Los jóvenes no tienen aspiraciones grandes, pues vienen de un contexto en donde los comerciantes son el ejemplo para seguir». Y sigue con una explicación de por qué los jóvenes delinquen: «Yo creo que es más el ansia de pertenecer a algo, ser reconocido por algo que no sea tan complicado, no por “ah, mira, es un chingón porque es un médico que hace trasplantes chingones”, no lo va a hacer, en parte tal vez porque no existe la cultura que te motive a seguir estudiando, a superarte de la mejor manera, y que en el barrio no seas conocido porque eras el más ratero, el más gandalla, el más temido, el más matón...».

Esta entrada de mi diario de campo ilustra cómo la delincuencia y criminalidad en el barrio sirven como elementos clasificatorios en la coproducción del estigma territorial que sufren los habitantes de San Agustín. Los juicios de los policías entrevistados son otra forma de describir que la estigmatización territorial es un proceso dominante en el México urbano que transfiere los problemas estructurales del espacio urbano a sus habitantes individualizados. Se trata de culpabilizar a sus habitantes de las condiciones de desventaja que sufren este tipo de territorios.

Por su parte, los vecinos se consideran que los policías utilizan criterios discriminatorios en su actuar. Como agrega un vecino: «No hay policías, no sé qué hacen, dónde andan. Y los pocos que hay, violentan los derechos humanos; aquí me ha tocado enfrentarlos, porque paran a los chicos solo porque traen tatuajes, porque traen rastas, por su forma de vestir, aquí los paran, aquí los revisan, sin ninguna orden, solo porque se les ocurre. Hay una violación a los derechos humanos. *Aquí hay que temerle más a un policía que a una lacra*».

En lo que sigue, voy a concentrarme, con algunas notas de mi diario de campo, en representar la presencia de la policía en la zona. Quiero resaltar la presencia paradójica de la policía en esta periferia de la Ciudad de México, que contradice la perspectiva individualizante de los policías entrevistados sobre la colonia.

3. «O TE CUIDAS DE LA POLICÍA O TE CUIDAS DE LOS MALANDROS»

Al igual que en otros contextos (Auyero y Sobering 2019; Oehmichen 2013), existe una creencia compartida sobre el contubernio entre las autoridades y delincuentes. Durante el taller fotográfico que desarrollé en los primeros meses de trabajo de campo, los estudiantes explicaban la criminalidad con base a esa línea porosa entre autoridades y delincuentes, así lo definió un estudiante: «[...] hay un

montón de patrullas que andan por aquí, en su punto, pero [los delincuentes] les pagan para que no les hagan nada». Este fragmento apunta a las formas contradictorias que se presenta la policía en estos territorios relegados, pues, era un tema importante en diferentes conversaciones que tuve con los residentes.

Para muchos habitantes, la policía está vinculada a diversas actividades ilícitas que se despliegan en la colonia. Por ejemplo, Abigail me explica sobre los arreglos de su vecino —que dedica al robo al transporte público— con la policía del lugar: «Allí donde vivo, atrás del mercado, llegó una familia. La muchacha tenía dieciséis años, el muchacho, veintidós, y, su hija, dos años. Iban a comer al negocio de mi abuela, no sé si agarraron confianza para contarnos las cosas que hacían, pero nos comentaron que robaban a las combis que vienen por la vía Morelos hacia Pachuca, y nos comentaba que él conocía a las patrullas que andan por ahí, y que le pagan una cuota de lo que saca al día: celulares, joyas o dinero». Esto es similar a lo que Claudia, una comerciante del tianguis de la colonia, me platicó sobre por qué no tenía confianza en la policía: «No confío en la policía, porque están coludidos con los delincuentes. Se arreglan y [los delincuentes] les pagan. A mi hermana la asaltaron, y andaban los rateros cerca del negocio familiar. «Mamá, ellos son los que me asaltaron», le dijo mi hermana a mi mamá. Mi mamá les dijo a los policías que andan por ahí, les dimos \$200 y los agarraron. Pero en la siguiente esquina los soltaron. Las ratas les entregaron la mochila que traían celulares, cadenas, anillos, dinero, y los policías los soltaron».

Esta creencia es compartida por otros habitantes de barrios en la Ciudad de México. En una investigación sobre las representaciones de la violencia delincriminal en un barrio de Azcapotzalco, Cristina Oehmichen (2013) examina la percepción de la relación de las policías con las prácticas criminales en la Ciudad de

México, y el papel del Estado en las causas de la violencia delincuencial. Dice C. Oehmichen:

«[Para los habitantes] el Estado aparece como actor central en una cadena causal que explica la perpetuación y la agudización de la marginación económica, pero también del incremento de la delincuencia. [Los habitantes] se refieren a la corrupción de los cuerpos policiacos y a la alianza entre autoridades, policías y ladrones para delinquir. En resumen, el Estado aparece como el actor central de la violencia delincuencial que se sufre en el país» (Oehmichen 2013, 252).

Lo confirmado por los habitantes de San Agustín comprueba que la percepción de la alianza entre autoridades, policías y ladrones que encontró Oehmichen también opera en la colonia. En el siguiente apartado, resalto que esa creencia tiene arraigo en las propias dinámicas de la economía ilegal de la periferia urbana de la Ciudad de México. La siguiente ilustración presenta evidencia sobre la percepción de Arturo, un retirado ladrón de vehículos, sobre la imbricación de la policía con las actividades ilícitas.

4. «ELLOS SABEN» SOBRE EL NARCOMENUDEO

Cuando le pregunté a Arturo si el barrio te forma, él tomó la pregunta de forma literal, y comenzó su respuesta con «el barrio te hace, claro que te hace». Arturo proporcionó sus experiencias personales para legitimar posición como participante en las dinámicas de la violencia en San Agustín. «Si tus jefes están atentos a ti, no pasa nada. Pero si estás dentro de la *malilla*, por ejemplo, mi mamá me dice «rómpele la madre» cuando alguien quiere pleito en la calle. ¿Qué jefa te dice eso? Mi familia está metida en el desmadre.», reveló mientras esperábamos para ser llamados como

testigos en un juicio de divorcio de un amigo en común. Lo que me gustaría resaltar aquí es la percepción de Jorge sobre la relación entre autoridades y las actividades criminales.

— ARTURO: A mí me invitó un primo a pegarle al robo de coches. Duré tres meses ahí. Me dedicaba con mi primo a ese desmadre. La neta, carnal, está chida esa vida. A mí me gustaba viajar, traer tenis chidos y todo el desmadre. Es una vida fácil, me dirás, porque no chambeaba bien, pero es una vida chida. Pero no te queda nada. Todo ese dinero me lo fumé y me lo metí. Drogas, putas, alcohol; fiestas en hoteles todos los fines de semana. Me cansé de ese desmadre. Solo me quedó lo más caro, la adicción a las drogas», [se carcajea]. Pero uno se va a haciendo. Aprendes a observar. Se acostumbra el ojo a mirar quién tiene y quién no. Con solo mirar, te das cuenta si esa persona tiene baro. Le revisas el reloj, los zapatos, la marca de la ropa. Mira, ahorita la chica que miramos en el elevador, la que te dije que me gustó, venía acompañada de un pendejo, pero ¿tú crees que está porque está guapo?, ¡no! Está con él porque tiene baro. Traía unos tenis Hugo Boss y un reloj de marca....

— MIGUEL: ¿Y qué hacías allí?, le pregunté.

— ARTURO: Pues, mira, son tres personas: una que baja (del coche a las personas), otra que maneja y otra que está poniendo 18 (supervisando). El que hace menos, gana menos. Cada coche te lo pagan en 10 a 15 (mil) baros, 2 mil más si es por *encargo*. Cada uno se agarra mínimo sus tres baros por coche. El que hace menos agarra 3, el que baja se avienta 4 y así. Había días que bajábamos hasta 3 coches diarios. Así está el desmadre. Tienes 30 segundos para bajar al dueño. A mí no me gusta

bajar, la neta, es un pedo, sobre todo, a las mujeres, que son las que más se aferran a las cosas. Tienes que pegarle dos o tres *cacahuatazos* (golpes con el puño en la cabeza) antes de bajarla, y eso no está chido. A mí me gustaba manejar. Yo te agarro un carro y te lo pongo en Cuernavaca en una hora. Para cuando el dueño está levantando el reporte con la policía, yo ya estoy afuera de la ciudad. Normalmente se utilizan dos playeras. Una playera negra abajo y otra blanca sobrepuesta. Cuando algo sale mal, se envuelve con la playera blanca y se esconde entre las llantas de un coche, y «seguir caminando, como debe de ser».

Al buscar dentro de sus recuerdos, Arturo describe —sin explicitar a detalle— la colaboración que existe entre los miembros de cárteles de narcotráfico y policías dentro del negocio del robo de vehículos. Al preguntarle sobre quiénes están involucrados en ese negocio ilícito, Arturo comenta:

— ARTURO: Pues, mira, a mi primo le llegaban líneas directas, por ejemplo, de güeyes de la *maña* [mafia] que quieren carros del mismo color para su desmadre, por ejemplo, una camioneta blanca. También hay un chingo de *cerdos* (policías) metidos en ese pedo, pero era mi primo el que arreglaba los asuntos.

— MIGUEL: ¿También están los policías dentro?

— ARTURO: Sí, pero eso ya no me tocó. El arreglo era con quienes compraban... eso ya no me tocaba a mí. Pero, mira, los policías son muy cabrones. Hace una semana compré quinientos pesos de *café* (mariguana), traía la mochila repleta. Me detuvo una patrulla más adelante, ¿cómo supieron que traía café? Ellos saben las rutas de las *tienditas* (puntos de venta de droga en la colonia). Yo estaba bien paniqueado, pero les dije la verdad, que traía café y que era para mi

consumo personal, ellos me podían haber agarrado por narcomenudeo. Pero solo me la quitaron, nomás dijeron «órale, cabrón, llégale». Ufff, de la que me salvé.

— MIGUEL: ¿Y tú primo, sigue en ese negocio?

— ARTURO: A mi primo lo metieron al bote (cárcel). En una ocasión llegué 30 minutos tarde y este güey no me esperó, se fue. Ahí los agarraron, a él y al otro compa, le dieron 10 años en el bote. El pedo siempre son los testigos. Cuando hay testigos, vale verga todo. Siempre son los testigos. A mi primo le tocó esa suerte. Lo identificaron y le dieron bote.

Este intercambio descrito arriba ilustra el sentido común de las personas que se dedican (o se han dedicado) al mundo de la economía subterránea de la periferia urbana de la Ciudad de México y, también, las interacciones que tienen estas personas con las autoridades estatales en su mundo cotidiano. Además, esta conversación sugiere la creencia de que las autoridades están involucradas en el narcomenudeo: «ellos saben las rutas de las tienditas», «todo el mundo sabe los puntos de venta de droga en la colonia, pero no les conviene hacer algo, porque ahí hacen su negocio», expresó Amelia, una trabajadora jubilada, que comparte la opinión de Arturo sobre la colaboración ilícita entre narcomenudistas y autoridades.

5. «*AQUÍ HAY QUE TEMERLE MÁS A UN POLICÍA QUE A UNA LACRA*»

Mis vecinos también resaltan los abusos de autoridad, discriminación y la brutalidad policiaca, sustentadas muchas veces por criterios discriminatorios hacia los individuos de la zona. De distintas maneras, los habitantes describieron los contactos con las fuerzas del orden: «detenciones arbitrarias», «falsos retenes policiacos», «pagos en efectivo para ser vigilados». Registré diversas conversaciones

en las que se resaltaba la arbitrariedad, discriminación y el abuso de autoridad: «yo iba caminando por la calle y me detuvieron, así de la nada. Porque lo ven a uno pobre, con la ropa desgastada, ellos se pasan, piensan que no conoces tus derechos, que no tienes educación... aunque vayas caminando, te bolsean [revisión corporal]. Aquí no es que la policía llega y bien relajados, aquí llegan y te bolsean los culeros», explicó un vecino que se dedica a la venta de ropa usada. Reflexionando sobre las interacciones con la policía, Alexis, un estudiante universitario, me explicó: «nos alcanzaron dos patrullas, se pusieron atrás y una enfrente, nos bajaron del vehículo porque era una *revisión de rutina*. Bien déspotas, sin presentarse ni nada. Pero uno entiende que, en zonas como Ecatepec, aceptas o terminas con droga plantada. Así es. Me revisaron y me quitaron mi cartera, traía 500 pesos, me los quitaron, y yo no pude hacer nada. Es muy desesperante».

Aquí es preciso traer de nueva cuenta mi descripción sobre mi experiencia particular con las detenciones arbitrarias en la colonia, cuando estaba en una entrevista con un informante en un parque público de la colonia. Me gustaría resaltar los *criterios selectivos* del agente policiaco en la represión de los *sospechosos comunes*:

04 de julio 2019. «Son las cuatro de la tarde, el sol nos quema a Diego y a mí en el quiosco de la colonia, lo entrevisto. Mientras a este joven de 20 años, nos interrumpieron dos oficiales de la policía municipal. Nos hicieron una «revisión de rutina». El policía pregunta: «¿Todo bien?». Diego responde: «Sí, todo bien». Policía: «Permítanme una revisión nada más. Saquen sus cosas de su bolsa, ¿traen algo?». Revisa minuciosamente las bolsas de mi pantalón, al mismo tiempo que su compañero revisa a Diego. Yo pregunto: «¿Y esto a qué se debe?». Oficial responde: «Lo que pasa es que aquí, si te das cuenta, muchos se vienen a drogar, a fumar y, sinceramente, por unos ya la llevan todos. Ha

habido muchos robos, es por lo que estamos en constante recorridos todos los días. Que tengan buena tarde», los oficiales se retiran con dirección al campo de futbol de enseguida. Diego se agarra la cabeza con desesperación y dice: «Ves, siempre me pasa, es porque tengo la cara de drogadicto».

Los criterios selectivos de los agentes policiacos — ser joven, drogadicto, y formas de vestir «sospechosas»— son confirmados por las constantes entrevistas con los habitantes jóvenes de San Agustín: «paran los chicos porque traen tatuajes, porque traen rastas, por su forma de vestir, aquí los paran, aquí los revisan, sin ninguna orden, solo porque se les ocurre. Hay una violación a los derechos humanos», me dijo Francisco, propietario de una tienda abarrotes.

La brutalidad policiaca y el exceso de fuerza física fueron otro de los elementos a rescatar por las conversaciones de los habitantes de San Agustín. En la historia de San Agustín, algunos vecinos recuerdan las historias con la fuerza física excesiva del estado para solucionar la delincuencia: «En San Agustín está más fuerte la cosa. Hace años, cuando estaba el asunto de las bandas, la gente estaba tan desesperada que, en alguna ocasión, los judiciales agarraron a los seis líderes de las pandillas. Y como la gente estaba tan cansada, el jefe de policía les disparó en las rodillas y dijo «va a vivir quien tenga que vivir», murieron como 4, 2 sobrevivieron, pero para que veas que la gente estaba muy cansada». Amelia, una trabajadora jubilada, resalta la mezcla entre la brutalidad y discriminación policiaca que ha visto desarrollarse en la colonia:

«Fíjate que había dos chicos de la basura, de esos recolectores, que llegaron a tomarse una cerveza después de terminar su día de trabajo. Llegó una policía para revisarlos, porque según estaban haciendo escándalo por borrachos. Quisieron subir a uno a la patrulla, pero no se dejó, de manera que su otro amigo lo ayudó, pero todos los policías terminaron sometiéndolo, su amigo

que lo quiso ayudar quedó colgado de la patrulla, la patrulla arrancó y su amigo fue arrastrado, quedó abajo de la patrulla y fue atropellado. Se quedó en medio de la calle gritando: ¡¡ayúdenme, me duele mucho, llamen a una ambulancia!! Después de unas horas, llegó una ambulancia, pero tú sabes que cuando llaman a una ambulancia solo llega la ambulancia, en este caso, llegó con tres patrullas. También llegó su familia. Se miraban de pocos recursos, muy pobres, porque llegaron en un coche muy feo. Cerraron la calle, una patrulla se puso en cada esquina de la calle, y otra con la ambulancia. Lo revisaron y dijeron que estaba bien, que no tenía nada. Que no lo podían llevar al hospital porque no tenía seguro médico, que solo lo podían llevar a un hospital privado. Su familia preguntó si podían llevarlo a la Cruz Roja, y le dijeron que ellos no entran a la Cruz Roja, que la única posibilidad era llevarlo a un hospital privado. Su familia no quiso y solo les quedó llevarse a su hijo en el coche. Lo dejaron allí, se fueron las patrullas y la ambulancia, lo dejaron allí. Su familia lo subió a su coche como pudieron y se fueron. A los días me lo encontré y le pregunté cómo seguía, me contestó: «mire, señora», se arremangó el pantalón y me enseñó parte de su pantorrilla [la señora hace un gesto de asco]. ¡Estaba todo negro, muy feo, como si tuviera gangrena!! Después, me enseñó parte de su torso [vuelve a hacer un gesto de desaprobación, asco y sorpresa, recorre su mano desde la cintura a la altura del pecho para indicarme el tamaño de la herida], todo tenía negro el pobre... todavía siguen trabajando por mi calle. Yo les pregunté si habían denunciado, y me contestó que «para qué...» fueron a denunciar al Ministerio Público, y me dijo que estuvieron toda la madrugada, que perdieron todo un día, y que terminaron en nada. Que no hicieron nada, ¿ves...? Así es la policía de aquí».

La discriminación, la brutalidad y el exceso de fuerza física surgen como una cadena interdependiente en el actuar policiaco que ha agravado la desconfianza de los vecinos hacia esas autoridades, al grado de pensar que «aquí hay que tenerle más miedo a la policía que a la lacra. La lacra solo te quita lo material, la policía te hace cosas peores», me comentó, de manera incisiva, un joven cuando recién comenzaba mi trabajo de campo.

6. «A LA AUTORIDAD LE VALE MADRE»

Como sugieren los testimonios, la policía es considerada parte del cúmulo de desventajas que sostiene a San Agustín. La afirmación «O te cuidas de la policía o te cuidas de los malandros» resume la desconfianza de los habitantes de la colonia hacia las autoridades. La percepción de los habitantes de que las fuerzas del orden son incompetentes, extorsionadoras y discriminadoras, empuja a los vecinos a resolver con otras alternativas a las soluciones estatales los problemas cotidianos que se presentan en San Agustín. Tomo prestado el término sociológico «cinismo legal» de Kirk y Papachristos (2011), con la que se refieren a la creencia de que las autoridades son ilegítimas, insensibles y mal equipadas para garantizar la seguridad. Auyero y Sobering (2019) argumentan que esa creencia no solo se basa en la percepción de autoridades insensibles e ilegítimas, sino también por la complicidad percibida entre policías y delincuentes. Como he sostenido hasta este momento, estoy en condiciones para sugerir que las prácticas de «discriminación estructural» a lo Kessler (2012) alimentan este vórtice de factores que minan a ras del suelo la confianza en las autoridades.

Aquí retomo el punto donde se quedan Auyero y Sobering, enfocándome en las conceptualizaciones y el desempeño de los habitantes que se derivan de esa

desconfianza. Considero que eso que los sociólogos llaman «cinismo legal» mis informantes lo nombran «ley de SanAgus» o «códigos», para referirse a reglas implícitas naturalizadas sobre estar y vivir en la colonia, que también incluye convivir con las contradicciones y paradojas de una policía discriminadora.

El siguiente fragmento tomado de mis notas de campo resalta la comprensión que tienen los vecinos sobre la implementación del orden estatal en el municipio de Ecatepec y en particular de la colonia, lo que hace creer que se sienten ignorados y dejados a la deriva por las autoridades estatales.

25 de marzo de 2019. Vicente y Bartolo tomaban cerveza en un bar de Plaza Aragón. Había quedado con ellos para salir. Así que tomamos un par de cervezas en ese bar. En la plática surgió una anécdota interesante sobre las salidas que toman los habitantes de acá cuando se ven negadas las soluciones estatales:

— MIGUEL: ¿Qué puede hacer la gente aquí?

— BARTOLO: Nada, sobrevivir. Aquí nos tocó vivir y solo nos queda adaptarnos a las cosas de aquí.

— MIGUEL: Pero, ¿cómo sobrevive la gente de aquí?

— BARTOLO: Pues, así. Se viven con los problemas.

— MIGUEL: Y la autoridad, ¿qué hace?

— BARTOLO: Es una mamada. A la autoridad le vale madre. A mí, por ejemplo, obligué a mi papá que dejara de tomar, él es bien pedote. Lo encerré para que dejara de tomar, pero cuando yo llegaba de trabajar me lo encontraba pedo de nuevo. Ah, chingá. Y después me di cuenta de que Raúl (su cuñado) le pasaba el pisto. Y no mames, se la hice de pedo. Y ese güey, se cuadró en chinga. Me la hizo de pedo. Me amenazó con pegarme. Y yo qué hago, wey. Ya le pegó a mi hermana, a mi sobrino, wey. También le pega

a mi papá. Llamé por teléfono para denunciarlo, y me contestaron que la policía no actúa por amenazas, que me tiene que pegar una chinga, así cabrón. No puedo hacer nada. Mis amigos chicas me dicen que lo putee. Un amigo me cobra 3 mil baros para darle cuello. Pero la neta nel, imagínate la conciencia, el remordimiento. Y la neta no puedo hacer nada, wey. Tengo miedo de que me quiera sacar del cantón. También el papá del hijo de mi carnala me pregunta que cuando yo quiera lo levanta a ese güey. Yo le digo, güey, si lo quieres hacer hazlo tú, pero no me metas en tus pedos, y no esperes que yo te dé mi aprobación. Lo puedes hacer cuando quiera. Entonces, güey, pues, así como me pasa a mí, así a la demás gente. Nos quedamos a expensas de otra cosa.

— MIGUEL: Como la violencia...

— BARTOLO: A huevo, no nos queda de otra. Si ese güey le pega a mi papá, a mi hermana y a mi sobrino, y a mí me tiene amenazado, pues ¿qué puedes hacer?

— VICENTE: ¿Y qué dice tu hermana?

— BARTOLO: Pues, está bien pendeja, güey. No le podemos decir nada. Por ejemplo, cuando le reclamé de que su bato (novio) le pegó a mi jefe, esa morra dijo «a huevo, porque es un culero». Ella le metía ideas al bato aquel que mi papá la violaba. No lo dudo porque mi papá es un culero, pero con eso se defiende. Y de allí se agarra.

La historia de Bartolo ejemplifica esta forma específica de la «Ley de SanAgus», es decir, la desconfianza de muchos vecinos por creer incompetentes y discriminadoras a las autoridades. Esta desconfianza también es motivada, como afirman Auyero y Sobering (2019), por la creencia de que existen acuerdos entre autoridades y criminales. Este cúmulo de motivos hace que los vecinos no denuncien actividades

ilícitas por miedo a venganzas o represalias por parte de los mismos delincuentes: «Si denuncio a mi vecino que se dedica a robar, la policía no les va a hacer nada, es más, ellos [los policías] les va a decir quiénes pusieron la denuncia y habrá represalias contra la familia. Entonces, ¿para qué denuncio?», me dijo Claudia, la comerciante del tianguis, cuando le pregunté si denunciaba.

En el siguiente apartado, subrayo una de las consecuencias de los códigos de San Agus, que es resolver los problemas cotidianos que se presentan en la colonia a través de la violencia interpersonal.

7. «MIENTRAS NO SE METAN CONTIGO, ASÍ LO DEJAS, ASÍ ES LA LEY DE AQUÍ»

En mis conversaciones, los habitantes de San Agustín, en específico los hombres, mencionaban que la colonia se rige por la «ley del revolver», que es otra forma de decir «mientras no se metan contigo y con tu familia, no pasa nada». Esta «ley del revolver» a veces motiva a que los habitantes vean con cierta indiferencia lo que pase en la colonia: «encerrarse en casa». Pero también que tomen las soluciones por sus propias manos. Es común enterarse que vecinos entran en discusiones que, a veces, terminan en golpes por problemas cotidianos de sociabilidad: por dejar mal estacionado el vehículo en las angostas calles de la colonia, o por dejar basura en lugares equivocados. Considero que esto se debe a la creencia común de incompetencia de las autoridades estatales que existe en la colonia para solucionar conflictos, dejando los golpes como una de las alternativas para solucionar problemas cotidianos. El siguiente fragmento de entrevista que le hice a Mario, un músico callejero de cuarenta y cinco años, sugiere lo anterior:

«Aquí hay un chingo de violencia en la familia, pero mientras no se metan uno contigo, así lo dejas, así es la ley de aquí. Pero si ya se meten contigo o con uno

de tu familia, sobres. Y sí se han armado los putazos. Ah, yo le puse en su madre a un güey de aquí. Le puse una putiza ahora que me acuerdo (ríe), ya hasta me quemé yo solito. Ese güey era mamón, y una vez mi carnal se subió allá en el techo, y como la casa da a esta casa, y se le hizo fácil tirar agua, e iban entrando estos güeyes y les cayó. Y mi carnal me dejó el embarque a mí, ese güey vino emputado, que tu hermano tiró orines, que no sé qué, y le digo mira, discúlpame, sí aventó agua, pero no orines, no mames. Después vino con otro cabrón, y me la empezó a hacer de pedo, vamos a arreglar el problema adentro, luego vino mi carnal y empezó el desmadre. Y yo les dije que se disculparan, yo bien relajado, te pido una disculpa, y me contesta que no, que hay que darnos en la madre, *es lo que te digo que aquí no puede pasar eso, si tú te portas relajado estos güeyes se encajan*. [...] le puse en su pinche madre, por eso digo que es injusta la pinche policía, porque le puse en su madre que no podía ni caminar el cabrón, y todavía fue y me denunció el güey, dio una mordida para que procediera una denuncia contra lesiones, para que veas cómo está el pedo aquí con la policía...».

Como lo sugieren las entrevistas con mis informantes, la violencia se establece como una disposición establecida —a lo Bourdieu— para lidiar con las dificultades que surgen en la vida cotidiana de la colonia. A esta disposición establecida Auyero y Bertí (2014) le llamaron «violencia como recurso».

La siguiente nota de mi diario de campo describe una ocasión en la que Alfredo fue amenazado por el abogado de su expareja y planeó resolver el problema por sus propias manos:

03 de abril de 2019. Alfredo, durante nuestra comida, mencionó que en una ocasión este abogado le habló por teléfono y lo amenazó con meterlo a la cárcel

si no llegaba a un acuerdo con él, de pagarle más dinero de pensión alimentaria a su exesposa y a su hija.

— ALFREDO: Voy a pagar 30 mil pesos para que le partan en su madre — comentó con enojo.

— MIGUEL: No necesitas tanto dinero —le dije, haciendo gala de mi conocimiento sobre el barrio.

— ARTURO: Déjame conseguir a gente de Tepito. Estos güeyes roban, matan, secuestran, sin broncas. Yo también quiero estar ahí, le quiero pegar unos putazos.

— ALFREDO: No, güey, te mirarán las cámaras. ¿Cómo se llama esa madre?, ¿C8? —hace referencia al sistema de videovigilancia de la CDMX.

— MIGUEL: C4.

— ARTURO: No, güey, solo un balazo en la rodilla para que agarre el rollo — imita el gesto de disparar con una pistola—. Pero te digo algo. Debe de pasar uno o dos años para que no haga nada. Si lo haces al mes o dos meses, se dan cuenta que fuiste tú.

Lo que este fragmento nos dice es sobre la facilidad de planear otras alternativas a las estatales para resolver conflictos interpersonales. Aquí no tiene especial importancia el hecho de saber si Alfredo llevará a cabo sus planes o no, sino que sorprende que ese tipo de soluciones esté en el repertorio disposicional de una persona para solventar esta u otras dificultades. Esto, quizá, hable más sobre la despacificación de la vida cotidiana transferida a las estructuras de personalidad, deseo y percepción de los habitantes de San Agustín. Me explico.

En *El proceso de civilización* (2016), Norbert Elias escribe que solo pueden asegurarse espacios pacificados (civilizados) cuando se constituye una organización

que ejerza el monopolio de la violencia física. Para este autor, «el proceso civilizatorio» significa la eliminación de la violencia en la vida cotidiana y su ubicación bajo el control del Estado, es decir, «la violencia física se recluye a los cuarteles», mientras se consolida una pacificación interna de las personas. En voz de Elias:

«La pacificación interior de la persona, el hecho de que a la mayoría de nosotros no se le ocurra iniciar una pelea, aunque estemos muy enfadados, de que toda la estructura de nuestra personalidad esté orientada hacia la pacificación, tiene que ver en gran parte con los efectos de la estructura estatal de la sociedad. Toda la estructura de nuestra personalidad está vertebrada por esta, y experimentamos cierto reparo o repugnancia, o cuando menos aversión, ante el uso de la violencia, y este proceso se ha ido desarrollando a lo largo de los años» (Elias 1994, 143).

Sin embargo, las afirmaciones de los habitantes de San Agustín ponen en cuestión el argumento de Elias. Mis informantes sugieren que en la colonia existe un proceso estatal contradictorio y ambiguo que, en vez de crear espacios pacificados y personalidades autoreguladas, aporta a la despacificación de la vida cotidiana de los vecinos de la zona. En palabras de un informante:

«De por sí a Colonia está fea, y pues, la gente sí es agresiva aquí; es agresiva no es cordial, si me entiendes, la mayoría. Pero sí es agresiva la gente, hasta los vecinos. Es parte de lo que te digo, es como una tradición, una cultura, qué vas y se te quedan viendo, pero si vas a poner al pedo, no te amedrentes, también le bajan los güeyes. Te dicen algo y eso, si tú no le dices algo se pasan de pendejos, pero si les dices, ahí le miden. A eso me refería, cuando yo venía de allá había un cambio de actitud, aquí debes de decir «no, ni madres, no puedes andar navegando con pendejo...». Sí a la mejor no se peguen un tiro, pero si le

retachas «a quién le dices o qué pedo» ... algo así, para que vean como está el asunto. Así es aquí. Eso es lo que implica, de que no te debes de dejar, te vuelves tan astuto aquí, que ya sabes cuándo te van a asaltar, ves a dos güeyes, y dices, vienen sobres esos güeyes, van a chingar... Eso es ser de barrio, te das cuenta de todo ese desmadre».

8. CONCLUSIONES

Durante este capítulo examiné la relación que existe entre las violencias (físicas, estructurales y simbólicas) y la policía en la periferia urbana de la Ciudad de México. Presenté mis datos etnográficos sobre las percepciones de los habitantes sobre las prácticas policiales, además de sus encuentros con la ley y con agentes policiales. Analicé la creencia que comparten los residentes de que, en el barrio, la policía está relacionada con la delincuencia y tiene prácticas discriminatorias. Para muchos habitantes, la policía no representa la ley, pues están vinculados a diversas actividades ilícitas que se despliegan en la colonia. Además de la relación perversa entre autoridades y criminales, los habitantes resaltaron los abusos de autoridad y la brutalidad policiaca. De distintas maneras, los habitantes describieron los contactos con las fuerzas del orden: «detenciones arbitrarias», «falsos retenes policiacos», «pagos en efectivo para ser vigilados».

Esto ha creado una desconfianza colectiva hacia las autoridades estatales, de la cual provoca que, algunos vecinos, prefieran resolver los problemas que se le presenta en la vida cotidiana. Argumenté que esa la desconfianza en las autoridades estatales que existe en la colonia, dejando la violencia interpersonal como una de las alternativas para solucionar problemas. Es decir, el cinismo que existe en la aplicación de la ley estatal, a veces, motiva a que los habitantes tomen las soluciones de sus problemas por sus propias manos.

En este capítulo presenté mis datos etnográficos para proporcionar una descripción del halo estatal en la coproducción, de manera directa o indirecta, de violencias específicas que se manifiestan entre los habitantes de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Mis informantes de San Agustín confirmaron lo que argumentan Auyero y Sobering de que existe un proceso estatal contradictorio y ambiguo que, en vez de crear espacios pacificados y personalidades autoreguladas como asegura Norbert Elias, aporta a la despacificación de la vida cotidiana de los vecinos de la periferia urbana.

CONCLUSIÓN

Esta tesis ha demostrado que las respuestas a la relación entre las violencias estructural y simbólica se encuentran no solo en analizar las condiciones materiales y carencias de recursos de los habitantes, sino también analizando el ensamble entre esas realidades materiales con el orden sociosimbólico que les asigna sentido. A lo largo de esas páginas mi objetivo fue indagar acerca de las formas de pensar, actuar y sentir de los habitantes de San Agustín y a la arquitectura social y política en las que estas formas están incrustadas.

Mi interés académico me llevó a convivir veintiún meses con habitantes de San Agustín para encontrar y entender las formas específicas en cómo estos le dan sentido a su vida en el contexto de relaciones espaciales caracterizadas por la violencia institucional, estructural, simbólica y de privación material. Creo que mi trabajo de campo siempre estuvo marcado por el escrutinio y vigilancia de mi propia mirada sobre estos lugares, para así evitar miradas estigmatizantes o

normalizadoras de la vida comunitaria. Así, pues, ¿qué lecciones teóricas deja este estudio de caso particular?

Durante las últimas cuatro décadas, se ha exacerbado la fragmentación urbana. Las políticas de supresión progresiva de subsidios y de economía de mercado han complicado las expectativas de movilidad social y de mejoramiento que tenían las poblaciones habitantes de la periferia. Estos cambios se han traducido en peores o nulas oportunidades laborales, acceso desigual a la calidad de servicios básicos y los recursos de la población se han vuelto más limitados.

La experiencia urbana en espacios urbanos como San Agustín se ha vuelto más excluyente. Las brechas de desigualdad se han ensanchado entre la población que habitan espacios de concentración de desventajas. Estos espacios tienen que ver con lo que Bayón (2015) llamó «integración excluyente», en las que estas poblaciones son incluidas de manera desfavorable en el acceso y la calidad de los servicios de ciudad, creando ciudadanías de segunda clase.

Mientras que las clases medias y altas se refugiaban en áreas privilegiadas o privadas, los sectores populares eran *empujados* hacia la periferia de la Ciudad de México debido a los costos más baratos de los terrenos (Hiernaux 1999). Esto ha hecho que los espacios de encuentro entre las distintas clases sociales se redujeran, lo que dificultó coaliciones políticas que permitieran el incremento del gasto para el mejoramiento de la calidad en los servicios públicos en los lugares de relegación (Bayón 2012). Incluso, la sociabilidad entre estas poblaciones *distintas* se ha basado en la desconfianza, el temor y la estigmatización.

Lo que mi análisis de las violencias cotidianas de un específico universo social demuestra es que es posible apreciar que lugares como San Agustín y sus habitantes son *demonizados* por encarnar todos los peligros que resultan de vivir en la periferia urbana. No solo exagera el temor y los estereotipos negativos de las clases

acomodadas del centro hacia la periferia, también afecta a sus moradores y a quienes se relacionan con ellos. Argumenté que la discriminación espacial es producto histórico de una fragmentación del espacio urbano en la Ciudad de México, y que es reproducida por el discurso mediático y las prácticas de instituciones que se desarrollan dentro de estos territorios de desigualdades acumulativas. La creación y recreación de etiquetamiento, estereotipo y de representación del otro que provienen desde discursos de actores políticos, policías, funcionarios públicos y medios de comunicación que construyen imágenes simplificadas sobre estos lugares y sus habitantes, son alimentadas y sostenidas por lo que T. Caldeira (2007) llamó como «criminalización simbólica», es decir, una estructura que ordena moralmente el mundo entre personas buenas y personas malas.

También se pudo ver que el estigma territorial no se queda solo entre las interacciones que se dan fuera del espacio estigmatizado. El estigma territorial se *desdobla* como diferenciación social interna que establece una estructura normativa ordenada bajo criterios de superioridad e inferioridad dentro del espacio social del microcosmos de la colonia. Esta distinción entre los buenos y los malos, entre lo civilizado y lo incivilizado, funciona como la oposición simbólica dominante en San Agustín. Es aquí donde la fragmentación del espacio urbano se traslada a las estructuras cognitivas de percepción y clasificación de los habitantes de San Agustín. Pero los límites simbólicos —categorías utilizadas por los habitantes para clasificar objetos y personas— sirven como una forma de remarcar los límites sociales en la periferia urbana.

Dentro de este espacio, las marcas simbólicas de estigma y pérdida de estatus son utilizadas como formas de distanciamiento simbólico que se hacen a través de una evaluación moral. Esa diferenciación de estatus y prestigio son cruciales en la sociabilidad de la colonia, pues determina los umbrales de inclusión y

respetabilidad en las interacciones cara a cara en la colonia. Se resaltó que este discurso también es naturalizado por las perspectivas de los eternos «recién llegados» en la colonia — como aquellas personas que se mantienen en los lugares más bajos del espacio social en el barrio. Se interioriza el discurso legitimador que los mantiene en las partes inferiores de las relaciones de poder. Dentro de la economía afectiva, los sentimientos como «vergüenza» y «desagrado» son utilizados por los actores involucrados para legitimar las relaciones de poder que existen en San Agustín. De esta manera, se puede afirmar que el proceso de estigmatización está relacionado con la construcción de las emociones de inferioridad y superioridad entre los grupos que se consideran distintos entre sí.

También esta investigación se encargó de rastrear las huellas en el terreno de las instituciones policiacas. Describí la mirada de la policía que reproduce discursos que mantienen estigmas sobre la colonia. Presenté mis datos etnográficos sobre las percepciones de los habitantes sobre las prácticas policiales, además de sus encuentros con la ley y con agentes policiales. Analicé la creencia que comparten los residentes de que, en el barrio, la policía es incompetente, discriminadora y está relacionada con la delincuencia. Para muchos habitantes, la policía no representa la ley, pues están vinculados a diversas actividades ilícitas que se despliegan en la colonia. Además de la relación perversa entre autoridades y criminales, los habitantes resaltaron los abusos de autoridad, discriminación y la brutalidad policiaca.

Esto ha creado una desconfianza colectiva hacia las autoridades estatales, de la cual provoca que, algunos vecinos, prefieran resolver los problemas que se le presentan en la vida cotidiana. Argumenté que la desconfianza en las autoridades estatales que existe en la colonia, deja a los habitantes buscar alternativas para solucionar problemas. Es decir, el cinismo que existe en la aplicación de la ley estatal,

a veces, motiva a que los habitantes tomen las soluciones de sus problemas por sus propias manos.

Mis datos etnográficos sirvieron para proporcionar una descripción del halo policiaco en la coproducción, de manera directa o indirecta, de violencias específicas que se manifiestan entre los habitantes de la zona metropolitana de la Ciudad de México. En diversas conversaciones, mis informantes sugirieron que en San Agustín la *práctica policiaca contradictoria y ambigua* (Auyero y Sobering 2019), en vez de crear espacios pacificados y personalidades autoreguladas como asegura Norbert Elias (1994), aporta a la despacificación de la vida cotidiana de los vecinos de la periferia urbana.

MÁS ALLÁ DE SAN AGUSTÍN: UNA ETNOGRAFÍA URBANA RELACIONAL

¿Qué lecciones deja esta investigación al lector con intereses que van más allá del caso específico de San Agustín? Para responder a esto quiero rescatar algunas lecciones metodológicas que me deja este tipo de estudio.

Una de las principales limitaciones de una gran parte de los estudios sobre comunidades urbanas marginales es aproximarse como si estos lugares fueran estáticos, homogéneos e independientes. Al representar a estos lugares como lugares particulares con su propia lógica e independientes de otras sustancias, se reducen los procesos y las relaciones que estructuran la arquitectura social y cultural. Aceptar la existencia de lugar aislado y estático implica que las acciones y las creencias son únicas para dichos lugares, o se limitan a solo a las características de dicho grupo (y oscurece las relaciones con la comunidad, con su familia, y con otras relaciones de segundo orden). El ejemplo clásico es la crítica certera que se le hace a Oscar Lewis sobre su «cultura de la pobreza» que atribuía a un grupo marginado un conjunto de comportamientos, actitudes y prácticas. Desde esta perspectiva, pareciera que las

prácticas y sentidos de los agentes que se involucran en ciertos fenómenos sociales son acciones *autogeneradas e independientes*. Se propaga una visión de la realidad social en la cual el papel del científico es apilar y mezclar entidades aisladas, como si fueran una suerte de sustancias de laboratorio, como lo mencionó N. Elias (1970 [2008], pág. 128) ya lo mencionaba «la forzada tendencia de nuestros idiomas a hacernos hablar y pensar como si todos los “objetos” de nuestra reflexión, incluidos los propios hombres, fuesen en principio meramente objetos, no solo sin movimiento, sino también sin relaciones, es extremadamente molesta para la comprensión de entramados humanos que constituyen el objeto de la sociología».

Entonces, como me pregunté en la introducción de este trabajo, si lo que existe en el mundo social son relaciones (Bourdieu & Wacquant, 2005), parafraseando la pregunta de Eric Wolf (2006), ¿por qué convertir los fenómenos sociales dinámicos en objetos estáticos y aislados?, ¿cómo plantear un objeto de estudio relacional? Así, la perspectiva relacional aparece como una opción atractiva para la investigación societal. Sin embargo, adoptar una epistemología relacional no necesariamente conlleva construir un objeto de estudio relacional (Desmond, 2014).

Lo que llamo *etnografía urbana relacional* implica poner atención en la configuración de las relaciones en el espacio urbano. Un estudio como el que realicé pone énfasis en la configuración de las relaciones interdependientes que figuran en el espacio urbano determinado, con el fin de aclarar lo que dijeron Lamont y Molnár (2002, pág. 169) «los procesos relacionales que atraviesan un fenómeno social, instituciones y localizaciones». El punto de partida es describir, desde el trabajo de campo, un sistema de relaciones interdependientes en un espacio social determinado. Al final, la etnografía no es más que un enjambre de relaciones y vínculos afectivos que se desarrolla durante un tiempo. La etnografía urbana relacional apuesta por reconstruir y representar esa red de relaciones que guían la

vida cotidiana de las personas de comunidades, hacer una representación de un *recorte sincrónico* «que incorpore a dos o más tipos de actores o agencias ocupando posiciones distintas en el espacio social y que están unidos por una relación de dependencia o de contienda» (Desmond 2014). Esto gira en prestar más atención a las categorías e interpretaciones sociales de esas *tensiones* para, así, entender las preocupaciones directas de los sujetos, en tanto personas que nos enseñan, ya que, desde allí, es una de las formas más poderosas de esclarecer la realidad social en los propios significados locales. Esto es otra forma de acortar el distanciamiento epistémico entre nuestros informantes y nosotros como investigadores.

Este llamado de atención implica analizar las relaciones y transacciones que trascienden las fronteras de una comunidad particular. Por ejemplo, en este estudio, utilicé la categoría de «espacio» como herramienta teórica ordenadora con el fin de reconstruir una perspectiva que dé luces sobre el sistema de correlación de fuerzas históricas dinámicas que entrelazan a agentes ubicados dentro y fuera de San Agustín (Wacquant 2004). Esto quiere decir que la arquitectura social del barrio no está separada de las prácticas sociales y procesos cognoscitivos de sus habitantes; de hecho, las fuerzas externas y los procesos internos de una zona urbana relegada están en constante encuentro, tensión y confrontación. Así, la colonia San Agustín se presentaba como un espacio que sirve como corte sincrónico de la realidad que sedimenta fuerzas históricas «bajo la forma de instituciones y agentes investidos de deseos, capacidades y disposiciones particulares» (Wacquant 2002, 1524). Esto hizo posible lo que P. Bourdieu mencionó (2006, pág. 30): «Es necesario tratar de situarse en el lugar geométrico de las perspectivas, es decir, en el punto donde se dejan percibir, a la vez, lo que puede y lo que no puede ser percibido a partir de cada uno de los puntos de vista».

Por último, quisiera agregar un punto sobre las implicaciones éticas y propositivas de este tipo de trabajos. Durante mi trabajo de campo fui inquirido por diversos amigos y colegas «¿y de qué servirá a San Agustín una investigación como la tuya?»; era otra forma de preguntar sobre el aspecto propositivo de mi tesis. Considero que aquí puedo responder desde la «sociología pública». Estoy convencido que escribir una narrativa de este tipo es mi manera de crear un diálogo interdependiente entre discursos teóricos y las prácticas y conocimientos locales, con fin de transgredir saberes académicos anquilosados. Basta de hablarle solo a la academia. Este es el poder de la etnografía.

BIBLIOGRAFÍA

- Abélés, Marc, y Badaró Máximo. *Los encantos del poder. Desafíos de la antropología política*. Argentina: Siglo Veintiuno, 2015.
- Auyero, Javier. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Cuadernos argentinos Manantial, 2012.
- Auyero, Javier, Agustín Burbano, y María Fernanda Bertí. «Uses and Forms of Violence among the Urban Poor.» *Journal of Latin American Studies*, 2014: 443-469.
- Auyero, Javier, y Agustín Burbano de Lara. «In harm's way at the urban margins.» *Ethnography*, 2012: 1-27.
- Auyero, Javier, y Débora Swistun. *Flammable. Environmental Suffering in an Argentine Shantytown*. New York: Oxford University Press, 2009.
- Auyero, Javier, y Katharine Sobering. «Violence, the State, and the Poor: A View from the South.» *Sociological Forum*, 2017: 1018-1031.
- Auyero, Javier, y Katherine Sobering. *The ambivalent State. Police-Criminal Collusion at the Urban Margins*. New York: Oxford University Press, 2019.
- Auyero, Javier, y Kristine Kilanski. «Managing in the Midst of Social Disaster.» En *Violence at the Urban Margins*, de Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes y Javier Auyero, 189-211. New York: Oxford University Press, 2015.
- Auyero, Javier, y María Fernanda Bertí. *In Harm's way. The dynamics of Urban Violence*. New Jersey: Princeton University Press, 2015.
- Bassols, Mario, y Maribel Espinosa. «Construcción social del espacio urbano: Ecatepec y Nezahualcóyotl. Dos gigantes del oriente.» *Polis: Investigación y análisis sociopolítico y Psicosocial*, 2011: 181-212.
- Bayón, Cristina. «El "lugar" de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México.» *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 74, No. 1, 2012: 133-166.
- Bayón, Cristina, y Gonzalo Saraví. «De la acumulación de desventajas a la fractura social. «Nueva» pobreza estructural en Buenos Aires.» En *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, de

- Gonzalo A. Saraví, 55-96. Buenos Aires/Ciudad de México: Prometeo Libros/CIESAS, 2007.
- Bayón, María Cristina. *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*. Ciudad de México: Bonilla Artiga Editores, 2015.
- Becker, Howard. «Visual Sociology, Documentry Photography, and Photo.» *Visual Sociology*, 1995: 5-14.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalinas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Bourdieu, Pierre, y Loïc Wacquant. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2005.
- Bourgois, Philippe. *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Ciudad de México/Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- Bourgois, Philippe. «The Power of violence in war and peace: Post-Cold War lessons from El Salvador.» *Ethnography, vol. 2., no. 1*, 2001: 5-34.
- Bourgois, Philippe. «Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas.» En *Guatemala: violencias desbordadas*, de Julián López García, Santiago Bastos Amigo y Manuela Camus, 29-62. Cordoba: Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones, 2009.
- Caldeira, Teresa. *Ciudad de muros*. Barcelona: Biblioteca Económica Gedisa, 2007.
- Capron, Guénola. «Las desigualdades simbólicas en un sector de urbanizaciones cerradas en la Zona Metropolitana del Valle de México.» En *Las grietas del neoliberalismo. Dimensiones de la desigualdad contemporánea en México*, de Cristina Bayón, 357-382. Ciudad de México: UNAM, 2019.
- Connolly, Priscilia. «Uncontrolled Settlements and Self-Build: What Kind of Solution? The Mexico City Case.» En *Self-Help Housing. A Critique*, de Peter Ward, 141-174. London: Mansell Publishing Limited, 1982.
- Desmond, Matthew. «Relational ethnography.» *Theory and Society*, 2014: 547-579.
- Edensor, Tim, y Shanti Sumartojo. «Designing Atmospheres: introduction to Special Issue.» *Visual communication*, 2015: 253-265.
- Elias, Norbert. «Civilización y violencia.» *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65, 1994: 141-151.

- . *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- . *La sociedad cortesana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Elias, Norbert, y John Scotson. *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Espinosa, Maribel. *Ecatepec y Nezahualcóyotl. De suelos salitrosos a ciudades de progreso*. Toluca: Nuevo Pensamiento, 2010.
- Espinosa, Maribel. «Procesos territoriales, participación global y globalización. Construyendo el espacio en los terrenos del exlago de Texcoco.» En *Anuario de espacios urbanos. Historia, cultura y diseño 2008*, de Carmen Bernárdez de la Granja, Jorge Ortiz Segura y María Esther Sánchez, 107-134. Ciudad de México: UAM, 2008.
- Farmer, Paul. «An Anthropology of Structural Violence.» *Current Anthropology*, 2004: 305-325.
- Fassin, Didier. *Por una repolitización del mundo. Las vidas descartables como desafío del siglo XXI*. Argentina: Siglo XXI editores, 2018.
- Goffman, Alice. «On the Run: Wanted Men in a Philadelphia Ghetto.» *American Sociological Review*, vol. 74, 2009: 339-357.
- Goffman, Erving. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- Goldstein, Daniel M. *Spectacular City: Violence and Performance in Urban Bolivia*. Durham, NC: Duke University Press Books, 2004.
- Goldstein, Donna M. *Laughter out of place*. Berkeley: University of California Press, 2003.
- Griffero, Tonino. *Atmospheres: Aesthetics of Emotional Spaces*. Farnham: Ashgate, 2014.
- Gupta, Akhil. «Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State.» En *The Anthropology of the State. A reader*, de Aradhana Sharma y Akhil Gupta, 211-242. Oxford: Blackwell Publishing, 2006.
- Harper, Douglas. «Framing photographic ethnography: A case study.» *Ethnography*, 2003: 241-266.

- Harvey, David. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2007.
- Hiernaux, Daniel. «Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México.» *EURE*, 1999.
- Hume, Mo, y Polly Wilding. «"Es que para ellos el deporte es matar". Rethinking the Scripts of Violent Men in El Salvador and Brazil.» En *Violence at the urban margins*, de Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Sheper-Hughes, 93-111. New York: Oxford University Press, 2015.
- Janoschka, Michael. «El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización.» *Revista eure*, 2002: 11-29.
- Jones, Nikki. *Between Good and Ghetto. African American Girls and Inner-City Violence*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2010.
- Kessler, Gabriel. «Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular.» *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, vol. 22, 2012: 165-198.
- Kilanski, Kristine, y Javier Auyero. «Introducción.» En *Violence at the Urbana Margins*, de Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes, 1-18. New York: Oxford University Press, 2015.
- Kirk, David S., y Andrew V. Papachristos. «Cultural Mechanisms and the Persistence of Neighborhood Violence.» *American Journal of Sociology*, vol. 116, 2011: 1190-1233.
- Koonings, Kees, y Sjoerd Veenstra. «Exclusión social, actores armados y violencia urbana en Río de Janeiro.» *Foro Internacional*, vol. XLVII, núm. 3, 2007: 616-636.
- Lamont, Michéle, y Virág Molnár. «The Study of Boundaries in the social sciences.» *Annu. Rev. Sociol.*, 2002: 167-195.
- Leal Martínez, Alejandra. «"You Cannot be Here": The Urban Poor and the Specter of the Indian in Neoliberal Mexico City.» *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 2016: 1-21.
- Leal, Alejandra. «De pueblo a sociedad civil: el discurso político después del sismo de 1985.» *Revista Mexicana de Sociología* 76, núm. 3, 2014: 441-469.
- Leal, Alejandra. «Peligro, proximidad y diferencia: negociar fronteras en el Centro Histórico de la Ciudad de México.» *Alteridades*, 2007: 27-38.

- Link, Bruce G., y Jo C. Phelan. «Conceptualizing Stigma.» *Annual Review of Sociology*, 2001: 363-85.
- Magazine, Roger. *El pueblo es como una rueda. Hacia un replantamiento de los cargos, la familia y la etnicidad en el altiplano de México*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2015.
- Maldonado Aranda, Salvador. «Desafíos etnográficos en el estudio de la violencia. Experiencias de una investigación.» *Avá no. 22*, 2013: 123-144.
- Manzo, Enrique Guerra. «Las teorías sociológicas de Pierre Bourdieu y Norbert Elias: los conceptos de campo social y habitus.» *Estudios sociológicos XXVIII*, 2010: 383-409.
- Moctezuma, Vicente. «Experiencia y significados simbólicos de los habitantes de conjuntos urbanos de interés social en México: segregación, diferencia y distinción.» *Estudios Demográficos y Urbanos*, 2017: 487-514.
- Müller, Markus-Michael. «The rise of penal state in Latin America .» *Contemporary Justice Review: Issues in Criminal, Social, and Restorative Justice*, 2012: 57-76.
- Nieto, Raúl. «Multiculturalidad en la periferia urbana: la tensión entre lo público y lo privado.» *Nueva Antropología*, vol. XVII, núm. 57, agosto, 2000: 57-67.
- Oehmichen, Cristina. «La "violencia de siempre": representaciones de la violencia delincuencia en un barrio popular de la Ciudad de México.» *Anales de antropología 47-I*, 2013: 243-262.
- Pansters, Wil, y Héctor Castillo Berthier. «Mexico City.» En *Fractured Cities. Social exclusion, urban violence and contested spaces in Latin America*, de Kees Koonings y Dirk Kruijt, 36-56. New York: Zed Books, 2007.
- Pearce, Jamie. «The 'blemish of place': Stigma, geography and health inequalities. A commentary on Tabuchi, Fukuhara & Iso.» *Social Science & Medicine*, 2012: 1921-1924.
- Penglase, R. Ben. *Living with Insecurity in a Brazilian Favela. Urban Violence and Daily Life*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2014.
- Ramírez Saiz, Juan Manuel. *El movimiento urbano popular en México*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1986.

- Reguillo, Rossana. «The Oracle in the City. Beliefs, practices, and symbolic geographies.» *Social Text*, 2004: 35-46.
- Reygadas, Luis. *La apropiación. destejendo las redes de la desigualdad*. México: Anthropos, 2008.
- Rhodes, James. «Stigmatization, space, and boundaries in de-industrial burnley.» *Ethnic and Racial Studies*, 2011: 684-703.
- Rodgers, Daniel, y Bruce O'Neil. «Infrastructural violence: Introduction to the special issue.» *Ethnography*, 2012: 401-412.
- Rodgers, Dennis. «“Disembedding” the city: crime, insecurity and spatial organization in Managua, Nicaragua .» *Environment and Urbanization*, 2004: 113-124.
- Rodgers, Dennis. «Slum wars of the 21st century: gangs, mano dura and the new urban geography of conflict in Central America.» *Development and change*, 40 (5), 2009: 949-976.
- Ruiz Chasco, Santiago. «Más allá de la inseguridad ciudadana: la estigmatización territorial de las clases populares. Una aproximación de un barrio en «disputa».» *Scripta Nova Vol. XXIII. Núm. 612*, 2019.
- Sabido Ramos, Olga. *El cuerpo como recurso de sentido en la construcción del extraño. Una perspectiva sociológica*. Ciudad de México: Sequitur, 2012.
- Sayer, Andrew. *The Moral significance of Class*. New York: Cambridge University Press, 2005.
- Scheper-Hughes, Nancy. *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Los Angeles: University of California Press, 1992.
- Scheper-Hughes, Nancy, y Philippe Bourgois. «Introduction: Making Sense of Violence.» En *Violence in War and Peace*, de Nancy Scheper-Hughes y Bourgois Philippe, 1-31. Malden, Mass.: Blackwell Publishing, 2004.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ciudad de México: Ediciones Era, 2016.
- Secor, Anna J. «Between longing and despair: state, space, and subjectivity in Turkey.» *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 25, 2007: 33-52.

- Segura, Ramiro. «Si vas a venir a una villa, loco, entra' de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires.» En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, de Alejandro Grimson, María Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura, 41-32. Buenos Aires: Prometeo Editorial, 2009.
- Strathern, Marilyn. «Double standards.» En *The Ethnography of moralities*, de Signe Howell, 127-152. London/New York: Routledge, 1997.
- Sumartojo, Shanti, y Sarah Pink. *Atmospheres and the experiential world. Theory and Methods*. Nee York: Routledge, 2019.
- Thibaud, Jean-Paul. «The Sensory Fabric of Urban Ambiances.» *Senses and Society*, Taylor & Francis, 2011: 203-215.
- Tilly, Charles. *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial, 2000.
- Trigg, Dylan. «The role of atmosphere in shared emotion.» *Emotion, Space and Society journal*, 2020: 1-7.
- Tyler, Imogen, y Tom Slater. «Rethinking the sociology of stigma.» *The Sociological Review Monographs*, 2018: 721-743.
- Vélez-Ibáñez, Carlos. *La política de lucha y resistencia: procesos y cambios culturales en el México central urbano 1969-1974*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Villarreal, Ana. *Drug Violence, Fear of Crime, and the Transformation of Everyday Life in Mexican Metropolis (tesis doctoral)*. Berkeley: University of California, 2016.
- Villarreal, Ana. «Fear and Spectacular Drug Violence in Monterrey.» En *Violence at the Urban Margins*, de Javier Auyero, Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes, 135-161. New York: Oxford University Press, 2015.
- Wacquant, Loïc. *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa, 2009.
- Wacquant, Loïc. «Deciviling and demonizing: the remaking of the black America ghetto.» En *The Sociology of Norbert Elias*, de Steven Loyal and Stephen Quilley, 95-121. New York: Cambridge University Press, 2004.
- . *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2006.

- . *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Wacquant, Loïc. «Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography.» *American Journal of Sociology*, Vol. 107, No. 6, 2002: 1468-1532.
- Wacquant, Loïc, Tom Slater, y Virgilio Borges Pereira. «Estigmatización territorial en acción .» *Revista Invi* 82, 2014: 219-240.
- Ward, Peter. *México megaciudad: desarrollo y política, 1970-2002*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense/Miguel Ángel Porrúa, 2004.
- Watt, Paul. «Respectability, Roughness and 'Race': Neighbourhood Place Images and the Making of Working-Class Social Distinctions in London.» *International Journal of Urban and Regional Research*, 2006: 776-797.
- Wilding, Polly. «"New Violence": Silencing Women's Experiences in the "Favelas" of Brazil.» *Journal of Latin American Studies*, Vol. 42, no. 4, 2010: 719-747.
- Wolf, Eric. *Europa y la gente sin historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Wray, Matt. *Not quite white. White Trash and the Boundaries of whiteness*. Durham: Duke University Press, 2006.
- Yeh, Rihan. *Passing. Two Publics in a Mexican Border City*. Chicago: University of Chicago Press, 2018.
- Yeh, Rihan. «Two publics in a mexican border city.» *Cultural Anthropology*, vol. 27, Issue 4, 2012: 713-734.
- Zabludovsky, Gina. *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Zilberg, Elana. *Space of Detention. The making of a trasnational gang crisis between Los Angeles and San Salvador*. Durham: Duke University Press, 2011.